

Mina

¿Le temes a la oscuridad?



Loli Deen

Nina

¿Le temes a la oscuridad?



By

Loli Deen



© Adriana Insaurralde, 2016

1º Edición. Buenos Aires, Argentina, 2018

Autor: Loli Deen

Editor: Adriana Insaurralde

Correctores: Jull Dawson y Flor M. Urdaneta

<http://www.lolideenpublicaciones.com>

<http://www.facebook.com/LoliDeenPublicaciones>

<http://www.amazon.com/author/lolideen>

<https://twitter.com/LoliDeen>

<http://www.youtube.com/user/adriins>



Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los hechos y/o personajes de la siguiente historia son ficticios, cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Contenido

[Nota del Autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Paul](#)

[Nina](#)

[Paul](#)

[Nina](#)

[Paul](#)

[Nina](#)

[Paul](#)

[Nina](#)

[Paul](#)

[Nina](#)

[Primera sesión](#)

[Segunda sesión](#)

[Tercera sesión](#)

[Cuarta sesión](#)

[Quinta sesión](#)

[Sexta sesión](#)

[Séptima sesión](#)

[Octava sesión](#)

[Novena sesión](#)

[Décima sesión](#)

[Paul](#)

[Nina](#)

[Paul](#)

[Nina](#)

[Paul](#)

[Nina](#)

[Ella](#)

[Paul](#)

[Ella](#)

[Paul](#)

[Nina](#)

[Paul](#)

[Nina](#)

[Epílogo](#)

[Mención especial](#)

[Biografía](#)

[Otros Títulos del Autor](#)

Nota del Autor

Advertencia, la siguiente historia contiene material delicado que podría afectar la sensibilidad del lector.

Todos los hechos relatados en la siguiente historia, si bien pertenecen a la ficción, están basados en hechos reales de distintas situaciones y personas.

Se ruega discreción y respeto.

Dedicatoria

A todas aquellas personas, que día a día, luchan por su supervivencia.

A todas esas almas torturadas que deben plantarle cara a su realidad, por dura que sea.

A quienes no pueden encontrar la salida de su propia oscuridad. No están solos, todos tenemos demonios con los que luchar a diario. Algunos, son más duros que otros, pero no por eso, menos dolorosos.

A ti, que sientes que el mundo pesa demasiado sobre tus hombros.

A ti, que haces un enorme esfuerzo por levantarte cada día.

A ti, que ya no encuentras fuerzas y razón para seguir luchando.

La vida es demasiado valiosa para terminarla abruptamente. La muerte... es demasiado definitiva. Hay una salida, solo necesitas encontrar el apoyo indicado.

Si estás pasando por un mal momento, si no puedes ver la luz al final del túnel, y ya no quieres seguir adelante, busca ayuda. Hay mucha gente dispuesta a escucharte y acompañarte.

Recuerda que tu vida importa, que tú eres importante, que todo, por difícil que se vea, tiene salida.

¡Somos un momento, aprovecha el tuyo!

A la memoria de **Chester Bennington**, quien con sus canciones me acompañó durante toda mi vida, quien convirtió sus letras en esperanza y me dio fortaleza cuando más lo necesitaba, quien me inspiró para escribir esta novela. Y cuya partida, dolerá por siempre. Tu luz jamás se apagará. Espero que finalmente hayas encontrado la paz que tanto necesitabas.

“If they say. Who cares if one more light goes out?

In a sky of a million stars. It flickers, flickers

Who cares when someone's time runs out?

If a moment is all we are. We're quicker, quicker

Who cares if one more light goes out?

Well I do”

(One More Light, Linkin Park)

Prólogo

Lo siento, pero llegó el momento de partir... no te sientas triste, si me tienes algo de cariño, alégrate por mí, finalmente, tendré algo de paz.

Ya no puedo seguir luchando contra Ella, le daré lo que tanto quiere, lo que siempre quiso...

Estas heridas jamás sanarán, siento mucho miedo... no puedo seguir en esta continua confusión, sin saber lo que es real y lo que no.

Ahora me doy cuenta, que la ignorancia era una bendición. Es demasiado peso que aguantar, y no puedo soportarlo. Siento que estoy paseándome por la cornisa una y otra vez, no puedo ver la salida, solo siento que las paredes se achican cada vez más y no puedo respirar.

Noche tras noche, mientras intento conciliar el sueño y evitar esas horribles pesadillas, sueño con encontrar la manera de desaparecer. Simplemente, todo parece repetirse una y otra vez...

Ni siquiera importa lo mucho que me esfuerce, nada tiene sentido, jamás desaparecerá, nunca me dejará ir.

Esta oscuridad es parte de mí, es luchar contra un enemigo invencible, alguien de quien no puedes escapar, por mucho que intentes huir. Es una lucha tan injusta... nadie te advierte que has perdido, incluso antes de empezar....

Lo último que te pido, es que recuerdes los buenos momentos, las cosas malas... déjalas ir.

Por favor, no me olvides, tengo tanto miedo de dejar de existir... pero sé

que la única respuesta es desaparecer...

Lo siento. Desearía que las cosas fueran diferentes...

Nina

Paul



—Doctor, su esposa llamó. Voy a hacer lo que me pidió y decirle textualmente sus palabras. No mate al mensajero. Dijo, y cito, “Paul, como llegues tarde a la cena de esta noche, mejor que busques un buen lugar donde dormir”. —Me avisa mi secretaria ni bien me acerco a mi despacho.

—Gracias, Rosalie, mensaje recibido —respondo y cierro la puerta de mi consultorio.

Dejo la carpeta que llevo bajo el brazo sobre mi escritorio y me dejo caer pesadamente sobre el sillón. Estoy agotado, ha sido un día difícil y extremadamente largo. Doy un largo suspiro, pero si no quiero terminar durmiendo en la casa del árbol, mejor me apuro para llegar temprano a casa... rebusco en el cajón por mi grabadora y presiono la tecla de grabar.

—Historia clínica 23840, paciente Natacha Sloan de 23 años, ingresada luego de haber sido encontrada por la policía y los servicios de emergencia en su residencia de Nueva York, tras la llamada de su pareja Jasper Crow. La paciente fue tratada en urgencias por cortes severos en sus brazos y muñecas, trasladada al servicio de Psiquiatría, tras recibir un diagnóstico de colapso nervioso.

>En los análisis toxicológicos se detectó una dosis tóxica de

Lorazepam, Sinequan y Deprelío. Nota al margen "Todo indica ser un intento de suicidio". Las autoridades acudieron a la llamada del 911 y tuvieron que violentar la puerta del baño, ya que la paciente no respondía a ningún llamado; la encontraron tirada en el suelo cubierta de sangre y con varios frascos de prescripciones alrededor y en estado catatónico. Fue trasladada de inmediato a urgencias, donde fue tratada en primera instancia por las laceraciones. Se le realizaron transfusiones de sangre y plaquetas, también se le realizó un lavaje de estómago y luego fue ingresada en el departamento de psiquiatría donde la atendí yo. A partir de ese momento, su pareja me comentó que estaban teniendo una discusión, y la joven, tras sufrir un cambio drástico en su comportamiento, se acerca a la cocina, busca un cuchillo y comienza a cortarse las muñecas y los brazos. Su pareja advierte que inicia a decir incoherencias, a lo que explica que hablaba como consigo misma, pero refiriéndose a ella en tercera persona y no dejaba de intentar lastimarse y cortarse cada vez más. Él, al pretender impedirselo, recibe una herida punzante en el abdomen, que no reviste gravedad. Cuando se aleja, consigue llamar al 911, a lo que la joven huye hacia el baño, donde se encierra. Tras varios intentos fallidos de que ella respondiera y, al escuchar ruidos, las autoridades violentaron la puerta y

comenzaron a tratarla. Ya en psiquiatría, se le colocó una intravenosa para hidratarla y se le suministraron medicamentos para contrarrestar los efectos tóxicos de las sustancias encontradas. Queda bajo observación, hasta nuevo aviso.

<< ¿Cómo es que esta niña sigue viva?, sus signos vitales son casi normales, ni siquiera está en coma luego de la gran cantidad de medicamentos que ingirió...>> pienso desorientado.

Detengo la grabación y comienzo a buscar en la base de datos por el nombre que aparece en la prescripción. No me demoro mucho en encontrar a la Dra. Stephanie Monroe. Sin perder más tiempo, llamo a su oficina. Tras unos pocos tonos, consigo que la secretaria me comunique con la Dra.

—¿Hola? —saluda una voz suave de mujer.

—¿Doctora Monroe? —respondo de inmediato.

—Ella habla ¿en qué puedo ayudarlo?

—Soy el Dr. Paul Smith, jefe de psiquiatría del *Hospital Lennox Hill*. La llamo en relación a Natacha Sloan.

—¿Nina?

—¿Es su paciente?

—La atendí algunas veces, pero no podría decir que es mi paciente. Viene de forma esporádica, ya que viaja mucho por su trabajo...

—Pero, ¿usted le recetó antidepresivos?

—Sí, sufre de depresión crónica, y le di medicación para ayudarla. Probamos algunos antidepresivos. ¿Se encuentra bien?

—Ha sido ingresada con un colapso nervioso tras lo que parece ser un intento de suicidio.

—Oh por Dios... yo... parecía estar mucho mejor la última vez que la vi...

—¿Hay algo más que pueda decirme de su condición?

—La verdad, no hay mucho que aportar. Como le digo, es muy difícil de tratar, ya que apenas puedo verla. Pero mañana a primera hora voy a su oficina para ponerlo al tanto y saber cómo se encuentra.

—Muy bien Dra. Monroe, la espero mañana. Gracias por su tiempo.

—Adiós.

Cuelgo el teléfono con más fuerza de lo que debería, pero es que algunos colegas no deberían atender pacientes... ¿cómo puede medicar tan fuertemente a un paciente del que no tiene control? ¡Qué irresponsable! Miro el reloj y ya voy tarde. Cierro la historia clínica, guardo mis cosas en mi portafolio, me saco la bata, la cambio por el saco, y salgo casi corriendo de mi despacho.

—Hasta mañana, Rosalie. —Me despido de mi secretaria.

—Hasta mañana, doctor, que disfrute la cena. —responde ella tan sonriente como siempre.

De camino al ascensor, me encuentro a mi residente favorito, el doctor Brand.

—¿Estás de guardia esta noche, Brand? —pregunto al pasar a su lado.

—Dr. Smith... sí, claro —responde dudoso, sé que no lo está, pero es la respuesta que espero.

—Mantén vigilada a la señorita Sloan, quiero que revises sus signos vitales cada hora y, si hay algún cambio, me informas de inmediato.

—Por supuesto, doctor Smith. Buenas noches.

Al pasar por el puesto de enfermería, Louis, la jefa de enfermeras, una mujer afroamericana, tan grande como amorosa, y la encargada de que todo este pabellón funcione bien, se despide de mí.

—¿Se va temprano esta noche, doctor? —pregunta extrañada.

—No tengo más opción, Louis, si llego tarde, puede costarme mi puesto en el dormitorio —respondo sonriente.

—Entonces mejor no haga esperar a esa hermosa esposa suya, y no olvide llevarle unas flores, las mujeres amamos los detalles.

—Lo haré, hasta mañana.

De camino a casa, recuerdo el consejo de Louis y me detengo en una florería y compro un hermoso ramo de margaritas, las favoritas de Kate. Estaciono el auto y de inmediato puedo ver una pequeña cabeza asomada en la ventana, y al abrir la puerta, mi pequeña Beth se lanza a mis brazos.

—¿Te gusta mi pijama, papi? —pregunta con su tierna voz y su rostro angelical.

—¡Es precioso! ¿Es nuevo? —Le sigo el juego mientras la cargo con un brazo y paso por mi despacho para dejar mis cosas.

—Sí, mamá me lo compró por haber sido una buena niña en el dentista.

—Estoy muy orgullo de ti, princesa. —La elogio y le regalo un beso en la coronilla.

La cena huele exquisita, y soy llamado por el aroma hasta la cocina. Dejo a la pequeña monita en el suelo, y al pasar por la isla, le despeino el cabello a Macon, mi hijo mayor.

—¡Papá! —Se queja y yo sonrío. Está obsesionado con su *iPad* a niveles preocupantes.

—Ya deja ese aparato, Macon. —Lo regaño. Al tiempo que abrazo por la espalda a mi hermosa esposa. Huele a hogar, a amor.

—Llegas tarde. —Me recuerda mientras me da un leve empujón con su trasero.

—Lo siento, cariño, fue un día agotador. Me ducho rápido y ya estoy. Estas son para ti. —Le entrego las flores y veo que su hermosa sonrisa aparece de inmediato.

—Son hermosas, gracias. Es un bonito detalle. Estás perdonado.

—Bajo en cinco minutos. —Advierto mientras corro escaleras arriba.

—Ustedes dos, a lavarse los dientes y a la cama. ¡Ya! —ordena a los chicos.

Mientras el agua cae por mi cuerpo otorgándome un alivio

temporal a la tensión, no puedo evitar pensar en esa chica... ¿Qué te sucedió, Natacha? ¿qué ocultas? Me pregunto...

Nina



De repente, y como si despertara de un sueño, mi cuerpo comienza a reaccionar. Abro lo ojos lentamente, tengo miedo de lo que pueda ver..., pero lo único que encuentro es una negra oscuridad. No puedo ver nada, mis ojos intentan adaptarse a la penumbra, pero es como el fondo de un pozo... no hay ni un solo vestigio de luz, nada de claridad que se cuele por algún rincón... solo oscuridad. Empiezo a temblar de forma incontrolable, las manos me sudan, y siento un escalofrío recorrerme la espalda. No estoy sola, puedo sentir la respiración de alguien más muy cerca de mí... comienzo a hiperventilar y el pánico me desborda. Mi pulso se acelera y siento los latidos de mi propio corazón en mis oídos.

— ¿Quién está ahí? —pregunto desconfiada, pero solo escucho el eco de mi propia voz.

>¿Dónde estoy? —insisto, pero no recibo respuesta. Comienzo a avanzar lentamente, con la mano extendida frente a mí para tratar de ayudarme en tanta penumbra.

— ¿Le temes a la oscuridad, Nina? —pregunta sarcásticamente... esa maldita e irritante voz... por supuesto que la reconozco, llevo escuchándola tanto tiempo...

— ¿Dónde estamos? —Continúo mientras me giro, tratando de seguir el sonido de su voz.

—No contestaste mi pregunta, ¿le temes a la oscuridad?

—Sabes que sí. Dime dónde estoy, ¿qué hago aquí?

—¿Dónde estoy?, ¿qué hago aquí? Quejas y lloriqueos... Dios... ¡eres tan irritante! ¡Absolutamente insoportable!

—Por favor... no sé cómo llegué aquí...

—¡Soy una víctima, necesito ayuda! —Vuelve a burlarse. De repente, una luz se enciende en medio de la habitación, pero apenas ilumina. Cuando mis ojos se adecuan a esta nueva realidad, la veo. Está sentada en el suelo, con las piernas cruzadas en forma de indio; como siempre, luce escalofriante... remera negra, pantalones de cuero negros, botas de combate... su cabello no mejora con el tiempo, es tan negro como el mío, pero *Ella* tiene algunos mechones azules que le bañan distintas partes de la cabeza. Juega con una navaja entre sus manos, clavando la punta sobre la yema de su dedo índice. Doy un paso hacia atrás instintivamente. *Ella* levanta la mirada, su rostro me paraliza, esa mirada de psicópata se clava en mí desafiante, que lleve todo el maquillaje oscuro y corrido no ayuda. La luz no la toca, es como si ella también le tuviera miedo.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde estamos? —insisto cada vez más asustada.

—¿Enserio no lo sabes? —responde con esa media sonrisa macabra que hiela la sangre.

—No... lo último que recuerdo es que estaba discutiendo con Jasper y luego... nada.

—Estamos dentro —aclara.

—¿Dentro? ¿dentro de dónde? ¿Qué has hecho, *Ella*?

—De ti, de mí, de nosotras... —dice al tiempo que clava la navaja en el suelo y se pone de pie en un salto, lo que hace que me sobresalte y caigo con el trasero en el suelo.

—¿De qué estás hablando? No lo entiendo...

—Por supuesto que no, nunca entiendes nada, eres tan imbécil... me desesperas... ¿cómo puedes aguantar tu propia existencia? Yo me mataría...

—Basta. Detente... ¿por qué siempre eres tan mala? —curioseó mientras intento, inútilmente, callar su voz tapando mis oídos.

—¿Vas a llorar? Vamos, ya estoy aburrida de ese numerito. Lloro, grito, pataleo... ¡Haz lo que quieras! No servirá de nada, no puedes salir de aquí. Créeme, llevo años intentándolo...

—No lo entiendo...

—Estamos dentro de tu mente, ¡idiota! Nos encerraste aquí.

—¿Yo?

—Eres tú quien está al mando ¿no?

—¡Déjame salir! —imploro entre lágrimas. Aun no consigo entender lo que está pasando.

—Lo siento, perdí la llave... o la tiré... no lo recuerdo. —Vuelve a burlarse de forma lasciva.

Recorro a grandes zancadas la habitación, pero no logro dar con ninguna pared, por mucho que camine. Solo parece que diera vueltas alrededor de *Ella*. Finalmente, agotada, me dejo caer al suelo, abrazo

mis rodillas y meto mi cabeza entre mis piernas. Balancearme, a veces funciona, me calma. Encuentro una ridícula sensación de seguridad al hacerlo. Cada vez sollozo más fuerte y me cuesta más y más respirar con normalidad. El corazón me golpea tan fuerte contra las costillas que me duele.

—¿En serio? ¿puedes ser más despreciable? ¡Cállate de una maldita vez y deja los lloriqueos! Tú nos metiste aquí, ¡tú sácanos! — grita *Ella* tan cerca de mí que el amargo aliento de su boca me llega de inmediato.

—Yo no lo hice, no hice nada...

—¡Fuiste tú! ¡Recuerda! —grita mientras me toma con ambas manos el rostro y clava sus ojos en los míos.

Y de repente, es como caer en un pozo, cientos de pequeños fragmentos se arremolinan en mi mente. Pero es tan caótico que no puedo distinguir nada. Una música comienza a sonar de fondo, es repetitiva y molesta. La piel se me eriza y siento como la sangre comienza a helarse en mis venas.

*<<Brilla, brilla, pequeña estrella,
cómo imaginar lo que eres desde el cielo,
el mundo está tan alto,
como un diamante en el cielo.
Cuando el resplandeciente sol se ha marchado,
cuando no hay nada que brille sobre él,
entonces tú enseñas tu pequeña luz,*

y brillas, brillas, a través de la noche...>>

Me alejo de su agarre como si sus manos me quemaran y comienzo a arrastrarme hacia atrás, impulsada por mis pies y sin poder levantarme del suelo. Un quejido ahogado escapa de mi garganta, grito tan fuerte como puedo, pequeñas partes de mi vida se hacen ahora muy visibles ante mí. <<Nate...>> es todo en lo que puedo pensar. Y entonces tengo la incomprensible certeza de que es cierto. Yo nos metí aquí, pero no sé cómo. Cubro mis ojos y es como si mi ser escapara de mí, me siento flotar... Cuando vuelvo a abrir los ojos, la luz me ciega por unos segundos. Hay tanta claridad que es doloroso para mis ojos. El cuarto es blanco, la luz fluorescente, el olor me produce náuseas, una mezcla de desinfectante y mucho cloro. Intento moverme, pero mi cuerpo está tieso como una tabla, estoy acostada en una cama, pero no es mi habitación ¿dónde estoy? La puerta se abre, lucho porque mis ojos me obedezcan y se muevan, pero no lo hacen. Una cara desconocida se pone muy cerca de mí, ilumina mis retinas con algo parecido a una linterna pequeña. Es un joven de cabello muy claro, ojos celestes y escasa pelusa en lugar de barba. Pero es como si no me viera. Quiero hablar, quiero preguntarle dónde estoy y qué está pasando, pero no sale una sola palabra de mi boca.

—Signos vitales normales, no hay cambios... Vamos ¿por qué no despiertas? —pregunta al aire. Quiero decirle que estoy despierta, pero es como si estuviera presa en mi propio cuerpo... una prisión silenciosa y aterradora.

Paul



Antes de bajar a la cena con nuestros amigos, paso por la habitación de los niños a darles el beso de las buenas noches. La pequeña Beth duerme abrazada a su osito de peluche, la arropo, beso su suave cabello, y es turno de Macon. Él, por su parte, está cruzado en la cama y con la manta arremolinada en sus piernas. Sonrío al verlo, incluso dormido, es diferente a su hermana. Al llegar al final de las escaleras, dejo por completo al Dr. Smith y me convierto en Paul, esposo, padre y amigo, para disfrutar de una agradable cena con nuestros queridos amigos, que se hace más larga de lo habitual.

—Buenos días, doctor Smith. ¿Qué tal estuvo la cena?
—pregunta mi secretaria al tiempo que me recibe con un humeante café.

—Buenos días, Rosalie. Muy bien, la comida exquisita, el vino demasiado delicioso como para negarse a una segunda botella, y hoy la cabeza la tengo abombada —respondo entre exageradas muestras de dolor. Ella sonrío y yo me meto a mi despacho.

Después de revisar si hubo nuevos ingresos, me dispongo a comenzar la ronda matutina. Comienzo por la habitación de Natacha, donde sorprendo a mi residente mientras chequea sus signos vitales.

—¿Cómo ha pasado la noche, doctor Brand? —cuestiono sobresaltándolo.

—Doctor Smith. Ha estado bien, no hubo ningún cambio significativo, su ritmo cardíaco es alarmantemente normal, demasiado normal para alguien que debería estar muerto... —responde con cara de confusión.

—Está claro que no era su momento —sentencio y examino sus pupilas en busca de alguna reacción, pero solo veo vacío, un oscuro y denso vacío—. Buen trabajo, doctor.

—Iré a comenzar las rondas —advierde él mientras abandona la habitación.

Me tomo un minuto extra en examinar su postura, ella se encuentra completamente relajada, quizás sea por los calmantes... quizás es que está tranquila. Quisiera saber qué pasa por su cabeza en este momento.

—¿De qué te escondes, Natacha? ¿Dónde estás? —pregunto a su espectro, porque eso es lo único que está aquí. Su mirada está perdida en alguna parte, no reacciona a ningún estímulo, no se mueve, el único movimiento que produce es completamente automático, y es un ligero parpadeo. Por el resto... nada—. No sé qué te ha pasado, o qué te llevo a este estado, pero quiero ayudarte si me lo permites. Estoy aquí cuando estés lista.

Al salir de la habitación, me encuentro con el doctor Martin, el director del hospital.

—¿Es necesario que le recuerde a tu personal de la importancia de la privacidad de nuestros pacientes? —pregunta ofuscado.

—Buenos días también para ti, yo bien, gracias por preguntar —ironizo.

—No estoy para bromas, Paul, el hospital está rodeado de fotógrafos, tuve que doblar la vigilancia del departamento de psiquiatría y ese dinero no sale de debajo de la alfombra.

—Estoy realmente desorientado ¿de qué estamos hablando?

—De tu paciente, alguien le dijo a la prensa que Nina está internada en este hospital y fue muy específico con su estado de salud. Todo el mundo habla de que está loca.

—¿Nina?

—Vives en tu pequeño mundo ¿no? Nina Sloan, la supermodelo.

—¿Sloan? ¿mi paciente catatónica?

—Sí, Paul. Es ella ¿verdad? —pregunta al tiempo que me entrega una revista del tipo amarillista con la foto de Natacha en la tapa. La miro con detenimiento. Efectivamente, es ella, aunque luce bastante diferente. En la fotografía, se encuentra en alguna especie de alfombra roja.

—Sí, es ella, Natacha Sloan.

—Bien, quiero que le recuerdes a todos lo importante que es la privacidad del paciente y lo costosas que son las demandas.

—Seguro, yo me encargo.

—Y por favor, Paul, necesito que te enfoques en ella, el hospital no puede quedar mal, nuestra reputación es lo más importante.

—Creí que ayudar a los pacientes lo era...

—No te hagas el listo conmigo —advierte antes de marcharse.

Luego de las rondas, reúno a todo el personal para darles una

pequeña charla de algo que deberían tener muy en claro, nuestro trabajo, y les recuerdo que nadie puede hablar de ningún paciente con nadie.

—Doctor, lo están esperando. —Me avisa Rosalie al llegar a mi oficina. Sigo la dirección de su mirada, y veo a una mujer madura, muy bien vestida y por demás arreglada, ponerse de pie con elegancia.

—Doctor Smith, soy la doctora Monroe. Encantada, espero no molestarlo.

—No, por supuesto que no. Gracias por venir tan rápido. Adelante por favor. —Invito con mi mano mientras sostengo la puerta de mi despacho—. Tome asiento ¿puedo ofrecerle algo de beber?

—Estoy bien, gracias. ¿Cómo se encuentra Nina?

—Sigue igual, su estado físico es óptimo, pero no hay reacción a estímulos.

—¿Le han realizado pruebas para saber si es una reacción tóxica?

—Por supuesto, hemos encontrado restos de diferentes psicotrópicos, pero ningún indicativo de que sea fisiológico, todo parece indicar que es algo mental.

—No lo entiendo, ella se veía bien...

—¿Durante cuánto tiempo la atendió, doctora? —pregunto interesado.

—Aquí le traigo las transcripciones de nuestras sesiones, verá por usted mismo que no nos hemos visto tantas veces. La carrera de Nina le impide estar mucho tiempo en un solo lugar, lo que no

permite un buen tratamiento...

—Pero sí un tratamiento farmacológico...

—Doctor Smith, Nina fue obligada a verme. No fue su elección, ella no buscaba ayuda.

—¿Obligada?

—Sí, de forma contractual. Una cláusula de contrato la obligaba a buscar acompañamiento terapéutico, de lo contrario, perdía el trabajo y muchos miles de dólares.

—¿Notó algún indicio de enfermedad mental?

—Yo la trataba por su depresión crónica y sus problemas alimenticios, nada más. Jamás dijo nada que me hiciera pensar en otra cosa.

—¿Intentos de suicidio?

—No que yo sepa.

—¿Qué usted sepa? ¿No investigó?

—Como dije, doctor, Nina es muy difícil de rastrear...

—Entiendo. Bueno, gracias por su tiempo.

—De nada. Si necesita algo más, ya sabe dónde encontrarme.

—Por supuesto ¿le importa si me quedo con esto? —pregunto señalando la carpeta con las transcripciones.

—Tengo las originales, puede quedárselas.

—Gracias.

Mientras miro las escasas sesiones que tuvo con la doctora

Monroe, cada vez me convenzo más de lo mal atendida que estaba Natacha. Hay dos clases de psiquiatras, los que se interesan por ayudar a su paciente y verlo bien, y los que tienen una gran relación con las farmacéuticas. Está claro que a la doctora Monroe solo le interesaba cobrar sus honorarios y llenar de píldoras a esa pobre niña... hay médicos que no deberían tener acceso a los sellos.

Luego de leer sobre las miserables tres sesiones que tuvieron, es evidente que no se conocen, que no hay confianza, y para mí, es indudable que Natacha estaba actuando con la doctora. Solo le decía lo que quería oír, ella esconde algo. Puedo intuirlo, pero ¿qué?

Antes de marcharme a mi casa, luego de un largo y agotador día, vuelvo a visitar a Natacha. Y la encuentro exactamente como la dejé esta mañana. Me acerco a su cama y, con delicadeza, tomo su rostro para guiar su mirada a la mía, pero no hay caso, no hace contacto visual con nada.

—Lamento mucho que hayas tenido una mala experiencia con mi colega, la doctora Monroe, pero yo sí puedo ayudarte y quiero hacerlo. Necesito que colabores conmigo, Natacha. Sé que ahora todo parece negro y que no imaginas que puedas recuperar tu vida, pero créeme, sucede. De seguro hay alguien que espera por ti, que se preocupa por ti. Vamos, pequeña, despierta, vuelve con nosotros...

Pero no obtengo ninguna respuesta y me marchó con la sensación espantosa de no haber podido hacer nada. Al pasar por la estación de enfermeras, Louis me hace un gesto con la cabeza, sigo su dirección y veo al novio de Sloan sentado en la sala de espera, el pobre muchacho luce fatal, pero no se ha movido del lugar desde que llegaron. Pero, como no tengo nuevas noticias para él, sigo de largo.

—Hasta mañana, Louis.

—Que tenga una buena noche, doctor. —Se despide ella y me marcho al calor de mi hogar.

Ni bien cruzo la puerta, Beth es la primera en escucharme y sale corriendo en mi búsqueda. La tomo en el aire y la colmo de besos. Los besos y risas de mi pequeña son la mejor medicina para el stress.

—Ven papito, quiero mostrarte mi dibujo —dice tomando mi mano y guiándome a la cocina donde ha montado su estación artística —. Es hermoso ¿no crees? Este eres tú, acá estoy yo, esa es mamá y este enano es Macon.

—Y ¿este? —pregunto señalando el dibujo de lo que parece ser un perro.

—Ese es Rabito, mi perro.

—Tú no tienes perro, Beth.

—Ya lo sé, papito, pero podría... —responde inteligentemente y con cara de ángel. Caigo en su trampa.

—Ya veremos... ya veremos.

—Tan pequeña y ya entiende cómo llegar al corazón de un hombre y conseguir lo que quiera —agrega mi esposa entre risas. Hago un gesto de derrotado y ella agranda su sonrisa.

—Buenas noches, papá, ¿cómo estuvo tu día? —pregunto con sarcasmo al oído de mi hijo, que está, como de costumbre, completamente concentrado en sus aparatos electrónicos y pasa de mí. De un brusco movimiento, aleja su cabeza de mi mano y chasquea su lengua.

—Déjame —sentencia y no agrega nada más.

—Recuérdame algo, cariño, ¿nació con eso pegado a las manos?

—Estoy casi segura de que no... —responde mientras corresponde mi beso—. ¿Qué tal tu día?

—Agotador —declaro mientras tomo una cerveza fría de la nevera y me siento a su lado.

—¿Muchos pacientes o alguno difícil?

—Tengo una paciente que me lo está poniendo difícil... ¿conoces a Natacha Sloan?

—¿Debería? No me suena de nada.

—Es una modelo, muy famosa, según dicen.

—¿Nina? ¿Entonces es cierto?

—¿Qué es cierto?

—En la televisión dicen que se volvió loca y está internada en coma.

—Esos malditos medios amarillistas...

—¿Es ella? —Me enseña otra revista, esta vez, Natacha aparece en muy mal estado, alcoholizada quizás, o drogada, no podría decirlo, pero es evidente que lucha por mantenerse en pie.

—Sí, es ella.

—¿Qué tiene?

—Eso quisiera saber. De momento, está catatónica, no responde a ningún tratamiento, ya lo probé todo... nada funciona.

—Bueno, si alguien puede ayudarla ese eres tú, cariño.

—Eso espero...

Luego de acostar a los niños y leerle un cuento a Beth, me voy a la cama. Kate está leyendo un libro, beso su mejilla y me recuesto. El agotamiento físico ni se compara al mental, pero, aun así, siento un enorme alivio al relajar mi cuerpo. Al cabo de un rato, en donde no hago más que dar vueltas en la cama, decido levantarme.

—¿Quieres que apague la luz? —pregunta mi esposa, al ver que no puedo conciliar el sueño.

—No, no te preocupes, es que estoy algo intranquilo, bajo un rato a ver unas cosas.

—No te desveles mucho, Paul. —Me advierte antes de abandonar el cuarto.

Una vez en mi oficina, enciendo el portátil y tecleo Natacha Sloan, pero no consigo mucho, pruebo con Nina Sloan y es entonces cuando una catarata de fotografías inunda mi pantalla. Una sucesión cronológica de una muerte anunciada. Las primeras fotos son, claramente, profesionales, ella en distintas poses, muy hermosa, es innegable. Pero sus ojos... eso es otra cosa. Tristeza, vacío, desesperanza... es imposible no sentir algo cuando la ves, y ahora entiendo la fascinación del público con ella. Hay algo en sus ojos que cautiva. Luego, fotografías robadas, saliendo de un restaurante en compañía de su novio, fotos privadas de vacaciones, y ahí todo empeora. Lo que siguen son claros indicios de que algo va mal. Poco a poco, las imagines se convierten en una alarma de catástrofe. Cada vez se la ve más delgada, más demacrada, más problemática. Sacada a

rastras de clubes, sin poder mantenerse en pie, peleando con los fotógrafos...

Al pasar a las noticias, encuentro de todo.

<<Nina, ¿la nueva Amy?>> <<Nina en otro ataque de ira>>
<<Nina, una belleza explosiva>> <<Ups, lo hice otra vez>>

Los encabezados de las noticias acompañaban distintas fotografías. Y por último << *¿La fiesta acabó?*>> esa era la peor, mostraba el momento exacto donde los paramédicos trasladaban a la joven modelo hasta el hospital.

La indignación me sobrepasa. Demasiados testigos de sus claros pedidos de ayuda, pero nadie hizo nada. Solo observaron y decidieron hacer dinero con ella. Todos ellos, al igual que su terapeuta. Pobre niña, estaba completamente sola. Me pregunto qué hizo su novio para ayudarla y ¿sus padres? ¿Acaso no hay nadie más?

Nina



—Lo siento, no hay cambios aún, seguimos probando distintos tratamientos, pero no está respondiendo como quisiéramos. —
Escucho a lo lejos.

—¿No hay nada más que hacer? —Jasper, mi dulce Jas... la debe estar pasando fatal por mi culpa.

—Debemos esperar, cuando esté lista, despertará —responde la misma voz.

Pero no estoy dormida, ¡estoy aquí! Grito inútilmente, porque de mi garganta no escapa ni un solo suspiro. Si solo pudiera decirles que estoy aquí...

—Buenos días, cielo. ¿Cómo te encuentras hoy? —Es esa enorme mujer otra vez, al verla, su aspecto intimida, pero jamás nadie fue tan dulce y delicado conmigo como ella—. Debes tomar un baño, pero tranquila, yo me ocupo de ti.

Como si fuera una muñeca de trapo, ella me mueve a su antojo y comienza a pasarme un paño húmedo por toda la piel, se siente bien, como una caricia.

—Sabes, tengo cinco hijos y catorce nietos. Y si alguno estuviera en tu lugar, mi corazón se rompería en mil pedazos. Estoy segura de que hay mucha gente que se preocupa por ti cielo.

<<Sí, Jasper y Marc. No tengo a nadie más.>>

—Tienes que intentar encontrar la luz, cielo. Confía en Dios. Sé que a veces es difícil de entender, pero él solo nos envía pruebas que está seguro podemos manejar...

<<Lo siento, señora, no creo en Dios. ¿Dónde estuvo toda mi vida? Si existe... bueno, si es real, es un sádico y no quiero saber nada con él.>>

—Intentaré ponerte más cómoda —anuncia y, con cariño, toma mi nuca; pone la otra mano en mi rostro y gira mi cabeza con delicadeza para dejarme de frente a ella—. Debes intentarlo, cielo. Eres muy joven, la vida no tiene que ser tan difícil ¿sabes?

<<Quisiera que fuera verdad...>>

—Haremos un trato, cuando despiertes, te traeré mi especialidad. La mejor tarta de chocolate que hayas probado. Pero debes intentarlo.

<<Le juro que lo hago, pero no sé cómo...>>

Cuando ella se va, hay silencio otra vez. Ese aterrador silencio y esa inquietante quietud... quiero despertar, realmente quiero hacerlo...

Cuando despierto, ya no estoy en la habitación de hospital. Estoy en este oscuro cuarto otra vez. La oscuridad es total, hasta que de repente la luz central se enciende y *Ella* aparece justo debajo con su diabólica sonrisa y esa mirada cargada de odio.

—Has vuelto... —dice en tono despectivo.

—Eso creo, no sé cómo sucede.

—Por supuesto, nunca sabes nada. Ya lo sabemos...

—¿Por qué me odias tanto? Nunca te he hecho nada...

—¡Eres una maldita mentirosa! —grita enloquecida—. Me lo has hecho todo, fue a mí. ¡Recuérdalo!

—Tengo que salir de aquí, tengo que despertar de esta pesadilla.

—¡Ayúdame, papi! —Se burla con tono de niña.

—¡Cierra esa maldita boca!

—Al fin un poco de carácter. Cielos... ¿qué hay que hacer para que reacciones? Ya lo sé... quizás pueda imitar a mami. ¿Quieres que lo intente, Nina?

—Eres una perra maldita, ¿por qué no desapareces de mi vida?

—Porque no puedo, tú me trajiste, ¿lo recuerdas?

—No es cierto, yo jamás te buscaría. Tú solo... apareciste.

—No, no, no, mi pequeña Nina... fuiste tú. Me rogaste, me imploraste que apareciera.

—Yo jamás...

—¡Recuerda! —grita mientras me toma con ambas manos del rostro, apoya su frente en la mía. Su mirada se graba en mis retinas y es como caer en un pozo.

De repente, puedo verme a mí misma, sé que soy yo. Pero soy una niña pequeña... debo tener unos tres años quizás. Llevo un vestido blanco con muchas pequeñas flores rosas que lo adornan, unas zapatillas blancas y calcetines con puntilla. Tengo dos coletas cerradas con una cinta rosa, mi cabello es más claro que ahora, de

un marrón chocolate, pero mis ojos son los mismos, tan azules como el mar. Doy vueltas y vueltas, rio y cada vez abro más los brazos, como si quisiera salir volando.

— ¡Nina! — *Es la voz de mamá, la escucho acercarse, pero no puedo detenerme—. ¿Dónde estás, pequeña traviesa? Vamos, es hora de jugar.*

Me detengo de inmediato y me caigo por el mareo.

— *Ahí estás. ¡No te ensucies, Nina! —Me regaña mientras se acerca, me toma de los brazos y me pone de pie y sacude el polvo de mi vestido nuevo.*

— *No quiero ir —digo con un mohín.*

— *Claro que sí, a ti te encanta jugar con mami y papi ¿no es cierto?*

— *No, no quiero. No me gusta ese juego —repito y tironeo para zafarme de su agarre. Ella se detiene, se agacha y sus ojos me dan miedo, mucho miedo.*

— *¿Quieres que papi se ponga triste? ¿Quieres que mami se enoje? No ¿verdad?*

— *No.*

— *Entonces serás una buena niña y bajarás a jugar con nosotros.*

Asiento, pero en realidad no quiero hacerlo. No me gusta ese juego, me duele...

Abre la puerta del sótano y el olor me produce náuseas. Una mezcla de algo dulce y humo me cosquillea la nariz. De inmediato, veo las mantas apiladas en el suelo, rodeado de cojines y osos de peluche. Papi está acomodándolos en forma de medialuna. Mi mami me suelta el brazo y yo lo froto porque me apretó muy fuerte.

—Aquí está mi pequeña y hermosa princesa. ¿Eres la nena de papi?
—pregunta él mientras me toma en brazos. Siempre huele gracioso, a vino y esos cigarrillos raros que arma.

—Sí. papi.

—Sí, claro que lo eres. Solo mía. Papi te ama, princesita. ¿Tú me amas?

—Sí.

—Bueno, ahora vamos a jugar. Recuerda que no debes llorar, si tú lloras, papi se pondrá muy triste... no quieres eso ¿verdad?

—No papi... pero, me duele, no me gusta...

—Claro que te gusta, porque tú quieres que papi te ame, y este es nuestro momento especial ¿sí?

—De acuerdo.

—Ve a tu lugar, princesa.

Me deja en el piso y me pongo en medio de la manta rosa, justo en medio de los peluches y almohadas. Empiezo a jugar con mis deditos y muevo mis pies para que choquen entre sí. La luz de la cámara nueva de mami se enciende. Papi se acerca a mí, está desnudo y no quiero mirar.

<<Brilla, brilla, pequeña estrella,
cómo imaginar lo que eres desde el cielo,
el mundo está tan alto,
como un diamante en el cielo.
Cuando el resplandeciente sol se ha marchado,
cuando no hay nada que brille sobre él,

*entonces tú enseñas tu pequeña luz,
y brillas, brillas, a través de la noche...>>*

Su tacto me quema, y me alejo espantada.

Esa canción, otra vez esa canción. ¿De dónde vino eso? Pero cuando abro los ojos, estoy de vuelta en la habitación blanca del hospital y Ella no está.

Paul



Es un día particularmente tranquilo esta tarde en el hospital, lento y aburrido. Como me sobra el tiempo, sigo con mi investigación sobre Natacha Sloan, necesito saber de ella, quién es, qué le pasó, qué oculta...

Llamo a un contacto en la policía de Nueva York. Luego de las preguntas típicas de etiqueta, le pido cualquier cosa que pueda conseguirme sobre ella. Me promete que lo va a intentar y que, en cuanto tenga algo, me lo alcanza.

—Disculpe, doctor, lo buscan. —Me advierte mi secretaria.

—¿Quién, Rosalie?

—Dijo llamarse Marc Preston, y dice que le urge hablar con usted, es sobre la paciente Sloan.

—Hágalo pasar. —Pido, me pongo de pie, no tengo idea de quién es este hombre... y la intriga puede más.

—Doctor Smith, es un placer. —El hombre que tengo frente a mí está alrededor de los cincuenta años, viste muy elegante, de traje oscuro muy caro. Un rostro solemne y un porte importante.

—Igualmente, señor Preston. Tome asiento, por favor.

—Gracias.

— ¿Qué puedo hacer por usted?

— Verá, no me permiten ver a Nina, ni a Jasper ni a mí.

— Lo cierto es que solo su familia directa puede verla en este momento, lo siento.

— Usted no lo entiende, nosotros somos su única familia. No hay nadie más.

— ¿Quién es usted?

— Soy su representante, y algo así como su guardián.

— ¿Guardián? No legalmente, intuyo, ya que Natacha es mayor de edad.

— Cierto, aunque lo fui. Cuando conocí a Nina, ella aún era menor de edad, tenía catorce años.

— ¿Y sus padres?

— Fallecieron en un accidente doméstico. La casa donde Vivían se incendió y ella y su hermano pequeño pudieron escapar, pero los bomberos no pudieron hacer nada por sus padres.

— No lo sabía, lo siento.

— Está bien, casi nadie lo sabe, como los niños eran muy pequeños, la gente lo olvidó.

— ¿Qué hay de su hermano? ¿dónde está? Me gustaría hablar con él, pero la única persona de contacto de emergencia es Jasper Craw.

— Lógico, Jasper es quien siempre viaja con Nina, son inseparables. Nate y Nina fueron separados mientras estaban en un hogar transitorio. A Nate lo adoptó una pareja y, como era menor, no

podimos dar con él hasta hace un tiempo, que cumplió la mayoría de edad.

—¿Entonces no tienen relación?

—No mucha, acaban de reencontrarse y, a decir verdad, Nina se puso mucho peor después de eso.

—¿Mucho peor? ¿A qué se refiere?

—Verá, doctor, Nina es muy especial. Se guarda todo, no habla mucho, sobre todo de su pasado. Hay muchas cosas que no recuerda.

—Es muy común en alguien que haya sufrido un trauma de pequeño. Es un mecanismo de defensa, señor Preston; haber perdido a sus padres tan joven y en circunstancias tan duras...

—Por favor, llámeme Marc. Estoy seguro que tiene razón. Por lo poco que sé, luego del accidente, fueron a un hogar transitorio en Jersey. Pero no estuvieron mucho tiempo allí. Nate enfermó y fue cuando los separaron. Él fue adoptado por una enfermera del hospital donde estuvo internado por una fuerte neumonía. Nina pasó algún tiempo más allí, pero cuando la mujer encargada de cuidarlos sufrió un accidente que la dejó parapléjica, ella fue cambiada de casa, y pasó de un hogar a otro, hasta que, en una de sus últimas huidas, la encontré yo.

—A los catorce años, ¿verdad?

—Así es. Ella vivía en la calle, dormía en el callejón que está detrás de mi agencia, tengo una agencia de modelos en Manhattan. Siempre que pasaba a buscar mi carro, veía una pequeña sombra escondida en la oscuridad, hasta que un día, esa sombra decidió

atacarme. Se acercó a mí mientras abría mi auto, y con una navaja improvisada en su mano, quiso asaltarme. Ella era diminuta, y estaba muy delgada. No me costó nada detener el ataque, le quité el arma y le dije que la llevaría con la policía. Me rogó que no lo hiciera, que no pensaba volver allí. Así que hicimos un trato, le ofrecí techo y comida a cambio de trabajo. La llevé a mi casa, no lo pude evitar, sus ojos... sus ojos siempre son mi perdición. Son iguales a los de mi pequeña hijita.

—¿Y su familia lo aceptó?

—Perdí a mi familia hace trece años en un accidente automovilístico, mi pequeña Sara tenía apenas doce años. Ella y mi esposa murieron. Yo estaba de viaje. Así que, fui egoísta, no se trataba de ayudarla a ella, sino también, de brindarme algún tipo de consuelo.

—Lo entiendo, no se preocupe.

—Al principio, estaba muy desconfiada, supongo que, con razón, la vida de Nina no fue fácil. Lo ha tenido muy difícil, doctor, pero de a poco me gané su confianza. Me sentía muy solo, y la casa era muy grande para mí y mis perros. Le compré ropa nueva, la alimenté y le di un hogar seguro. Le pedí que ayudara a Rosa, mi ama de llaves, en lo que ella le pidiera, pero sus tareas principales eran atender a los perros.

>No tardé mucho en encariñarme con ella, es una niña muy dulce, ya lo verá, muy tranquila y demasiado inteligente. Contraté maestros para que la ayudaran a ponerse al día en lo escolar, y pronto comenzó a ir al colegio. Me convertí en su tutor legal y nos convertimos en familia. Solo ella y yo.

— ¿No la adoptó?

— No, Nina no quiso. Dijo que no quería volver a tener un padre. Que yo sería algo más. Un amigo, un guardián. Y lo acepté. Cuando creció, quiso trabajar en la agencia, siempre fue muy hermosa, así que pronto se convirtió en la favorita de las grandes marcas, y su carrera se volvió meteórica. En pocos meses, ya estaba viajando por el mundo, recorriendo las mejores pasarelas de la moda, y trabajando con los diseñadores más importantes. Pero, como entenderá, Nina no es mi única cliente, sí, ella es familia, pero tengo muchas otras chicas de las que ocuparme, así que no podía acompañarla siempre. Puse a una de mis personas de confianza a su disposición, y ahí fue cuando todo empezó. Sabe, doctor, cuando una joven y hermosa mujer te pide algo, no es posible negarse para la mayoría de los hombres. Y Nina no fue la excepción. Este ambiente está lleno de excesos.

— No solo el ambiente de la moda, Marc. Lamentablemente, sucede en todas partes.

— Sí, tiene razón. Pero aquí es particularmente más fácil hacer que una modelo haga su trabajo y no sea un dolor de cabeza, siempre y cuando esté bastante dopada. Así fue como comenzó a probar drogas, alcohol, y se perdió bastante. La ingresé a distintas clínicas, pero ninguna ayudó a largo plazo, siempre volvía a caer. Hasta que conoció a Jasper. Él fue un salvavidas, Jasper lleva años trabajando como fotógrafo, y Nina no es la primera modelo que conoce, así que con él no fue tan fácil conseguir lo que quería. Jasper la ama, la cuida y hace todo lo que puede, igual que yo. Pero Nina... Nina es difícil, no es fácil comunicarse con ella, como le dije, se lo guarda todo.

— Es posible que tenga muchos problemas para confiar en los

demás y no sepa cómo manejarlo —explico. Trato de dejarlo hablar, está claro que él necesita explicármelo. Y está echando luz sobre mi misteriosa paciente.

—Quizás... en fin. Con Jasper se puso mejor y las cosas se calmaron, entonces apareció Nate. Cuando cumplió la mayoría de edad, su legajo se liberó y el investigador que yo había contratado lo encontró. Su familia se había mudado a San Diego por el trabajo de su padre, pero él estaba en Massachusetts, estudia en el MIT. Nina se comunicó con él y fuimos a visitarlo. Yo la acompañé, pero ellos se reunieron solos. Después de nuestra primera visita, las cosas comenzaron de vuelta y Nina recayó rápidamente. Lo vio algunas veces más, a veces iba con ella, otras era Jasper quien la acompañaba. Pero se puso tan mal, que decidí obligarla a buscar ayuda. Armé una cláusula contractual donde la demandaría si no buscaba ayuda y cumplía con su contrato. Por supuesto que no lo haría, pero el trabajo es importante para Nina y sabía que lo haría. Ahí fue cuando comenzó a tratarla la doctora Monroe. Le daré su número, quizás necesite hablar con ella.

—Ya lo he hecho, la rastree a través de las prescripciones que le recetó a Natacha.

—Perfecto. Ella la estaba viendo, le había dado medicación, pero Nina decía que odiaba tomarlas.

—Tienen muchos efectos secundarios molestos, es normal que cueste encontrar el medicamento indicado para cada persona —declaro. Sobre todo, cuando no tienes idea de quién es tu paciente, agrego, pero no lo digo.

—En fin, creí que eso ayudaría, pero ya ve lo que pasó.

—Hizo todo lo que pudo, Marc. No se eche la culpa, es imposible ayudar a quién no quiere ser ayudado. Y muchas veces, toma muchos años de tratamiento conseguir una mejoría. Pero yo estoy dispuesto a trabajar con ella.

—Se lo agradezco mucho, doctor.

—No tiene que hacerlo, ya hablé con Jasper varias veces, se la pasa aquí.

—Lo sé, Jasper es así, leal hasta los huesos, no va a dejarla.

—Bien, porque necesitará apoyo cuando salga de esto. En este momento, no responde a ningún tratamiento farmacológico que le hemos dado. Pero estoy seguro de que su estado no es un efecto fisiológico, sino una reacción mental al stress, un colapso. El cuerpo y la mente necesitan recuperarse.

—Pero ¿se pondrá bien?

—No puedo asegurarlo, pero haremos todo en nuestro alcance.

—¿Podré verla?

—Si el señor Craw lo permite, ya que es su contacto de emergencias, sí.

—Gracias, doctor.

—Algo más... ¿Podría darme el número de teléfono de su hermano? Quisiera hablar con él.

—Claro, yo le avisé lo que pasó, así que está al tanto —dice mientras anota los datos en un *post it*.

—Ha sido de mucha ayuda, Marc. Y tenga plena confianza que

todo lo que me dijo no saldrá de esta oficina.

—Lo sé. Estuve investigándolo, doctor, sé que es uno de los mejores psiquiatras del país. Quiero que Nina esté en las mejores manos.

—Gracias por la confianza, espero no defraudarlo.

—Hasta pronto, doctor.

Ahora tengo mucho más con qué trabajar. Saber sobre el pasado y la vida de mi paciente es fundamental para saber cómo ayudarla. Pero la relación con su hermano me intriga, ¿qué es lo que ha pasado entre ellos para que esta niña vuelva a recaer?

Miro su fotografía, que aún está abierta en la pantalla de mi computador. Entiendo completamente la fascinación de la gente con ella, es algo en su mirada, quizás la tristeza, la desesperanza. Algo de todo eso, despierta mis instintos paternos y me pide protegerla, ayudarla. Y estoy dispuesto a hacerlo.

Antes de irme a casa, paso por su habitación. Todo está igual, excepto por las flores que acompañan ambos lados de la cama. Ella está con la mirada perdida en algún lugar fuera.

—Hay muchas personas que se preocupan por ti, Natacha. —digo mientras giro su rostro en busca de su mirada. Pero ahí solo hay vacío—. Sé que lo has tenido difícil, y lamento que no hayas encontrado la ayuda que necesitabas, pero yo no soy como ellos, te prometo que te ayudaré. Solo necesitas volver. —Y entonces, algo sucede, una pequeña lágrima resbala por su mejilla. Ella está ahí, es claro, me escucha. Pero aún no es el momento, lo entiendo.

—Bien, cuando estés lista, no hay apuro.

Nina



—Buenos días, cielo, ¿cómo te encuentras hoy? Es un hermoso día fuera. Pronto comenzarán a caer las hojas. Me encanta el otoño, los colores son tan hermosos...

<<Mi estación favorita es la primavera, todo huele a lluvia y flores>>

—Hoy vamos a revisar tus heridas, no queremos que queden horribles marcas en esos hermosos brazos.

<< ¿Heridas? Yo no me lastimé.>>

—Esto puede doler un poco, lo siento, trataré de hacerlo rápido. ¿Por qué querías dañarte así, cielo?

<<No lo hice, no fui yo... debe haber sido Ella, siempre es Ella.>>

—Se ven mucho mejor. Pero si fueras mi nieta, te daría una zorra por haberte hecho esto. La vida no nos pertenece, cielo, solo somos un momento, y Dios decide cuándo es hora de partir. No es nuestra decisión.

<<Otra vez Dios... lo siento, no puedo creer lo que dices.>>

—Bien, te vendré a visitar luego. Descansa. —Se despide con un dulce beso en mi frente, como una abuela lo haría, y se marcha.

Trato de recordar qué fue lo que pasó, pero está en blanco, mi último recuerdo es estar discutiendo con Jasper...

Estaba tan apurada por meter todo en la maleta, que simplemente tiraba una cosa sobre la otra, sin ningún reparo ni consideración. Solo quería salir de ahí antes de que él llegara.

—Haces bien en irte, al fin una decisión inteligente, increíble que se te ocurriera a ti —dijo Ella, desde el otro lado de la habitación. Allí estaba, como siempre.

Ella siempre está allí. No recuerdo la primera vez que la vi, pero sí recuerdo que aún era una niña. Vivíamos con nuestros padres, Nate era un pequeño bebé, mi bebé, y lo amaba como jamás había amado a nadie, era su hermana mayor y era mío.

—¿Intentas ignorarme? Sabes que eso no funciona. No puedes callarme —insiste, y es cierto, por mucho que lo intento, ella siempre está...

—Ojalá pudiera hacerlo.

—Pero no puedes, no puedes hacer nada, eso ya lo sabemos. No sirves para nada, bueno, me equivoco, si sirves para algo, para ocupar espacio, para robar oxígeno...

—Igual que tú.

—Yo soy tú ¿cuándo lo entenderás?

—No, no somos iguales, solo hace falta verte para saberlo —respondo. Estoy tan harta de sus ataques, siempre igual, y me encuentro al borde... muy al borde.

—Pero solo tú puedes verme ¿verdad, Nina?

—Lamentablemente, y también oírte...

—Ni siquiera eso haces bien, no puedes ser una loca normal, no... tú

jamás. Pero esto sí lo estás haciendo bien, debes dejarlo en paz, no lo mereces y lo sabes.

La puerta se abre de golpe y mi corazón se detiene, Jasper intentará detenerme, lo sé.

—Nina ¿dónde estás, amor? —pregunta su profunda y masculina voz desde la cocina.

Me apuro a cerrar la maleta, no me importa dejar cosas, ya veré luego. Arrastro la carga fuera de nuestra habitación y le doy un último vistazo. Amo este departamento, es tan luminoso y bello. Y lo hicimos juntos, es nuestro hogar, pero ya no más.

—¿Sales de viaje? —pregunta confundido—. No recuerdo que tengas algo en esta fecha.

—No lo tengo.

—¿Entonces?

—Me voy.

—¿A dónde?

—Te dejo, Jasper. Lo siento.

—Nina... no podemos seguir con esto, estoy agotado...

—Justamente, no podemos seguir con esto. Sabes tan bien como yo que no tiene sentido, solo nos estamos engañando.

—No, Nina, yo te amo y sé que tú también me amas.

“—No es cierto, ¿quién podría amarte? Mírate, eres un maldito desastre. Solo traes desgracia a los demás. —Se adelanta Ella a rebatir.”

—Lo siento, Jas. No puedo hacerlo más, no te mereces esto.

—Es cierto, no me merezco que te marches y me dejes así. Vamos, deja eso.

“—¡No lo hagas! No lo mereces, no tienes nada que ofrecerle. Solo eres un estorbo y él merece ser feliz, merece una mujer de verdad, no una imbécil como tú. Vamos ¡Vete de una puta vez! —grita Ella poniéndose en frente de mí, interponiéndose entre ambos. Aparto mi vista de sus ojos, que son tan parecidos a los míos, y busco la puerta.”

—Por favor, Jasper, déjame ir. Es lo mejor para ambos. Tú estarás bien...

—No, no estaré bien sin ti. Nunca sin ti, Nina. —Da un paso hacia mí, decidido, y mi corazón se derrite. Lo amo, lo amo tanto que solo él puede salvarme, pero no quiero seguir lastimándolo.

“—Estará mucho mejor sin ti. Todos lo estaremos. ¡Dios! Ojalá pudieras entenderlo. Le harías un enorme favor al mundo si desaparecieras —responde Ella, da la vuelta y se sitúa detrás de mí y me empuja hacia adelante, por lo que tropiezo.”

—¿Nina? —pregunta Jasper, confuso, y se apresura a agarrarme para evitar que caiga.

—Te lo suplico, Jas, déjame ir. Es lo mejor. Dices que me quieres, demuéstalo, dime adiós.

—¿Qué te quiero? Eres mi vida, Nina, mi amor, eres todo. No te vayas, buscaremos otra forma, todo volverá a estar bien, lo prometo, amor. —Sus hermosos ojos grises no me mienten, yo sé que él me ama, es cierto.

“—¡No, no lo es! ¿Lo amas? Entonces aléjate de él, hazlo antes de que

sea tarde, antes de que termines con su vida. Desaparece. ¡Ahora! —Vuelve a insistir Ella. Me toma del cabello y mi cabeza vuela hacia atrás, alejándome de él. Los ojos de Jasper me miran confusos.”

—Debo irme, lo siento. —Rodeo su cuerpo y casi corro hasta la puerta, pero él me sujeta del brazo y me impide salir.

—No, Nina. No lo hagas. —Vuelve a pedirme.

“—¡Hazlo, maldita sea! ¡Hazlo o te arrepentirás! Lo juro. —Me amenaza Ella y vuelve a empujarme. Y esta vez caigo. Y como me ha pasado otras veces, no solo caigo al piso, sino al abismo, una espantosa sensación de vértigo, como cuando estás durmiendo y tu cuerpo se sacude de repente. Es lo mismo, pero la sensación es infinitamente más profunda, es como caer en un abismo sin fondo, el suelo nunca llega, solo caigo. Y luego la oscuridad. Todo desaparece.”

La luz se enciende, estoy en el cuarto oscuro otra vez, y *Ella* está ahí. Aún me impresiona verla, jamás me acostumbraré a que luzca igual que yo, porque es cierto, somos iguales, como dos gemelas idénticas y diferentes. Siempre pensé que ella era la mala, viste siempre de negro, con sus botas de combate, sus aros de metal y su maquillaje fuerte y dramático. Incluso su cabello es igual al mío, solo que el de *Ella* está bañado por pequeños mechones azules. Pero los ojos no son iguales. Sus ojos dan miedo, son diabólicos, cargados de ira, resentimiento... y su voz, su voz tampoco es como la mía, o quizás es el tono que emplea, tan despectivo, irónico y burlón.

—¿Otra vez tú? —pregunta mientras da vueltas sobre sus pies una y otra vez.

—¿Por qué siempre vuelvo aquí?

—¿Cómo voy a saberlo? —dice sin detenerse, comienza a marearme.

—¿Puedes detenerte?

—Te encantaba hacer esto ¿recuerdas? ¿Qué tenía de divertido?

—No lo recuerdo.

—Claro que no... no recuerdas muchas cosas...

—Pero tú sí ¿verdad?

—Yo lo recuerdo todo. ¡Todo! Yo lo viví todo...

—¿Fuiste tú verdad?

—¿Fuiste tú? ¿Fui yo? Tú eres yo. Yo soy tú... —canturrea.

—Me lastimaste, fuiste tú. Yo no lo hice, nunca lo haría.

—Claro que no, eres una cobarde. Siempre huyes, huyes de todo. Yo no. Yo lucho, yo aguanto.

—¿Por qué lo hiciste? ¿por qué siempre quieres hacerme daño?

—Porque lo mereces. Debes desaparecer. Nadie te extrañaría. Nadie te necesita, nadie te quiere. ¿Cómo van a hacerlo? No eres nadie, solo una molestia. Un parásito.

—¡No es cierto!

—Sí, sí lo es, y lo sabes. Debes admitirlo. ¡Hazlo!

—Vete al infierno, ¡ahí perteneces!

—Sí, tú y yo. Ambas. Yo soy tú.

—¡No, no, no! Solo tú.

—Lo siento, no es posible, princesita —dice sonriendo y por fin se detiene. Se queda tan quieta que un escalofrío me recorre la espalda.

—No me digas así. —Las lágrimas comienzan a agruparse en mis ojos sin entender bien por qué.

—Eres la niña de papi ¿verdad, princesita? —pregunta y su rostro toma un aspecto tan desagradable que me dan ganas de vomitar.

—¡Cállate! ¡No sigas!

—¡Recuerda! —grita frente a mí y me hundo en sus ojos.

Me veo otra vez, todavía soy pequeña, pero tengo unos cinco años. Hace mucho frío, la nieve comienza a endurecerse y mis manos están congeladas. Siento las medias húmedas dentro de mis botas. Miro a Nate y su nariz está tan roja como sus mejillas.

—Vamos adentro, hace mucho frío.

—No, quiero poquito más —pide con un mohín.

—Te vas a enfermar. Juguemos adentro. Yo cuento y tú te escondes.

—Meno. —Accede y corre a trompicones hacia la casa.

—Uno... Dos... —Comienzo a contar lentamente. Ya me sé hasta el cincuenta. Lo aprendí en ese libro que papi me trajo.

Cuando llego al diez, comienzo a buscarlo. Siempre es fácil encontrar a Nate, su risa lo delata. No puede evitarlo. Voy hasta la sala y escucho atenta.

—¿Estás acá, Nate? —pregunto y él ríe.

—No, no toy —dice entre risas.

— ¿Dónde estará? — Vuelvo a preguntar y salto detrás del sofá de papá, lo agarro y ambos rodamos por el suelo riendo.

— ¡Hora de jugar, Nina! — Anuncia mamá. Escondo a Nate detrás de mí. No quiero que lo vea.

— Sube a la habitación y escóndete. No hagas ruido, yo iré a buscarte. No debes salir hasta que yo vaya ¿de acuerdo? — digo en voz baja.

— Meno, ti — responde y se va corriendo escaleras arriba.

— ¿Dónde estás, Nina? — cuestiona mi madre.

— No quiero ir. No quiero ir nunca más.

— Debes hacerlo. No quieres que mami y papi se pongan tristes ¿verdad? Tú eres una buena niña.

— No, no lo haré más. ¡No quiero!

— Bien, entonces irá Nate a jugar con nosotros — dice y se da la vuelta.

— ¡No! Él es mío. ¡Él no!

— ¿Entonces? ¿Tú o él?

— Yo, yo iré... — Me rindo. Y baja al sótano.

Papá está acomodando las cosas mientras habla con alguien, no conozco la voz de ese hombre, pero comienzo a temblar. La nariz me cosquillea por el olor. Y me detengo al final de la escalera.

— Hola, princesita. ¿Qué sucede? — pregunta mi padre. Niego con la cabeza y su expresión cambia—. Quizás deberías buscar a Nate, cariño — dice hacia mi madre.

— No, él no. — Suspiro y camino hasta él.

—Buena niña. Papi te dará un hermoso regalo si te portas bien. —Miro hacia el otro hombre. Es alto y muy flaco. Tiene el pelo negro y nariz larga.

—Hola, preciosa. He traído esto para ti. —Me extiende un paquete que lleva un enorme moño rosa encima. Mi padre lo agarra y lo pone en mis manos.

—¿Qué se dice, princesita?

—Gracias —respondo y dejo el paquete a un costado.

—Deberías abrirlo, seguro te gusta. —Sugiere el otro hombre.

Vuelvo a tomar el paquete y rompo el papel. Dentro hay un vestido blanco y celeste como de muñeca.

—¡Es hermoso! —interrumpe mi madre— Vamos, te lo pondré.

—Jugaremos a que tú eres mi linda muñeca, y yo te cuido porque te quiero mucho ¿de acuerdo? —indica el hombre.

Mi madre me viste y comienza a ponerme pintura en la cara. Pero mis lágrimas borran lo que ella hace, así que me toma fuerte del brazo y se acerca a mí.

—Deja de llorar o te juro que Nate llorará más. Tú no quieres eso ¿verdad? —Niego con la cabeza y me limpio la nariz con la mano—. Bien, ahora sonrío y sé una buena niña.

—Ve a tu lugar princesita. —Pide mi padre y me pongo donde siempre, justo en medio de los peluches y almohadones.

La luz roja se enciende en la cámara de mamá y el hombre se acerca a mí. Se arrodilla a mi lado y mi padre comienza a cantar.

<<Brilla, brilla, pequeña estrella,

*cómo imaginar lo que eres desde el cielo,
el mundo está tan alto,
como un diamante en el cielo.*

*Cuando el resplandeciente sol se ha marchado,
cuando no hay nada que brille sobre él,
entonces tú enseñas tu pequeña luz,
y brillas, brillas, a través de la noche...>>*

Y todo se desvanece como si se rompiera un cristal frente a mis ojos. *Ella* sigue mirándome y sosteniendo mi rostro. Su contacto me quema y la alejo de un empujón tan fuerte que cae de espaldas.

— ¡No me toques! — grito con tanta fuerza que la garganta me duele.

— ¿No quieres jugar? — pregunta *Ella* con una sonrisa macabra.

— ¿Por qué?

— Porque debes recordar.

— No, no quiero hacerlo.

— Yo tampoco quería vivirlo, pero tú me trajiste.

— No, no fui yo ¡Lo juro!

— Sí, fuiste tú. “¡Quisiera desaparecer! Quiero desaparecer, por favor. Ya no más. No quiero estar aquí” dijiste, y entonces aparecí yo.

Me pongo de pie en un salto y me alejo de ella. Miles de imágenes comienzan a arremolinarse en mi cabeza, la canción se repite una y otra vez. El olor del sótano me cosquillea la nariz. Y de

repente puedo verme a través de los años, bajando a ese horrible lugar, mis padres, sus amigos y toda esa gente que nos visitaba. Las mantas, los peluches, los almohadones... y luego Nate. Y es entonces cuando caigo al abismo, comienzo a caer tan rápido que el aire me lastima la piel, cierro los ojos con fuerza y deseo desaparecer...

Paul



Me abro paso entre la multitud de fotógrafos que acampan en la entrada del hospital. Nunca seré capaz de entender la morbosidad de las personas.

—Buenos días, doctor. —Me saluda Louis al pasar por su lado.

—¿Qué tal la familia? —pregunto mientras reviso los ingresos de la noche anterior.

—Causando alegrías y problemas, como todos...

—Cierto.

Antes de llegar a mi despacho y comenzar las rondas, visito a Natacha. Pero al ingresar a su habitación, me encuentro que está acompañada. Esta vez, además de Marc y Jasper, que ya me tienen acostumbrados, hay alguien más.

—Doctor Smith, buen día. Deje que le presente a Nate Anderson.

—Me indica Marc, señalando a un joven a su lado. Alto, atlético, con los mismos ojos azules intensos de su hermana, pero el cabello claro, aunque algunas facciones de su rostro también guardan semejanzas.

—Es un placer, Nate. Me alegra que hayas podido venir. —Saludo al tiempo que le doy la mano. Él la toma, seguro.

—Igualmente, doctor Smith. Solo estaré un día, debo volver a la

universidad.

—Por supuesto. Cuando puedas, te espero en mi despacho, no te quitaré mucho tiempo.

—De acuerdo —confirma y me retiro.

La mañana pasa rápido. Luego de las rondas, comienzo mi sesión con algunos pacientes, y tras el breve almuerzo, me encuentro con Nate en mi despacho.

—Toma asiento, por favor. ¿Café?

—No, gracias —responde mientras se sienta, se lo ve incómodo, su lenguaje corporal lo delata.

—¿Cómo te va en la universidad? —pregunto para tratar que se relaje.

—Muy bien, el semestre pasado fue excelente, espero que este siga igual.

—MIT, eh. Muy impresionante. ¿Qué estudias?

—Ingeniería electrónica.

—Vaya, eso es genial.

—Siempre me gustó saber cómo funcionan las cosas.

—Una buena cualidad, sin duda.

—¿Qué pasa con Nina, Dr.? —Al grano, bien. Me gusta.

—Tuvo un colapso nervioso ¿sabes lo que significa?

—No mucho. —Tampoco tiene miedo de no saberlo todo, parece un buen chico, astuto y alerta.

—Está catatónica. Es un síndrome neuropsiquiátrico. Para hacerlo simple, su cuerpo funciona bien, pero no responde a estímulos. Es como estar en coma, pero de forma consciente. Sabemos que el cerebro funciona a la perfección, pero es como si ella no estuviera ahí.

—Pero ¿se va a recuperar?

—Tengo fe en que lo logre. Solo necesita tiempo, cuando esté lista, lo hará. Y entonces podremos tratarla.

—Entiendo. Es una pena lo que sucede, Jasper dice que ella misma se lo hizo ¿es cierto?

—Eso creemos, sí. Los paramédicos la encontraron encerrada en el baño, se ocasionó cortes muy profundos y tomó medicamentos en exceso.

—¿Quiso suicidarse? Eso intenta decir ¿verdad?

—Quizás... o tal vez solo intentaba pedir ayuda, pero no sabía cómo.

—Fácil, lo dices.

—Para todos no funciona igual, Nate. Algunas personas no pueden lidiar con los problemas como otros. Y muchos de ellos se sienten avergonzados por su situación, entonces pedir ayuda se vuelve imposible. Al menos, de la forma que lo haría la mayoría.

—Ella me había comentado que estaba en tratamiento por la depresión.

—Eso tenemos entendido, la doctora que la atendía me facilitó alguna información. También Marc y Jasper.

—Y ¿por qué quiere hablar conmigo? Yo apenas conozco a Nina.

—Marc dijo que se reencontraron hace poco, quisiera saber qué pasó entre ustedes, si te sientes cómodo hablando conmigo. Quizás ayudaría a entender lo que está pasando por la mente de Natacha.

—La verdad es que yo no la recordaba, no mucho. Hay muchas cosas que no recuerdo de cuando era niño. La mayoría de mis recuerdos comienzan con mis padres.

—¿Qué edad tenías cuando te adoptaron?

—Casi seis años. Mi madre era enfermera en el hospital donde yo estaba internado, dice que se encariñó conmigo y, bueno, yo con ella. Como no podían tener hijos propios, me adoptaron.

—¿Y no viste más a tu hermana?

—¿A Nina? No. Al poco tiempo nos mudamos, mi padre es militar, nos mudamos mucho por mucho tiempo.

—¿No recuerdas nada de esa época?

—Tengo recuerdos borrosos, confusos. Algunas imágenes de nosotros jugando, un patio grande y un árbol gigante donde teníamos una casita, casi siempre jugábamos allí. Es casi todo lo que recuerdo.

—¿Y qué me dices del hogar de tránsito?

—Casi nada... recuerdo a la señora Robinson, una mujer horrible y malvada, que siempre gritaba y nos pegaba con el bastón. No mucho más.

—Y si no te importa que pregunte, ¿cómo fue reencontrarse con tu hermana?

—Raro. Como dije, yo apenas la recordaba. Ella apareció un día en mi universidad, todo el mundo estaba emocionado porque una modelo nos visitaba, al principio no tenía idea que éramos hermanos de sangre, y fue entonces cuando me lo contó.

—Entiendo, debe haber sido toda una experiencia.

—Supongo. No quiero sonar como una mala persona, pero la verdad es que no la conozco. Nos vimos unas cuatro veces. Hablamos, le conté de mi vida, ella de la suya. Tratamos de conocernos, pero no se pueden forzar los vínculos. Yo tengo una excelente relación con mis hermanas adoptivas, pero viví toda mi vida con ellas. No es lo mismo.

—Por supuesto, crear lazos lleva años. Y no está mal que te sientas así. No te culpes por eso. Eras muy pequeño, tu personalidad se estaba construyendo y tus recuerdos se perdieron.

—Ojalá Nina lo entendiera, sé que le duele nuestra situación. Pero ella era más grande en ese momento, lo vivió de otra manera. El día que nos conocimos, llevó un conejo de peluche que le faltaba una oreja, dijo que yo siempre lo tenía conmigo y que ella lo guardó todos estos años mientras me buscaba.

—¿Por qué crees que ella no lo entiende?

—Porque lo veo en sus ojos, puedo ver que le duele cuando hablo de mi familia, o cuando le dije que no recordaba nada de nosotros.

—Debe haber sido muy duro para ella perderte, Nate.

—Estoy seguro. Si a mí me pasará lo mismo, no sé qué hubiera hecho en su lugar.

—¿Te dijo algo más?

—No, no mucho. No tuvimos mucho tiempo.

—Claro. Gracias por contármelo, Nate. Todo ayuda.

—Siento no ser de más ayuda.

—Que estés aquí, ayuda. Estoy seguro que, si despierta y te ve, se alegrará mucho.

—Llámemme por cualquier cosa ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Que tengas buen viaje.

—Adiós.

Sin dudas, lo que tengo claro es que Natacha ha tenido una vida muy difícil, eso explica mucho de su comportamiento autodestructivo. Pero la pregunta que sigue atormentando mi mente es ¿por qué? ¿cuál es el detonante para que intentara quitarse la vida? Pienso que la clave está en Nate, pero dudo que sea solo eso...

Por la tarde, llamo a Jasper a mi despacho, quiero volver a hablar sobre la última discusión que tuvieron, y él ya está mucho mejor como para abordar el tema.

—¿Cómo te encuentras, Jasper?

—Agotado, preocupado ¿por qué aún no despierta, Doc.?

—Porque no está lista. Sé que suena trillado, pero es la verdad. Su cerebro y su cuerpo necesitan un descanso, y su mente se lo proporciona. Se llama auto preservación. Lo que indica que ella realmente no quiere morir.

—Nina no es del tipo de persona que se suicidaría. Créame, ha

tenido muchas oportunidades de hacerlo, y razones no le faltan en su vida. No entiendo por qué ahora.

—Lo mismo me pregunto yo. Hablemos de la última discusión. ¿Qué la ocasionó?

—No lo sé. Llegué a casa antes del trabajo. Todo parecía normal, pero entonces vi a Nina cargando una maleta enorme. Recuerdo que le pregunté si saldría de viaje. Marc siempre me envía su itinerario y yo arreglo mis horarios para poder acompañarla siempre que puedo. Y estaba seguro que tenía unos días libres. Así que me dijo que se iba. Estaba confundido y le pregunté dónde. Fue entonces cuando me avisó que me dejaba, que necesitaba irse. Comenzamos a discutir por eso.

—¿Tenían problemas?

—Desde el día que nos conocimos, Doc. Yo tenía que hacerle una sesión de fotos para “*Vogue*”. Y cuando Nina llegó, mi mundo se tambaleó. Ya la había visto en otras revistas, sabía que era hermosa, pero al verla, al estar cerca de ella... me convertí en un completo idiota. Me deslumbró. Tiene la sonrisa más hermosa del mundo, una que enamora, y esos ojos...

—Te enamoraste.

—Como un niño. La cortejé, la invité a salir, hasta que finalmente accedió. Y al ir conociéndola, solo pude amarla más. Nina es una persona encantadora y sufrió mucho. Le cuesta mucho comunicarse y confiar en los demás. Pero de a poco la relación fue creciendo. Y empezamos a pasar mucho tiempo juntos, para cuando nos dimos cuenta, compartíamos la misma cama todos los días y decidimos

mudarnos juntos. Ahí fue cuando las cosas se complicaron más.

— ¿A qué te refieres?

— Bueno, como le dije, Nina es especial. Es muy tranquila, siempre está como... ¿ausente?

— Entiendo. ¿Incluso contigo?

— Sí, incluso conmigo. Siempre parece perderse en sí misma. Y muchas veces la he encontrado hablando sola. Otras veces tiene comportamientos extraños que no puedo explicar, ni ella tampoco.

— ¿Cómo cuáles?

— Tiende a tener muchos accidentes, ella dice que es torpe, pero... no lo sé.

— ¿Crees que se lastime a sí misma?

— No, no lo creo. Pero tampoco lo entiendo.

— ¿Hablaste con ella de esto?

— Sí, muchas veces. Pero siempre es igual, se pone muy nerviosa cuando lo hacemos y comienza a trabarse al hablar. Y lo dejamos ahí.

— Y ¿entre ustedes? A nivel relación, las cosas estaban bien.

— Yo amo a Nina, y sé que ella me ama a mí. A veces es difícil, pero... en las buenas y en las malas ¿no?

— Cierto. — Asiento con una sonrisa.

— Pero ella siempre dice que no me merece, que no tiene nada que ofrecerme, que no tenemos futuro juntos... ya no sé cómo hacer para que entienda cuánto la quiero y lo importante que es para mí. —

Ahí estaba, la baja autoestima otra vez. Ya lo había notado al hablar con Marc y Nate. Su depresión era evidente, pero había mucho más. De eso estaba absolutamente seguro.

—¿Y su trabajo?

—Nina es muy responsable con su trabajo, se sobrecarga de cosas, la mayor parte de las veces, y el stress se acumula, pero está decidida a convertirse en la mejor, por Marc. Es su manera de agradecerle, como ella dice, por haber salvado su vida, por darle una oportunidad.

—¿Tiene buena relación con sus compañeras?

—No tiene relación con nadie, ella va, hace su trabajo y vuelve a casa. Nina no tiene amigos. Solo nos tiene a Marc y a mí, nadie más. Y luego pasó lo de Nate, eso le rompió el corazón.

—¿Lo de Nate?

—Él no la recuerda. Nina no pasó un solo momento de su vida en el que no estuviera pensando en Nate, buscándolo, esperándolo. Y de repente, se dio cuenta que, para él, ella era una desconocida. Eso le dolió.

—Por supuesto, es lógico. ¿Ahí volvió a sus viejos hábitos?

—Sí, todo volvió a empezar. La anorexia, los excesos... y esos medicamentos para la depresión lo empeoraban todo. Así que los dejó.

—Dijiste que cuando estaban discutiendo ella actuó de forma extraña ¿a qué te refieres?

—Le dije que tiende a tener accidentes. Bueno, mientras

discutíamos, se tropezó varias veces, pero de forma extraña, más bien como si alguien la empujara. Y cuando cayó al suelo, pensé que se había golpeado la cabeza porque no reaccionaba, pero cuando abrió los ojos, era como si fuera una persona completamente diferente. Era Nina, está claro, pero su mirada era distinta, y el tono de su voz también. Sonaba a ella, pero... no lo sé, como mucho más ácida que la Nina que yo conozco.

—¿Ácida?

—Sí, sarcástica, irónica, incluso burlona. Cuando la quise ayudar a levantarse, me empujó muy fuerte y comenzó a gritar que no la tocara, que ya nadie podía tocarla, que me mataría si lo intentaba. Entonces se paró y salió corriendo a la cocina, tomó un cuchillo del gabinete y comenzó a cortarse los brazos y decía, “¡Es lo que mereces! Debes desaparecer, te dije que te arrepentirías”, y cosas así. Sin sentido.

—¿Y no eran a ti?

—A mí ni siquiera me miraba, solo intentaba lastimarse. La tomé de los hombros y le pedí que se detuviera. Pero forcejeó conmigo, me insultó, repetía una y otra vez a gritos. “¡Debe morir, debe morir!” y entonces me clavó el cuchillo en el abdomen y salió corriendo al baño. Llamé al 911 y fui tras ella. Intenté que abriera, pero solo escuchaba una risa frenética y los gritos de “Ya es tarde, está hecho”. Ya conoce el resto.

—Sí, lo conozco. Gracias, Jasper. Ya no te quito más tiempo.

—En lo que pueda ayudar, Doc. Ya lo sabe.

Antes de marcharme a mi casa, visito a Natacha una vez más.

Por supuesto, está justo como la he dejado. Me acerco a su lado, tomo su rostro para que esté frente a mí, reviso sus ojos y no me miran. Pero sé que me escucha.

—Hay muchas cosas de ti que antes no sabía. Dime algo, Natacha, o quizás prefieres que te llame Nina... ¿Quién está allí contigo?

Espero un buen rato, pero nada pasa. Cada vez estoy más seguro de que ella tiene un grave problema. Aún no sé exactamente de qué se trata, pero estoy cerca, puedo sentirlo.

—Bien, no hay apuro. —Sentencio y me marcho.

Nina



Aún no puedo parar de temblar, solo me abrazo las rodillas y me acuno a mí misma de un lado al otro, encuentro cierta satisfacción al hacerlo, como si de alguna manera estuviera acompañada.

—Estoy aquí, por si no recuerdas —dice *Ella*, metiéndose en mi cabeza, como de costumbre. Esa es la peor parte, *Ella* siempre sabe lo que pienso, no puedo ocultarle nada.

—Deja de meterte en mi cabeza —murmuro, aunque estoy segura que, aunque estemos tan separadas como podemos, *Ella* me escucha.

—Te contaré una historia. Había una vez, una niña hermosa, era tan hermosa, que sus padres estaban encantados con ella, incluso podríamos decir que su papito la amaba más que a nada en el mundo. Tanto, que era su pequeña princesita, su niña especial. Y tenían un secreto, jugaban un juego los tres, un juego secreto que nadie podía saber...

—¡Cállate! No me interesa tu estúpida historia —ruego. Pero me ignora. Siempre hace lo que le viene en ganas.

—... pero a la pequeña princesita no le gustaba el juego, así que le rogaba a papi y mami que ya no jugaran, pero ellos la amaban, así que siguieron, pero por fin, nació el pequeño principito, y la hermosa

princesa juró que siempre lo cuidaría, que lo protegería y que no dejaría que nadie le hiciera daño..., pero papi y mami querían más, mucho más, y decidieron que otros también debían jugar con su hermosa princesita, así que cada semana, alguien nuevo los visitaba y jugaban juntos. Pero el pequeño príncipe creció y también era muy hermoso, se parecían tanto que papi y mami no sabían a cuál amaban más. Un día, la pequeña princesita estaba tan asustada que se escondió dentro del armario, se abrazó las piernas y comenzó a mecerse y repetir una y otra vez “Quiero desaparecer, no quiero estar aquí, por favor, ya no más” y entonces, su amiga especial llegó al rescate...

—Detente, por favor... —sollozo.

—...muy pronto, la princesa se dio cuenta de que solo ella podía verla, porque el príncipe no lo hacía. Y se convirtió en su amiga secreta. Pero lo que la princesita realmente quería era desaparecer y su amiga secreta cumplió su deseo y tomó su lugar. Y desde ese momento, nunca más la lastimaron, ya nadie jugaba con la princesita. Pero sí que lo hacían con su amiga...

—¡Eres una maldita mentirosa, no te creo nada! ¡Lo único que quieres es lastimarme!

—¡Sí! Ding, ding, ding. Solo quiero lastimarte, hacerte tanto daño como me hicieron a mí. Porque lo mereces, todo esto es por tu culpa, solo tú. Lo que me pasó a mí, lo que le pasó a Nate...

—¡A Nate nunca le pasó nada, yo lo cuidaba!

—¿No? ¿Estás segura?

—Jamás dejaré que le hagan daño. ¡Nunca! —grito con todas mis

fuerzas.

—¡Recuerda! —contesta *Ella* tomando mi rostro, y su mirada me absorbe.

Vuelvo a verme de pequeña, esta vez tengo como ocho años. Mi cabello ya se ha vuelto del todo oscuro. Llevo una cola de caballo alta, una falda blanca con volados y una remera de tirantes rosa con mariposas. Nate está a mi lado, es un niño hermoso, tiene unos cuatro años para entonces, su cabello es rubio y sus ojos iguales a los míos. Ambos estamos tirados sobre la hierba, chocando nuestros talones entre sí, como Dorothy en el mago de Oz, con las manos bajo la cabeza, y mirando el cielo. Hace mucho calor, el sol calienta mi piel.

—Esa parece un elefante —dice Nate señalando una nube.

—Los elefantes tienen trompa, esa no tiene —respondo.

—De acuerdo, entonces es un rinoceronte. —Se corrige.

—Tampoco puede ser, los rinocerontes tienen cuerno.

—Este juego es estúpido, no quiero jugar más. —Anuncia fastidiado y se levanta.

—Vamos, jugaremos a los piratas. —Cedo.

Él corre hasta el árbol que sostiene nuestra casita de madera y comenzamos a subir. Yo soy una princesa que es secuestrada y Nate el pirata bueno que me salva. Da estocadas contra una sombra imaginaria una y otra vez, hasta que finalmente vence y me rescata.

—¡Eres mi héroe! —grito cuando suelta mis sogas y lo levanto en el aire.

—Es hora de bajar, niños. —Anuncia mamá desde abajo.

—Shhh, no digas nada. —Aviso a Nate. Nos abrazamos en silencio y no respondemos.

—Sé que están allí arriba, si no bajan de inmediato, se van a arrepentir —insiste, pero yo no suelto a Nate, que está escondido detrás de mí.

—Nina, será Nate quien se lleve la peor parte si no bajas de inmediato. —Amenaza. Y, derrotada, bajamos.

Cuando llegamos al sótano, la pequeña mano de Nate tiembla en la mía.

—Tranquilo, yo te cuido —susurro en su oído.

Papi está acomodando las cosas, mamá se puso detrás de la cámara y comienza a grabar.

—Muy bien, princesita. Ya sabes qué hacer. A menos que quieras que lo haga yo ¿eso quieres, princesita? —dice mi padre. Pero yo no quiero ninguna de las dos cosas, odio que me hagan tocar así a Nate, y a él tampoco le gusta, pero no voy a dejar que papá o mamá lo toquen.

—Lo siento, Nate. Tú cierra los ojos e imagina que estamos jugando en la casa del árbol, pero esta vez soy yo quien te rescata ¿sí? —digo solo para él. Mi hermanito asiente, cierra los ojos, y es entonces cuando papá comienza a cantar.

*<<Brilla, brilla, pequeña estrella,
cómo imaginar lo que eres desde el cielo,
el mundo está tan alto,*

como un diamante en el cielo.

*Cuando el resplandeciente sol se ha marchado,
cuando no hay nada que brille sobre él,
entonces tú enseñas tu pequeña luz,
y brillas, brillas, a través de la noche...>>*

—¡No! Eso no es cierto, no pasó. No lo recuerdo. —grito conmovida, tengo un nudo en la garganta, el corazón me late muy fuerte y siento que tengo el estómago en la boca, me inclino y vomito. Comienzo a convulsionarme y todo se apaga.

Cuando abro los ojos, estoy en la habitación blanca. Las lágrimas caen por mi rostro y mi cuerpo se mueve descontrolado sobre el colchón. Es entonces cuando noto que puedo moverme, intento zafarme, pero estoy atada de pies y manos. Así que grito con todas mis fuerzas.

—¡Ayuda! ¡Por favor, alguien que me ayude!

Las enfermeras no tardan mucho en llegar, la primera es Louis, me ve y se detiene de golpe.

—Tranquila, todo está bien. Estás a salvo —dice con dulzura. Pero no es verdad y no puedo dejar de llorar.

—Por favor, por favor. Ayúdame —sollozo. Pero el llanto me impide hablar claramente. Se acerca a mí, suelta mis amarres y, sin siquiera pensarlo, me abraza tan fuerte a ella como mis brazos me lo permiten.

—Tranquila, cielo, estás a salvo. No hay nada que temer.

—No dejes que me lleve otra vez, por favor. No puedo... no lo soporto... —suplico.

—Llama al doctor Smith de inmediato —advierde a otra mujer. Y esta desaparece.

—Yo no lo sabía, no lo sabía. Yo quería protegerlo. Él era mío, mío. Yo no sabía.

—Tranquila, cielo, necesitas calmarte —repite con voz suave. De repente, comienzo a sentirme realmente floja, como si fuera una pluma, y me siento flotar, llevada por el aire. Mis brazos caen de su cuello y ella me ayuda a recostarme sobre el colchón. Seca mis lágrimas con dulzura.

—¿Cuándo despertó? —pregunta el joven doctor que a veces viene a verme.

—Recién, pero está muy alterada —responde mi enfermera.

—¿Llamaron al doctor Smith?

—Acabo de mandar a Magui.

—Bien, eso la calmará un rato. Él sabrá qué hacer.

Siento como una nube espesa comienza a envolverme, me eleva, me mueve con ella. Y simplemente me dejo ir.

Paul



El ruido incesante del teléfono me despierta sobresaltado. A ciegas, busco la mesa de luz y atiendo.

—¿Diga? —saludo adormilado.

—Doctor Smith, soy Louis, Natacha Sloan reaccionó.

—¿Cuándo? ¿cómo?

—Hace unos minutos, despertó gritando, está muy asustada y alterada. El doctor Brand le suministró un calmante, en este momento, duerme.

—No le den nada más. Voy para allá.

—Muy bien, doctor. Adiós.

Salto de la cama sin mucho cuidado, con lo que despierto a Kate, que se gira y me busca a su lado.

—¿Qué haces? ¿qué hora es? —pregunta refregando su rostro aún dormido.

—Tarde, sigue durmiendo, debo ir al hospital.

—De acuerdo, te amo.

—Yo más.

Me doy una rápida ducha, me visto con lo primero que

encuentro, recojo el maletín de mi despacho y, antes de salir, me sirvo un poco de café fuerte y amargo en mi taza de viaje. No demoro mucho en llegar a mi destino, apenas dan las 3:45 a.m. y el tráfico es escaso.

—Louis —saludo a la jefa de enfermería al llegar a la estación de enfermeras.

—Sigue durmiendo, estaba muy alterada, no paraba de llorar y pedir ayuda. —Me avisa.

—¿Qué le suministraron? —pregunto al tiempo que reviso las anotaciones en su historia clínica.

—Una dosis alta de Diazepam.

—Bien, continúen la hidratación y no la vuelvan a medicar sin mi autorización, por favor.

—Bien, doctor.

Antes de entrar en mi oficina, paso por la habitación de Natacha, a quien encuentro, efectivamente, profundamente dormida. Decido darle algo más de tiempo y me decido por revisar algunos papeles en mi despacho antes de despertarla. Más tarde, terminamos las rondas diarias en su habitación. El medicamento aún tiene efecto, le suministro un nuevo preparado para despertarla.

Poco a poco, va saliendo del sueño.

—Ya me ocupo yo de ella, doctor Brand. Puede continuar con sus labores —indico a mi interno. Se retira.

Natacha se mueve en la cama y sus ojos comienzan a abrirse lentamente, pero somos interrumpidos por mi buscapersonas, que me

indica un 911 en urgencias. No quisiera dejarla sola en este momento, pero no puedo ignorar la llamada. Resignado, bajo de inmediato a la sala de emergencia donde me encuentro con un joven con una crisis nerviosa. En pocos minutos, logro estabilizarlo y ordeno a Brand que lo mantenga en observación por unas cuantas horas. De vuelta al piso de psiquiatría, voy directo a su habitación. Abro la puerta, pero no hay rastros de Natacha por ningún lado. Me pongo de inmediato en alerta y reviso el baño, pero nada. Finalmente la veo, está escondida en un rincón de la habitación, justo entre la cama y la ventana. Se abraza a sí misma y se mece lentamente, su rostro escondido entre sus rodillas.

—No lo sabía, yo no lo sabía —repite entre sollozos una y otra vez.

—Natacha, soy el doctor Smith, estoy aquí para ayudarte.

—No lo sabía... creí que estaba a salvo... yo jamás... —No parece darse cuenta de mi presencia. Opto por sentarme en el suelo, para estar a su altura y no intimidarla. Apoyo mi espalda contra la pared bajo la ventana y cruzo mis piernas.

—¿Sabes dónde estás? —pregunto en un tono bajo de voz. Y recién entonces, nota que no está sola.

—¿Un hospital? —Levanta la cabeza unos centímetros para mirarme a los ojos.

—Sí, estás en el pabellón psiquiátrico del *Lennox Hill*, yo soy el jefe de psiquiatría, el doctor Paul Smith.

—¿Me volví loca?

—No, tuviste una crisis, un colapso. Te hiciste daño a ti misma.

—Yo no lo hice.

—Muy bien, ¿fue Jasper? ¿él te lastimó? —interrogo.

—No, Jas... él jamás me haría daño.

—Pero, no había nadie más, estaban solo ustedes dos. —Le recuerdo.

—Yo... sí, ya lo recuerdo, me lastimé, yo lo hice, sí —titubea. Sé que miente, puedo notarlo de inmediato, aparta sus ojos de los míos y vuelve a esconder el rostro, como si intentara que no vea la verdad.

—Muy bien, necesito que me muestres cómo lo hiciste.

—¿Qué? —Está confundida por mi pedido.

—Enséñame cómo te lastimaste, cómo si volvieras a hacerlo.

—Me corté. —Señala.

—¿Cómo? ¿dónde?

—Yo... no lo sé. Así. —Hace el gesto de cortes sobre sus muñecas, sobre ambas, de forma horizontal.

—¿Las dos muñecas?

—Sí, luego me desmayé —agrega.

—Mientes, no fuiste tú. Dime ¿quién fue, Natacha?

—Nina.

—Bien, dime quién te hizo daño, Nina.

—Fui yo, lo juro. —Levanta nuevamente la cabeza y me mira con

ojos suplicantes.

—No, no lo hiciste. Describiste cortes que no tienes. No pudiste ser tú. ¿Quién más estaba ahí contigo?

—Nadie, no había nadie más.

—Puedes confiar en mí, Nina, lo prometo.

—Nadie lo entendería.

—Yo sí. Cuéntame, dime la verdad.

—No puedo... yo, yo.

—Quiero ayudarte, Nina, déjame hacerlo, por favor.

—No va a creerme... lo sé.

—Ponme a prueba —insisto.

—Fue *Ella*, siempre es *Ella*... Intenta lastimarme, no es la primera vez que lo hace —dice al tiempo que se quiebra y su llanto se hace más fuerte.

—¿Quién es ella?

—Ese es su nombre, no sabía cómo llamarla, así que le digo "*Ella*".

—Muy bien. ¿La ves? ¿la escuchas?

—Sí.

—¿Está ahora aquí?

—No. Está encerrada, no puede salir.

—¿Dónde?

—En el cuarto oscuro... allí donde también estaba yo. Pero yo sí salí.

—¿Cómo lo hiciste? ¿cómo escapaste?

—No lo sé. Yo solo... salí. Pero *Ella* dijo que no podía escapar, que ya lo había intentado.

—¿Cuándo estuviste allí? —Las cosas comienzan a encajar. Ahora tengo una pista más precisa del problema de Nina, solo necesito saber más.

—Después de la discusión. Lo último que recuerdo fue caer y desmayarme. Cuando desperté estaba en la habitación oscura, todo era negro, entonces *Ella* habló y se encendió una luz. Ambas estábamos allí, juntas. Y por momentos regresaba aquí, a mi cuerpo, pero no podía moverme ni hablar... hasta ahora.

—¿Solo la escuchas en tu cabeza?

—No. Puedo verla, puedo tocarla, o mejor dicho, *Ella* a mí.

—¿Tú no a *Ella*?

—Una vez lo intenté, quise sacarla de la habitación, quería que se fuera, que me dejara en paz. Pero se puso violenta y me lastimó mucho. No lo volví a intentar.

—¿Por qué quiere lastimarte?

—Dice que lo merezco, que es mi culpa. Que no merezco vivir...

—Sabes que eso no es cierto ¿verdad? Tú mereces vivir, tu vida es importante y hay mucha gente que te quiere y se preocupa por ti. Jasper, Marc, incluso Nate.

—¿¿Nate?? ¿Qué sabes tú de Nate? —cuestiona nerviosa. Comienza a frotarse obsesivamente las manos, como si quisiera romper algo invisible que tiene entre ellas.

—Estuvo aquí, vino a verte y hablamos. Me contó que se vieron algunas veces y que estaban conociéndose.

—Él no me recuerda, no sabe quién soy. Olvidó que lo amo, olvidó la promesa, lo olvidó todo...

—No puedes culparlo, era un niño cuando lo separaron de ti.

—Yo también era una niña y nunca lo olvidé. Lo busqué, pero no pude encontrarlo.

—Lo sé. Pero ahora está otra vez en tu vida y se preocupa por ti.

—Está claro que Nate es un tema sensible para Nina, un tema que no solo la pone muy ansiosa, sino que le duele.

—Háblame más de "*Ella*", ¿cuándo apareció?

—No lo recuerdo, solo sé que era pequeña. *Ella* me lo mostró.

—¿Te lo mostró? ¿Cómo?

—Hace algo extraño, me sujeta y me mira fijamente, y es como caer dentro de sus ojos, como si me convirtiera en ella, como si fuéramos la misma persona. Pero no lo somos. Yo no soy *Ella*.

—¿Se parece a ti?

—De alguna forma sí. Se ve como yo, pero somos distintas. *Ella*... asusta. Intimida. Parece ruda, alguien con quien nadie se metería. Y sus ojos... sus ojos me dan pánico.

—Cuéntame qué te mostró. —La incito aún con mi voz relajada.

Tengo que saber más, debe confiar en mí. Debemos ir de a poco.

—No quiero hablar de eso, por favor.

—Bien, no lo haremos. ¿Quieres ver a Jasper? Pasa todos los días aquí.

—Sí... no, no lo sé —titubea.

—No tienes que hacerlo si no quieres. Es tu decisión.

—De acuerdo, lo haré. ¿puedo irme a mi casa?

—Lo siento, Nina, pero es mejor que te quedes aquí por un tiempo. Así podré ayudarte.

—Preferiría ir a casa, además, debo trabajar.

—Eso puede esperar, lo importante ahora eres tú, y que te sientas bien —insisto y ella asiente. Me levanto lentamente del suelo y le ofrezco mi mano para ayudarla a ponerse de pie. Me mira desorientada, pero de forma muy lenta, finalmente la toma.

—Ahora me iré y llamaré a Jasper. Si quieres volver a hablar conmigo, o necesitas cualquier cosa, puedes decirles a las enfermeras que me avisen ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Gracias, doctor Smith.

—De nada, Nina.

Cuando salgo de la habitación, le aviso a Jasper que puede entrar, lo pongo al día sobre el estado de Nina, pero no le cuento nada de lo que averigüé. Eso es entre mi paciente y yo. De regreso a mi despacho, comienzo a describir lo que Nina me contó. Grabo toda nuestra charla y sé que estoy en el camino correcto. Un paso más cerca

de averiguar qué esconde la mente de Nina Sloan.

Nina



Me recuesto en la cama dura del hospital y trato de calmar mi mente, aún tengo fragmentos de recuerdos. Nada es claro, todo se ve como a través de una niebla espesa que no consigo disipar. Pero, muy dentro mío, sé que lo que *Ella* me mostró es real, pasó, incluso cuando yo no lo recuerdo. ¿Cómo es posible vivir una vida a medias? O, mejor dicho, vivir dos vidas en una...

Hablar con el doctor Smith me tranquiliza un poco, me brinda cierta paz, parece creerme, no piensa que estoy loca, quizás él pueda ayudarme. Sí, lo mejor será quedarme aquí, aunque eso implique no poder trabajar por un tiempo.

—Después de todo, nadie te extrañará. —Escucho muy cerca de mí. Temo abrir los ojos y verla allí, pero lo hago de todos modos.

Rebusco en la habitación, pero no encuentro a nadie, ni siquiera una sombra fuera de lugar.

—¿Dónde estás? —pregunto desconcertada, es la primera vez en mi vida que no puedo verla. Aunque sigo escuchándola.

—Sigo aquí, maldita perra, justo donde me dejaste. ¿Creíste que podrías deshacerte de mí? ¿En serio crees que ese imbécil médico puede ayudarte? Lo único que puede ayudarte es desaparecer, pero ya sabemos que eres una cobarde...

—¡Cierra la boca! ¡Vete! ¡Déjame en paz! Por favor... —suplico, pero como siempre, termina riéndose de mí.

—Serás idiota... Aunque no pueda salir, siempre estaré contigo. Yo soy tú ¿recuerdas?

—No, no es cierto...

El suave golpeteo de la puerta llama mi atención, y de pronto, aparece la enorme figura de mi novio. Jasper está aquí y me mira con ojos cargados de amor.

—Hola, amor. —Saluda con cariño cuando pone sus ojos en mí.

—Hola, Jas —respondo con una pequeña sonrisa. Se acerca lentamente, como si temiera que fuera a salir corriendo de momento a otro.

—¿Cómo te sientes? —cuestiona al tiempo que se detiene frente a mí, me regala su más sincera mirada.

—No lo sé... cansada, agotada.

—Debes tomarlo con calma. Necesitas descansar.

—El doctor Smith dice que debo quedarme un tiempo aquí, que es lo mejor para mí en este momento. Cree que puede ayudarme.

—Todos dicen que es el mejor, y si él cree que lo mejor para ti es quedarte... sé que no es lo ideal, pero debes recuperarte, amor.

—Siento todo lo que pasó, lo que te hice pasar. En verdad lo siento.

—Eso no importa, lo importante es que estás de vuelta. Estaba muy preocupado.

—De todas formas, lo siento.

—De acuerdo. Nate vino a verte. No pudo quedarse, está con finales en la universidad.

—Lo entiendo.

—Seguro vuelve pronto. Tenía ganas de verte.

—No debes justificarlo, no importa si no viene. Lo entiendo. Yo no soy su familia, ya no más.

—Claro que lo eres, siempre serás su hermana, solo necesita tiempo.

—Yo he pasado mucho tiempo esperando, Jas. Y jamás imaginé encontrarme con esto. Lo perdí, me lo robaron, y no pude hacer nada.

—No digas eso, amor. Ya verás que su relación mejorará, todo cambiará cuando puedan conectarse de vuelta.

—No, no lo hará. Pero gracias por decirlo. ¿Marc?

—Seguro viene más tarde, siempre lo hace después de trabajar.

—De acuerdo.

—¿Puedo abrazarte? —pregunta con temor.

—¿Por qué lo preguntas? —respondo confundida. Nunca antes me había pedido permiso para tocarme. Es como si me tuviera miedo. Y eso no puedo soportarlo, no de él.

—No quiero abrumarte.

—No lo haces. —Me pongo de pie y me abrazo a su cintura, escondiendo mi rostro en su fuerte pecho. Me sujeta con fuerza y me

aprieta contra su cuerpo. Anhelaba sentirlo, oler su aroma, besar su piel...

Con delicadeza, toma mi rostro entre sus manos y levanta mi cabeza. Me besa primero con mucha dulzura, como si pudiera romperme, pero sus impulsos le ganan y pronto profundiza el beso. Se vuelve terrenal, apasionado. Y me pierdo en su sabor, en su suavidad. Sus manos recorren mi espalda y la sangre comienza a hervir en mis venas, quisiera poder perderme en él, en la suave forma que tiene de amarme... como jamás nadie lo hizo. Como si realmente importara. Como si fuera posible amarme. Pero no puedo, debo recordar que estamos en un hospital. Así que lentamente comienzo a detener el beso, a separarme de su cuerpo.

—Te amo, Nina, lo eres todo, eres mi todo —declara mirándome a los ojos.

—También te amo, Jasper.

Pasamos el resto de la tarde los dos solos. Los médicos van y vienen, pero todo parece estar bien. Hablamos de cosas sin importancia, cosas de trabajo, el clima, los amigos, de él, claro. Estoy esperando que me pregunte sobre lo que pasó, pero no lo hace, me da espacio y yo se lo agradezco en silencio. Una de las cosas que amo de Jasper es que no es abrumador, es paciente y atento. Siempre piensa en los demás. Y de la nada el recuerdo de nuestro primer encuentro vuelve a mí.

Esa mañana, llego tarde a la sesión de fotos que tengo con Vogue, estoy tan emocionada por hacerla, que casi no pude dormir. Pero justo antes de salir al set, Ella aparece y lo arruina todo, como de costumbre. Comienza a decirme cosas horribles y mi seguridad

se esfuma por completo. Pero si algo no pueden decir nunca de mí, es que fuera irresponsable o jugara con el tiempo ajeno. Así que me recompongo como puedo y, al llegar al lugar, ya todos están allí.

—Otra niña mimada que cree que su tiempo es más valioso que el mío.
—Escucho decir a Jasper.

—Siento mucho la demora, soy consciente de que el tiempo de todos es importante. Lo siento. Tuve un inconveniente. —Me disculpo y es cuando sus preciosos ojos grises se posan en mí.

Primero su mirada es tan intensa que no tengo más remedio que correr la mía, es como si pudiera ver a través de mí. Pero luego comienza a recorrerme centímetro a centímetro y me siento desnuda. Puedo ver el deseo en sus ojos. Esa asquerosa sensación de que soy solo un pedazo de carne, que no tengo sentimientos, que no valgo más que un maldito polvo... me enoja tanto que me doy media vuelta y me meto al camarín que han preparado para mí. Luego de que me vistan, maquillen y peinen, salgo. No estoy dispuesta a aguantar su lasciva mirada, por lo que me paso la sesión sin decir una palabra, sin mirarlo a los ojos y con mi majestuosa cara de póker. Me limito a trabajar. Aunque él no me lo hace fácil. Es la sesión más larga de mi vida.

Al final, estoy muerta de hambre, cansancio y sueño. Solo quiero marcharme y no volver a verlo jamás. Pero para mí enorme sorpresa, él me invita a cenar, me niego, por supuesto. Pero Jasper no es hombre que simplemente se resigne. Me llama cada día durante dos semanas, me envía flores, chocolates... hasta que finalmente acepto de mala gana.

Esa noche, todo sale mal. Ni bien bajo de mi apartamento, lo veo parado al lado de una moto impresionante, más tarde sabría que es una Ducatti, y es su más grande tesoro. Pero yo les tengo pánico, de ninguna manera me subo a eso. Me niego en redondo y terminamos en un taxi hacia el restaurante.

Luego de recorrer media ciudad para llegar al lujoso y exclusivo “Alessandro’s”, las sorpresas no se detienen. Los empleados están de huelga y, por supuesto, el lugar está cerrado hasta nuevo aviso. Su cara es increíble, se muere de la vergüenza y de rabia. Puedo ver que ha planeado una cita de ensueños, y hasta el momento, todo va de mal en peor. Él quiere ir a otro restaurante en la ciudad, pero yo tengo mucha hambre y me rehúso a seguir viajando, necesito comer, así que terminamos comiendo un sándwich exquisito de un puesto callejero. Luego pretende que demos un paseo por el parque, y en mitad del camino, se larga la peor tormenta primaveral de la temporada y terminamos corriendo bajo la lluvia, cubiertos de agua y risas.

—La mejor peor cita de la historia —digo entre risas mientras escurro mi cabello. Él sonrío encantado, me toma con ambas manos el rostro y me besa. Es un beso único, distinto, “el último primer beso” dice luego. Y yo... simplemente lo amé.

Cuando la tarde comienza a caer, Marc aparece con un enorme arreglo floral y una caja de mis dulces favoritos, fresas bañadas en chocolate. Nos abrazamos por mucho tiempo, siempre me siento protegida en sus fuertes y cariñosos brazos. Le debo tanto a Marc, él me salvó la vida, me dio un propósito, me cuidó, y sin pedir jamás nada a cambio.

—No vuelvas a hacerme eso, Nina. No podría soportarlo. —
Me regaña.

—Lo siento mucho, Marc, yo...

—Está bien, no importa lo que pasó o qué te llevo a tomar esa decisión. Lo solucionaremos. Perdóname por no haber sido capaz de cuidarte...

—No te disculpes, tú no tienes la culpa —interrumpo y vuelvo a esconder mi rostro en su pecho.

—Sí, cariño, sí es mi culpa. Se supone que debo cuidarte, y mira lo que pasó...

—Por favor, no lo hagas —sollozo y lo aprieto con más fuerzas. Odio que se sienta así. Él ya ha perdido a su familia. Yo soy lo único que tiene y lo último que quiero es lastimarlo.

—Lo siento, Nina. Prométeme que no volverás a hacerte algo así. Por favor... no podría soportar perderte, eres todo lo que tengo, lo sabes, y te amo, te amo como si fueras mi propia hija, cariño.

—Lo sé. También te amo, Marc. Lo sabes ¿verdad?

—Promételo.

—De acuerdo, lo prometo. —Acuerdo finalmente, aunque yo no soy quién se lo debe prometer.

Más tarde, una enfermera diferente viene a pedirles que se marchen, es la hora de la cena y la visita se acabó.

—Vendré a verte mañana, trata de descansar, amor. Te amo.

—Se despide Jasper con un suave beso en mis labios.

—También yo, duerme bien, cariño. —Es el turno de Marc.

El doctor Smith vuelve junto con la cena y me entrega un vaso de plástico con medicamentos, junto a un vaso de jugo.

—Nina, quiero que tomes estos medicamentos. Son antipsicóticos y antidepresivos, van a ayudarte a mejorar.

—No me gustan estos remedios, me hacen sentir rara. —
Advierto. Odio la sensación de adormecimiento que me causan, es como dejar de sentir.

—Confía en mí, Nina, estos te harán bien.

—De acuerdo —digo y los tomo.

—Muéstrame —ordena él. Giro los ojos, me hace sentir como una niña en la que nadie confía. Pero finalmente abro la boca, saco la lengua y él sonrío condescendiente.

—¿Satisfecho?

—Lo siento, pero debemos asegurarnos. Mañana te trasladaremos a una clínica privada en la que trabajo, en las afueras de la ciudad. Es un centro de recuperación, te hospedarás allí.

—¿Un loquero?

—Una clínica que te ayudará y estarás más tranquila. Así puedo iniciar tu tratamiento.

—Ese no era el plan. —Me quejo, no se supone que me fuera a otro lado. Nadie me lo dijo.

—Lo he hablado con Marc y Jasper, ellos están de acuerdo en que es lo mejor para ti. Tendrás una habitación para ti sola, y el lugar cuenta con muchas actividades pensadas para ayudarte.

—Nadie me lo consultó. Todos toman decisiones sobre mi vida, por mí...

—Solo intentamos ayudarte, Nina, pero debes cooperar.

—¿Cuánto tiempo?

—No puedo saberlo, depende de ti.

Con la nueva medicación, duermo durante toda la noche, como pocas veces, no hay pesadillas y no vuelvo a escuchar la voz de *Ella*, lo que me brinda un enorme alivio. Como me advirtió, al día siguiente, vienen para trasladarme a la dichosa clínica. Eludir a los fotógrafos es todo un desafío, pero finalmente logramos escapar de ellos. Viajamos por mucho tiempo. Yo, en la parte trasera de la ambulancia, sentada, y mirando a la nada. El enfermero que me

acompaña no me dirige la palabra, pero de vez en vez lo encuentro mirándome sin tapujos.

La clínica está en Connecticut, una propiedad enorme y completamente cercada. Al bajar de la ambulancia, el olor a hierba recién cortada y húmeda me inunda y me hace sentir mejor. El paisaje es precioso y el sol calienta mi piel. Me quito las zapatillas y piso con firmeza la grava debajo de mis pies, es una sensación única, me siento libre. Seguida de la imponente entrada, llena de guardias, cercos y mucho verde, se encuentra una impresionante edificación. Antigua, mucho. Sus gastados ladrillos blancos denotan la cantidad de años que lleva en pie. Cada ventana decorada con rejas. Teclean un código y la primera puerta se abre, la pesada reja cruje al dejarnos el paso. Un pequeño vestíbulo nos recibe. Uno de los enfermeros pasa una tarjeta por un visor y finalmente las puertas de vidrio nos dan acceso al interior.

Todo parece una cárcel de máxima seguridad y comienzo a ponerme tan nerviosa que mis manos sudan, mi corazón se acelera y la respiración se me agita. Quiero correr, escapar. Adiós a la sensación de libertad.

Detrás de un enorme mostrador, hay una mujer y un hombre, ambos me regalan una sonrisa tranquilizadora, pero que no hace

ningún efecto.

—Bienvenida, debes ser Natacha Sloan ¿verdad? —pregunta la mujer robusta, de cabello rubio. Asiento, porque no soy capaz de hablar—. ¿Traes alguna pertenencia?

Le entrego el bolso que Jasper llevó al hospital y el hombre, entrado en años y kilos, comienza a sacar una a una las cosas de dentro y ponerlas en una cesta. Revisa todo, incauta algunas cosas, sobre todo efectos personales de higiene. Y finalmente vuelve a meterlo todo y me lo entrega.

—Debes llevar este identificador contigo en todo momento. Aquí tienes el itinerario. —Vuelve a hablar la mujer y me entrega un cartelito que abrocho a mi sudadera, dice mi nombre y mi número de historia clínica.

Uno de los enfermeros me indica que lo siga, traspasamos una nueva puerta de vidrio y un enorme laberinto comienza a tomar forma. Un largo pasillo lleva a habitaciones comunes, por lo que él me explica, una sala de entretenimiento, una sala de arte, otra de reunión, una para visitas, el comedor, la cocina. Al otro lado se encuentran las habitaciones, hay dobles y simples. A mí me toca una simple. Y justo en medio, la sala de enfermeras, la farmacia y los

consultorios de los médicos. Los baños son compartidos y hay horario para todo, que debes respetar a como dé lugar. Detrás, unas puertas francesas dan acceso al jardín de invierno y luego a un hermoso patio trasero.

—Esta es tu habitación, Sloan. Te daremos unos minutos para que te instales, luego debes presentarte en el comedor para el desayuno —advierete el enfermero más joven.

La habitación no está mal, he estado en lugares peores, todo es de color crema, una cama singular de barrotes en medio con un baúl al pie de ella, una mesa de luz, un escritorio, un pequeño sofá individual y un armario empotrado. No hay nada más.

Dejo mi bolso sobre la cama y me siento pesadamente en ella. La vista desde la única ventana de la habitación, no está mal, da al patio. Me dejo ir en mi cabeza. Quisiera estar en casa, junto a Jasper, quisiera que nada de esto fuera real. Pero, ¿cómo saber lo que es real de lo que no? ¿yo soy real o *Ella* lo es? ¿qué parte de mi historia fue cierta y cuál no?

Respiro hondo y me pongo de pie. Me decido por acomodar mis cosas dentro del armario. No traigo mucho, unas cuantas mudas de ropa. Casi toda deportiva y cómoda. Un pequeño neceser

con artículos de higiene, una fotografía de Jasper y yo en la gala del *MET*, otra con Marc en su casa y los perros. Y por último, dos libros.

Voy en busca del comedor y lo encuentro lleno. Hay muchos pacientes, no sé qué problema tendrá cada uno, algunos parecen no tener ninguno, otros... bueno, están claramente más allá de este mundo. Hay enfermeras por todo el lugar, a cada punta de las mesas.

—Toma una bandeja y acércate para que te den la comida. — Me indica una mujer; una paciente, supongo, por su cartel—. Soy Alice.

—Nina, encantada, y gracias.

Hago lo que me dice, recojo la bandeja y me pongo en la fila. El menú no se ve mal, hay bastante para elegir. Me decanto por huevos, pan francés y jugo de naranja. Y con mi bandeja en mano, me acerco a una de las mesas, en donde como en silencio.

Luego del desayuno, doy un paseo por el patio trasero y me dejo caer en el césped. Miro el cielo y recuerdo cuando era niña y Nate y yo buscábamos formas en las nubes. Ahora mismo, no puedo distinguir ni una sola. Pero ya no soy una niña, y Nate no está aquí.

—Nina —llama alguien a mi lado.

—Doctor Smith, hola.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta poniéndose en cuclillas a mi lado.

—Para ser honesta... no lo sé.

—Quizás te tome un tiempo adaptarte a esta nueva realidad, pero debes recordar que es temporal. El objetivo es sanarse y llevar una vida lo más normal y funcional posible, sin que seas un peligro para los demás o ti misma.

—Lo sé... pero no esperaba esto. Parece una cárcel.

—Ya verás que no lo es. Al principio es abrumador, por supuesto, pero todos aquí están dispuestos a ayudarte... yo principalmente.

—Bien.

—Mañana comenzaremos las sesiones, tendrás sesiones individuales conmigo semanalmente, y también grupales, como actividades.

—¿Obligatorias?

—Bueno, algunas sí. Otras son tu elección. Pero recuerda, que debes poner de ti para poder mejorar.

—Lo sé, doctor.

—Bien, te veo mañana, me buscas si deseas hablar.

—Adiós.

Primera sesión



Cuando el doctor Smith llegó esa mañana a la clínica, supo de inmediato que iba a ser un día complicado, las enfermeras le informaron que hubo un pequeño conflicto que involucraba a Nina y a otras de las pacientes que residían en el lugar.

Todo comenzó en el almuerzo del día anterior, cuando Nina se fue a sentar con su bandeja al rincón que había adoptado como propio, un grupo de mujeres jóvenes, que estaban lidiando con problemas de adicción hacía un tiempo, la reconocieron y comenzaron a molestarla. Pero ella no parecía prestarles atención, hasta que, de la nada, tomó la bandeja y vació el contenido de su comida sobre la cabeza de una de ellas, a lo que las mujeres respondieron a gritos y dando golpetazos. Por suerte, todo terminó rápidamente, cuando el personal de la clínica intercedió.

Paul hizo llamar a Nina a su despacho personal. Ella, al entrar a la habitación, se veía bastante demacrada.

—Toma asiento, Nina —indicó el médico.

—¿Dónde quiere que me siente? —preguntó ella indecisa al ver las opciones.

—Donde tú te sientas cómoda —sugirió él, Nina se acomodó en el gran sofá marrón mullido que se encontraba en la pared lateral de

la ventana. Él se acomodó en uno de los individuales justo enfrente de ella, con su libreta en mano—. ¿Te estás adaptando bien?

—Supongo que le contaron del incidente en el comedor.

—Así es, pero prefiero escuchar tu versión de la historia.

—No pasó nada, unas chicas me molestaron y eso fue todo, me defendí.

—La violencia nunca es la solución —agregó Paul.

—Cuando llevas toda la vida lidiando con hostilidad, es la única respuesta que conoces —contestó Nina a la defensiva.

—El diálogo siempre es la respuesta correcta.

—¿Con quiénes buscan lastimarme también?

—Con ellos, aún más. Es importante hacerles saber que lo que hacen no está bien.

—Jamás lo había hecho antes.

—¿A qué te refieres? —interrogó él, intrigado por su declaración.

—Yo no suelo defenderme, pero... no lo sé, algo en mí, dijo basta.

—¿Ella? —quiso saber Paul.

—No, esta vez fue mi decisión.

—¿Esta vez? —insistió.

—Ella no me incitó a defenderme. Generalmente, lo hace, comienza a molestarme también, hasta que reacciono. Pero no la he vuelto a ver ni a oír... desde el hospital.

— ¿Cómo te sientes respecto a eso?

— Es... diferente, un alivio —dijo con una tímida sonrisa en su rostro que le daba un aire inocente, no muy propio de su edad.

— Bien, entonces la medicación está funcionando como debería —sentenció él con satisfacción. Confiaba en que las medicinas ayudaran a Nina en su camino a la recuperación, pero aún quedaba un largo trecho por andar.

— ¿Qué tengo, doctor? ¿Estoy loca? —preguntó con temor, mientras jugaba con sus manos, nerviosa.

— La definición de locura es hacer lo mismo una y otra vez, esperando obtener resultados diferentes.

— ¿Cómo qué? —Quiso saber más tranquila, que él no la creyera loca, significaba mucho para Nina y la hacía confiar más y más en Paul.

— Como, por ejemplo, dar cinco vueltas a la manzana cada día, esperando encontrar una mansión en vez de tu propia casa. Sabes que eso no va a pasar, no, si no te mudas. Entonces es un acto de locura. Sin sentido.

— Entiendo. Pero, ¿qué sucede conmigo? ¿qué está mal en mí?

— Es lo que intento saber, qué sucede contigo. Pero para eso, tenemos que trabajar mucho en tus recuerdos.

— Eso me asusta, doctor.

— Nina, comenzaremos de a poco, no tienes que tener miedo, yo estaré aquí para acompañarte. Quiero que me hables de tu niñez —dispuso el doctor Smith con una suave y tranquilizadora voz que se

le daba de forma natural.

—No recuerdo mucho de cuando era niña, doctor se lo he dicho.

—Para el doctor era evidente que estaba incómoda, pero debía comenzar por algún lado. Si quería saber lo que estaba pasando por la mente de Nina, era imprescindible hondar en sus recuerdos. Incluso en ellos, que la misma Nina había reprimido.

—Lo que sea que recuerdes está bien, la terapia ayudará a traer a la luz aquellas memorias que tu consciente reprimió, quizás para protegerte.

—Siempre sueño con un gran árbol en el patio trasero, me veo acostada en la hierba... me encantaba tumbarme y que me dé el sol, buscar formas en las nubes. Jugábamos a eso con Nate.

—Cuando piensas en tu niñez, ¿eso es lo primero que recuerdas?

—Sí, eso, y la casa del árbol.

—¿Qué hay de tus padres? Háblame de ellos —presionó el doctor.

—Mi madre tenía mal carácter, cuando no hacía lo que ella quería, siempre me golpeaba o me encerraba en un pequeño armario que había en la entrada de la casa. —Paul no quiso interrumpirla, era la primera vez que hablaba de sus padres y él estaba dispuesto a dejarle espacio para hacerlo—. Mi padre... lo siento, no lo recuerdo.

—Inténtalo un poco más, Nina, comienza por contarme cómo era él, físicamente, quizás eso ayude.

—Alto, cabello negro como la noche y ojos azules muy oscuros. Tenía... barba, sí, una muy corta y prolija y las manos ásperas. Olía a

tabaco y algo muy dulce... y siempre tenía los ojos rojos, perdidos... le gustaba vernos jugar, creo... no estoy segura.

—¿Recuerdas de qué trabajaba?

—Era mecánico, sus uñas siempre estaban negras.

—Bien, y qué hay de tu madre, ¿cómo se veía ella?

—Delgada, mucho, se le marcaban los huesos, siempre usaba ropa muy pequeña y mostraba el corpiño, rubia de ojos azules. Tenía tatuajes, eso lo recuerdo. Un colibrí en el hombro izquierdo, era azul.

—De acuerdo, eso está muy bien. Ahora quiero que cierres los ojos y trates de recordar algún momento con ellos dos, sin Nate, antes de que él naciera. —Pidió el doctor. Estaban yendo por buen camino, estaba seguro que Nina recordaría todo, solo debía encontrar el sendero correcto a sus recuerdos.

—Eso intento, pero... es como ver fragmentos, pedazos de cosas sin sentido... —explicó Nina, su cuerpo comenzó a tensarse a medida que se esforzaba por viajar en sus memorias.

—Tranquila, respira de forma normal, inhala y exhala lentamente. Estás en un lugar seguro, aquí nadie podrá hacerte daño. Son solo recuerdos. Está en el pasado —indujo Paul inclinándose más y más en el sofá, apoyó sus codos sobre sus rodillas y esperó pacientemente a que ella volviera a hablar.

Poco a poco, la respiración de Nina se normalizó y sus músculos comenzaron a relajarse.

—*Estamos cenando en la mesa de la cocina. Mi madre sirve la comida, es... pollo, creo. A él no le gusta, está enojado. Tiene esa mirada que hace que*

me quiera esconder bajo la tierra. Le grita y entonces tira el plato al suelo. Yo me hago cada vez más chica en la silla, tengo miedo.

—Estás a salvo, Nina, son solo recuerdos —insistió el doctor.

—Me toma del brazo y me lleva a rastras hasta la sala. Me sienta sobre sus piernas y comienza a acariciar mi cabello. La televisión está muy fuerte, hace que me duelan los oídos. Mi madre aparece de repente y le tira la comida encima, mi vestido se ensucia, pero nadie me presta atención. Mi padre se levanta de golpe, me tira al suelo y le da un golpe en la cara a mi madre, ella cae y él se le tira encima y aprieta su cuello...

>Pero, de repente, todo cambia y yo no entiendo nada. Empiezan a besarse, a tocarse... no debería estar allí, así que me voy a mi habitación. Me abrazo a mi muñeca y ya no recuerdo más nada.

—Lo has hecho muy bien, Nina. Pero estoy seguro que reprimes muchos recuerdos.

—Será porque recordar duele... —anunció ella con lágrimas en los ojos, que se esforzó por no dejar salir. El doctor Paul le ofreció un pañuelo y era la afirmación de que estaba bien llorar, ahí era seguro hacerlo y ella se dejaba llevar por el llanto.

—Hay recuerdos que pueden ser dolorosos, es cierto, pero es necesario conocer todo el pasado para poder entender lo que está pasando contigo.

—Y... ¿si no puedo hacerlo?

—Hay otras maneras de lograrlo, la hipnosis es muy efectiva.

—¿Hipnosis?

—Sí, yo te guiaría en todo el proceso, de esa manera los

recuerdos ocultos en lo profundo de tu memoria serían accesibles para nosotros.

—No lo sé, doctor... y si, ¿qué tal si es peor? —Él también temía por sus recuerdos, pero necesitaba entender lo que Nina pasó y por qué apareció su segunda personalidad, y más importante, cuándo. Para poder detenerla y darle a Nina un futuro mejor.

—Nina, debes entender que *Ella* es un peligro para ti. Y probó ser un peligro también para otros, ya viste lo que le hizo a Jasper. Lo que creo, es que *Ella* apareció para protegerte, pero aún no sé de qué. Es lo que necesito saber. De esa manera, podremos detenerla. ¿Quieres que desaparezca no?

—Sí, más que nada en el mundo.

—Puede ser difícil y doloroso, pero necesitamos hacerlo. Tienes que recordarlo todo.

—De acuerdo, lo haré.

—Bien, la próxima semana comenzaremos con la hipnosis. Ahora ve a descansar.

—Hasta la próxima, doctor.

—Adiós, Nina.

Segunda sesión



Esa mañana, luego del desayuno, Nina fue a reunirse con el doctor Smith, estaba tan ansiosa como aterrada de lo que fuera a descubrir. Aunque tenía una sospecha de que nada lindo la esperaba tras sus recuerdos. Y eso se lo debía a las visiones que *Ella* le había regalado de forma tan arbitraria. Pero el doctor tenía un buen punto. Necesitaba deshacerse de *Ella*, no podía permitir que lastimara a aquellos a quienes amaba. Su mano temblaba cuando golpeó la puerta de su despacho, pero al ver a Paul se tranquilizó un poco, su sonrisa cálida y su suave voz la calmaron. Volvió a acomodarse en el gran sofá, él se sentó frente a ella, llevaba una corbata marrón con rombos, Nina se centró en la forma de los dibujos.

—¿Cómo estuvo tu semana, Nina? —Quiso saber Paul de inmediato.

—Tranquila, he comenzado a pintar, eso me ayuda, me distrae.

—Bien, eso es muy bueno. ¿Lo habías hecho antes?

—No, jamás. Cuando vivía con Marc, me pasaba horas dibujando, pero nunca pinté.

—Es bueno encontrar algo que nos apasione hacer, y, además, ayuda a relajarnos.

—Sí, ayuda mucho.

—¿Qué hay de tus compañeros? ¿Has hecho amistad con alguien?

—Hay una chica, Alice... es simpática, a veces damos paseos por el patio juntas. O vemos la televisión.

—Bien por ti, quisiera que convivas más con tus compañeros. ¿Alguna visita?

—Seguro, Jasper y Marc vienen a verme.

—¿Eso cómo te hace sentir? —siguió él.

—Bien, me gusta verlos, además me cuentan cosas de afuera.

—¿Cómo qué?

—Del trabajo. Marc dijo que cuando usted me dé el alta, y siempre que yo quiera, puedo volver. Y Jasper... bueno, Jas siempre es cariñoso y me dice lo difícil que es estar en el departamento sin mí. Volvió a tomar fotos, ya no trabaja más en la revista.

—¿Eso es bueno?

—Para él sí. Es un gran fotógrafo, pero su pasión no es la moda.

—Bien por él, entonces. ¿Estás lista para que comencemos la hipnosis?

—Eso creo.

—Bien, si quieres recuéstate para estar más cómoda —indicó Paul—. Quiero que cierres los ojos y te concentres en tu respiración. Siente cómo el aire fluye a través de ti, cómo recorre cada parte de tu cuerpo. Inhala y exhala lentamente... ahora imagina que estás en un lago, en medio de un verde prado, lleno de flores. El suave arrullo del

agua comienza a adormilarte. Poco a poco, vas a ir sintiendo tus párpados más pesados, el sol calienta tu piel, el aroma relaja tu cuerpo y el agua te mece en un profundo sueño... y cuando cuente hasta tres, estarás completamente sumergida en el sueño. Uno... dos... tres.

>A partir de ahora, solo escucharás el sonido de mi voz. Recuerda que aquí nadie puede hacerte daño. Nada de lo que recuerdes está pasando en este momento. Es el pasado, no se puede modificar y no puede lastimarte, son solo recuerdos ¿de acuerdo?

—Sí —respondió Nina, aparentaba estar plácidamente dormida, pero estaba sumergida en su propio inconsciente. Lista para seguir las indicaciones del doctor Smith y recuperar partes de su vida que creía perdidas, o ni siquiera sabía que estaban.

—Bien, Nina, quiero que vayas en el tiempo, lo más atrás que puedas. Dime qué ves. —Los ojos de Nina se movieron rápidamente, Paul tomó la pluma que Kate le regaló para su cumpleaños y comenzó a hacer anotaciones aquí y allá, mientras la cámara grababa toda la sesión.

—Estoy en mi casa, sí, en mi habitación, jugando con unas muñecas a que toman el té.

—Bien, ¿qué edad tienes?

—Dos o tres años, creo. Escucho un ruido... alguien está subiendo las escaleras, mi madre abre la puerta, está sonriendo, pero es una sonrisa que me da miedo.

—Es hora de jugar con mami y papi, Nina —dice mientras se acerca. Se sienta en una de las sillitas y toma el té conmigo

—*¿Papi también va a jugar al té? —pregunto emocionada.*

—No, papi tiene una sorpresa especial para ti, pero debemos apurarnos ¿quieres ver de qué se trata?

—¡Sí! ¡Vamos! —digo saltando de mi silla, tomo su mano y la guio escaleras abajo, pero cuando llego a la sala, papi no está. Ella ríe.

—Tibio —indica mientras pasamos cerca de la puerta del sótano—. Caliente. —Vuelve a indicar y bajo las escaleras.

El olor me hace cosquillas en la nariz y estornudo varias veces. De repente, veo que papi hizo algo para mí.

—Hola, princesita. Mira, papi hizo un castillo para su pequeña princesa ¿te gusta? —pregunta arrodillado, al pie de unas mantas mullidas, hay almohadones de colores y animales de peluches por todos lados. Las luces navideñas adornan la pared.

—¡Me encanta! —grito al tiempo que me tiro a sus brazos. Él me abraza con fuerza y huele mi cabello. Con una mano acaricia mi rostro y con otra un mechón de mi pelo.

—Eres la niña preciosa de papi ¿verdad?

—Sí, tu princesa.

—Ahora vamos a jugar un juego muy especial, que solo mami y papi conocen. Pero como tú eres mi niña especial, queremos jugarlo contigo.

—¡Sí, quiero jugar a las princesas!

—Claro que quieres. Pero es muy importante que no le digas a nadie, este será nuestro pequeño secreto ¿verdad, princesita?

—Sí, papi.

—Debes prometerlo.

—Lo prometo, quiero jugar.

—Bien, debes ponerte allí en medio —dice señalando el centro del lugar que armó—. Primero vamos a jugar a los animales, Nina.

—¿Cómo se juega?

—Debes quitarte la ropa, los animales no tienen ropa ¿verdad?

—Sí.

Mi madre se aleja y se pone detrás de una cámara rara que tiene una luz roja.

—¿No vas a jugar, mami? —pregunto con tristeza, me gusta jugar con los dos.

—No, Nina, mami va a grabarte mientras juegas con papi, para que después podamos verlo.

—De acuerdo, mami.

Papi me ayuda a sacarme el vestido floreado, los zapatos, y me sienta sobre sus piernas y comienza a cantar.

<<Brilla, brilla, pequeña estrella,

cómo imaginar lo que eres desde el cielo,

el mundo está tan alto,

como un diamante en el cielo.

Cuando el resplandeciente sol se ha marchado,

cuando no hay nada que brille sobre él,

entonces tú enseñas tu pequeña luz,

y brillas, brillas, a través de la noche...>>

De repente, Nina comienza a temblar, su respiración se entrecorta y las lágrimas brotan de sus ojos.

—Tranquila, Nina, todo está bien, es solo un recuerdo. Estás sola conmigo, nadie puede hacerte daño —indica el doctor Smith.

—No puedo hacerlo, no quiero...

—Debes hacerlo, Nina. Vamos, tú puedes. Necesitas recordarlo todo.

—Me está tocando, y no... no me gusta. No se siente bien, él... no, no debería hacer eso. No quiero... —cada vez ella se agita más, el doctor sabe que es momento de sacarla de ese recuerdo, ya tiene lo que necesita.

—De acuerdo, Nina, quiero que dejes eso atrás, vuelve a moverte en el tiempo, ve más adelante. Dime ¿dónde estás?

—En la casa del árbol, estoy jugando con mis muñecas.

—¿Qué edad tienes?

—Cuatro o Cinco años...

Mi madre aparece otra vez y me llama varias veces, bajo cuando comienza a gritar y me amenaza con llamar a papá.

—*Hoy tendremos un juego muy especial, Nina.*

—*No, no quiero. No me gusta ese juego. —Me rehúso, pero me toma por el brazo, me lastima... me lleva arrastrando adentro.*

—Vas a portarte bien, un amigo muy especial de mamá y papá vino desde muy lejos solo para verte. No quieres que me enoje ¿verdad?

—¡No me importa, no quiero jugar más!

—Lo harás, de lo contrario... —dice y me muestra el cinto negro con la gran hebilla de vaquero.

—No, por favor... —sollozo, pero ella no me suelta.

Me arrastra hasta el sótano y me detengo de golpe. Hay alguien más con mi papá, no está solo esta vez. Es un hombre gordo, calvo y tiene una horrible sonrisa amarilla. Comienzo a tirar hacia atrás, pero ella me sostiene muy fuerte, realmente me duele y no puedo parar de llorar. Tengo miedo...

—Tranquila, Nina, está bien. Sigamos adelante. Deja eso atrás. Cuéntame de Nate, ¿recuerdas cuándo nació? —pregunta Paul. Sus peores sospechas salen a la luz. Su estómago se siente enfermo, no puede entender cómo alguien podría hacerle eso a su propio hijo. Pero debe seguir adelante, necesita saberlo todo.

—Nate... es hermoso. Su cabello es tan claro que parece no tener nada en la cabeza, tiene la boca rosada y en forma de corazón, mamá lo sostiene en brazos y yo quiero abrazarlo. Tomo su pequeña mano, es tan chiquito... pero él aprieta mi dedo y mi corazón se aprieta en mi pecho. Lo amo.

—Quiero sostenerlo —pido a mi madre y ella asiente. Me siento en el sofá a su lado y lo pone en mis brazos.

Entonces Nate abre los ojos y son tan azules como los míos. Es la cosa más bonita que vi en mi vida.

—Hola, Nataniel, soy Nina, tu hermana mayor. Yo te voy a cuidar y proteger. —Le aviso. Él parece sonreír y me aprieta más fuerte el dedo.

—¿Cuándo estarás lista para volver a trabajar? —pregunta mi padre a mi madre.

—No lo sé. Espero que pronto —responde ella.

—Más te vale, sino perderemos mucho dinero, y ya sabes que eso no me hace nada feliz...

—Vete con eso a otro lado, no puedes fumar delante del bebé, lo enfermarás.

—Es mío y hago lo que me dé la gana —insiste él.

—¡No, es mío! ¡Solo mío! ¡Tú no puedes tocarlo, ni tú! —Advierto a mis padres a gritos, ambos se ríen.

—¿Tuyo? No, princesita. Él es mi príncipe, ahora estamos completos. Habrá alguien más con quien jugar, Nina —dice mi padre poniéndose de rodillas frente a mí.

Aprieto con más fuerzas a Nate contra mí.

—¡No! A él no puedes tocarlo, ninguno puede tocarlo. Es mío. Si lo haces, le diré a todos de tu juego secreto. ¡Lo haré! —grito y lo empujo de una patada. Pero saca a Nate de mis brazos y me sujeta fuerte del cabello.

—Te enseñaré que a mí nadie me amenaza, mocosa malcriada —regaña, se saca el cinturón del pantalón y me pone sobre sus piernas y comienza a azotarme. Pero no me importa, aunque duela, no dejaré que nadie le haga daño a Nate... él es mío, yo voy a protegerlo...

—Recuerdas cuando despertaste en el hospital, Nina. Decías

que “no lo sabías” “que pensaste que estaba a salvo”. ¿Te referías a Nate? ¿qué recordaste? —cuestiona Paul, haciendo memoria, se había recordado a sí mismo, preguntar sobre ese episodio.

—Sí, *Ella* me lo mostró.

—¿Qué te mostró?

—A Nate... conmigo. Yo no quería, pero...

—Tranquila, sé que amas a Nate y nunca le harías daño. Trata de recordar.

—Yo... no lo sabía. No estaba allí, no lo recuerdo —dice agitada, la mezcla de lágrimas y sudor baña su rostro y su respiración es entrecortada.

—¿Qué te mostró *Ella*?

—A mí, jugando con Nate... en el sótano. Pero yo no quería hacerlo, era mejor eso, que ellos...

—¿Qué te hicieron hacer, Nina?

—Que lo tocara... a mí no me gustaba, pero ella grababa y él miraba. Y yo... yo debía tocar a Nate... por favor, ya basta. No quiero seguir —rogó entre sollozos.

—De acuerdo. Deja eso atrás, Nina. Trata de recordar la primera vez que la viste, ¿Cuándo viste a *Ella* por primera vez?

—Tenía cuatro o cinco años... y *Ella* apareció cuando me escondía en el armario. Me dijo que no tuviera miedo, que ella me ayudaría. Me preguntó si quería desaparecer y dije que sí... y todo

se puso oscuro.

—¿Solo la veías?

—También la escuchaba, pero *Ella* siempre sabía lo que yo pensaba... al principio jugaba conmigo, éramos amigas. Pero entonces, todo cambió...

—¿Cuándo?

—Cuando Nate tenía dos o tres años.

—¿*Ella* hablaba con Nate? ¿Le hacía algo? —aventuró Paul, necesitaba saber más del momento dónde todo cambió.

—No, *Ella* quería protegerme... entonces. No lo sé. Creo que era *Ella* la que jugaba con Nate, no yo. No puedo recordarlo. Pero la veo a *Ella*, no soy yo. No soy yo...

—De acuerdo, Nina, tranquila. Eso es todo por hoy. Vuelve al lago, respira hondo y deja que el agua te arrulle. Poco a poco, comienza a despertar, muy lentamente vas a ir sintiendo que sales del sueño; contaré hasta tres hacia atrás y, cuando llegue a uno, estarás completamente despierta y el pasado quedará atrás. Tres... Dos... Uno.

—Dios mío, ¿fue todo eso real? ¿no lo inventó *Ella* para lastimarme? —preguntó Nina asustada y conmovida.

—Lo siento, pero no. No lo inventó, pasó, y tu inconsciente lo bloqueó. Por eso no lo recuerdas. Muchos niños, cuando son abusados, recurren a otras personalidades para lidiar con el trauma. Es un mecanismo de defensa —explicó el doctor, mientras le ofrecía un pañuelo y buscaba un vaso de agua.

—Entonces es cierto. ¿Yo la llamé?

—De forma inconsciente, sí. Fue la única forma en que podías lidiar con lo que pasaba.

—¿Mis padres? —rompió en llanto. Paul le dio su espacio para que se desahogara, pero entendía por completo lo que Nina estaba sintiendo.

La completa desolación y desesperanza que produce ser abusado por quienes se supone que deben protegerte. Y el desgarrador dolor de todo lo que ella tuvo que pasar. Tan pequeña, tan sola, sin nadie que la contuviera. Fue entonces cuando *Ella* comenzó a tomar el control. Ahora todo estaba un poco más claro.

Tercera sesión



Esa mañana, cuando Nina llegó al consultorio de Paul, se veía bastante tranquila, se acomodó en su sitio y, luego de hablar sobre su semana en la clínica y sus avances con sus compañeros, Paul comenzó la terapia.

Cuando notó que Nina estaba completamente sumergida en la hipnosis, comenzó a guiarla por sus recuerdos ocultos.

—Bien, Nina, quiero que te concentres en una noche en especial, la noche del incendio, cuando tus padres murieron —indicó él.

—Se ve muy borroso... casi no puedo verlo... —declaró Nina, su cuerpo comenzó a retorcerse sobre el sofá, como si estuviera luchando contra su propia mente.

—Vamos desde el principio. ¿Cómo fue ese día? ¿qué hiciste?

—*Estoy al pie de las escaleras, escondida detrás de la pared. Puedo escuchar a mis padres hablando. Me quedo muy quieta y callada... algo va mal, lo presiento.*

—*¿Qué quiere ahora?* —pregunta mi madre con tono hostil.

—*A él, ya sabes cómo es, les gustan los varones, quiere carne fresca...*
—*responde mi padre y escucho como apoya con fuerza la botella sobre la mesa de vidrio de la sala.*

—Va a ser difícil alejarla de él, ya sabes cómo lo protege...

—Lo sé, pero es necesario, de lo contrario, lo perderemos. ¿Qué tal si la encerramos en su cuarto?

—Gritará y eso llamará la atención, los vecinos oirán... ¿y si cumple su promesa? ¿qué pasa si cuenta en la escuela lo que ocurre? Esas malditas perras comienzan a fastidiarme. La última vez me llamaron para decirme que el comportamiento de Nina no era normal. No las quiero husmeando. Podrían meternos en problemas.

—¿Entonces?

—No lo sé...

—Quizás puedas llevártela a algún lado. Yo filmaré, me haré cargo.

—Quizás funcione, le diré que es un regalo. La llevaré al cine, luego a cenar. Tendrás tiempo suficiente. Una noche de chicas. —Ambos rieron a la vez.

—Bien, pero llama a Peter, dile que será el doble. Es la primera vez de Nate, y eso tiene un precio...

El corazón se me detuvo en ese momento, el estómago se me revolvió y salí corriendo escaleras arriba. Lo había escuchado todo, no permitiría que le hicieran daño a Nate.

Por la noche, no podía dormir. Daba vueltas sobre la cama. Pensaba en la forma de fugarnos de la casa, yo ya tenía ocho años, podía cuidar a Nate sola, lo había hecho toda mi vida. Estaríamos bien los dos solos.

Fui hasta la habitación de mi hermano, él dormía abrazado a su conejo de peluche. Me arrodillé al costado de la cama y corrí un mechón de su rubio cabello. Me tendí a su lado en la cama y... creo que me dormí.

—¿No recuerdas cuando el incendio comenzó? —preguntó el doctor.

—No... *n-no lo sé.*

—Intenta visualizarlo. ¿Cómo salieron de la casa?

—*Supongo que el humo me despertó. No lo sé...*

—¿Dónde estás ahora Nina?

—*Afuera, en el jardín delantero. Las llamas devoran la casa, hay gritos, llantos... Nate está temblando. Lo abrazo fuerte a mi cuerpo y le digo que todo va a estar bien.*

—Entonces, tú lo sacaste de la casa.

—*Eso creo, sí. Yo lo saqué.*

—Pero ¿cómo llegaron hasta ahí, Nina? Trata de recordar.

El cuerpo de Nina comenzó a convulsionarse, sus movimientos eran erráticos y un largo suspiro escapó de su boca. Su pecho subió y bajo de forma marcada y sus ojos se abrieron de golpe.

—No te he dicho que despiertes, Nina, vuelve al lago, cierra los ojos... —Comenzó a guiarla, nunca antes alguien había salido de una hipnosis sin su ayuda, Paul estaba desconcertado.

—Vete a la mierda, chanta —dijo ella enderezándose. Se sentó en el sofá y movió su cuello de un lado al otro, como tratando de acomodar su cuerpo. Su postura cambió, se volvió más firme, segura, y sus ojos lo encontraron.

—*Ella*... eres tú —afirmó Paul. Era muy fácil distinguirlas, aunque ningún aspecto físico cambió. La mirada de Nina era triste, desesperanzada. La de *Ella*... fría, llena de rabia.

—*Ella*... odio ese maldito nombre que me puso, siquiera eso puede hacer bien. Podría haberme llamado Electra. Kaos... algo más acorde. —Se puso de pie y comenzó a dar vueltas por el lugar. Recorriendo con su dedo cada rincón por el que pasaba.

—Tenía muchas ganas de conocerte, de hablar contigo.

—Solo tú. A mí no me interesa en lo más mínimo.

—¿Por qué no tomas asiento? Así podremos conocernos.

—Vete a la mierda. Tú y tu estúpida terapia... es una pérdida de tiempo, nada podrá ayudarla. Solo... desaparecer.

—Eso no va a ser posible. No mientras yo esté cerca de Nina. No lo permitiré —aseveró Paul.

—¿Estás enamorado de ella, verdad? Ja ja ja. Eres solo otro idiota más... la deseas. ¿Crees que no puedo verlo? Yo lo veo todo... —respondió *Ella* mientras caminaba cerca de él. Llegó hasta su escritorio y tomó la fotografía que adornaba la mesa.

—Estás equivocada, no me interesa de ese modo. Solo quiero ayudarla.

—¿Por qué? —dijo mientras estudiaba el retrato con interés.

—Porque sé que puedo hacerlo y Nina lo merece. Merece la oportunidad de ser feliz.

—No tienes ni puta idea... ¿Es tu familia? —preguntó moviendo

la fotografía.

—Sí, mi esposa y mis hijos.

—Linda familia. Una familia perfecta... dime algo, Paul, ¿eres un buen papi? —Su tono de voz era burlón, ácido.

—Eso intento, ser un buen padre, esposo, terapeuta...—dijo el doctor girando en su silla para enfrentarla.

—¿Quieres ser mi papi también? ¿te excita saber las cosas que papito nos hacía? —Fue acercándose cada vez más, hasta quedar casi sobre él. Apoyó sus manos sobre el respaldo de la silla de Paul y su rostro quedó a escasos centímetros del suyo.

—*Ella*, no tienes que hacer eso conmigo. Te he dicho que no me interesa Nina de forma romántica. Aléjate, por favor. —Pero *Ella* no estaba dispuesta a hacerlo. Se sentó sobre sus piernas y comenzó a jugar con su cabello.

—Vamos... sé que quieres desnudarme. Todos quieren hacerlo. Nadie lo sabrá. Puedo fingir ser Nina. "*Mi vida es tan injusta, doctor, por favor... ayúdeme*" —Su tono de voz se volvió diferente, imitando el de Nina de forma condescendiente.

—Te he dicho que no —aseguró Paul, tomándola por las muñecas y poniéndola de pie—. ¡Suficiente!

—¿Estás rechazándome? —rio *Ella* consternada. Pero fue una risa nerviosa, incómoda.

—Mi único interés en Nina es ayudarla, nada más. No quiero nada de ella. Sé que estas acostumbrada a que los hombres caigan a tus pies. No es mi caso, *Ella*.

—Siempre es el caso. Lo único que les importa es utilizarnos, nada más. Solo somos una cara bonita.

—No, no lo eres. Sé por todo lo que ha tenido que pasar Nina, me lo ha contado.

—No sabes nada, Doc.... —repitió riendo y se dejó caer en el sofá grande—. Te lo he dicho, lo veo todo, lo sé todo...

—Cuéntame de ti, quiero conocerte —insistió Paul. Necesitaba crear un vínculo con *Ella*. Era la mejor forma de alejarla de Nina y que ya no fuera un peligro. Quizás si hablara, podría comprender mejor sus intenciones.

—Yo soy ella, somos la misma persona, solo que yo sé defenderme. No me escondo como la idiota de Nina. —Su actitud era claramente desafiante. Como si estuviera lista para pelear en cualquier momento.

—¿Cuándo apareciste?

—Muy pronto... demasiado pronto. ¿Tienes algo de beber aquí?

—Cruzó sus piernas y se acomodó mejor en el asiento.

—Agua.

—Eres un aburrido...

—¿Por qué apareciste? ¿qué fue lo que te trajo?

—Nina, ¿quién más? Ella y sus malditos lloriqueos. Siempre llorando, siempre quejándose de lo injusta de la vida... “¿por qué yo? ¿por qué a mí?”

—Nina confió en ti. Estabas allí para ayudarla ¿qué cambió?

—Nate, él lo cambió todo...

—¿Cómo? Tan solo era un niño...

—Era lo más importante para Nina. Nada malo debía pasarle a Nate. Debíamos protegerlo. Y lo hice, como siempre... —Su postura cambió en un momento. Se puso rígida, a la defensiva, y sus ojos no se apartaron de los de Paul ni por un segundo. Estaba desafiándolo.

—¿Dónde estabas cuando sucedieron los abusos?

—¿Dónde estaba? ¿dónde cree, doctor? —inclinó su cabeza hacia un lado y dibujó una sonrisa burlona en su rostro.

—¿Abusaron también de ti? —aventuró Paul, cada vez más fascinado por esta personalidad.

—Sobre todo de mí. ¿Quién crees que vivió las peores cosas? Nina huye, se esconde. Solo quiere desaparecer cuando algo no le gusta, y es a mí a quien le suceden las cosas. ¡Ella es la culpable de todo lo que me pasó! Por eso debe pagarlo. Lo merece...

—No, no lo merece. No fue su culpa, nada de esto es su culpa. Es tan víctima de la situación, como tú. Nina no quería hacerte daño.

—¡Pero lo hizo! —*Ella* se puso rápidamente de pie y gritó con tanta fuerza que Paul se sobresaltó.

—Siéntate, debes tranquilizarte...

—Vete a la puta mierda. Tú no me dices qué hacer, nadie lo hace.

—Solo quiero escucharte, conocerte. Alguien debe hacerlo ¿no? ¿No estás cansada de estar en la sombra?

—¿Qué sabes tú de la oscuridad? Tú y tu perfecta vida de

familia... eres un maldito mentiroso, un farsante.

—Dímelo.

—¡Estoy atrapada! Siempre estoy en el cuarto oscuro, esperando...

—¿Dónde está el cuarto oscuro?

—¿Acaso eres idiota? ¿No se supone que eres tú el médico? En su mente, allí todo es oscuridad y yo solo me siento... y espero.

—¿Qué sucede cuando Nina escapa, cuando desaparece?

—Yo tomo el control. Me hago cargo, por supuesto. Nina es una cobarde, una debilucha. Solo llora y huye. Yo no, yo lucho, peleo y gano.

—Tú sacaste a Nate del incendio ¿verdad?

—Sí. Nina estaba durmiendo, el olor a humo me sacó de la oscuridad y vi las llamas debajo de la puerta. Tomé a Nate en brazos y nos envolví con una manta y salimos.

—Dime lo que te hicieron. —Paul necesitaba que Nina y *Ella* aceptaran el abuso, que lo reconocieran.

—Ya lo sabes, ¿acaso quieres detalles? Ja ja ja, maldito enfermo... todos son iguales. —respondió ella volviéndose a sentar en su lugar.

—Sin detalles, dime lo que pasó.

—Ya lo sabes.

—Dilo.

—¡No!

—Dilo *Ella*, ¿qué te hicieron? ¿Quiénes?

—¡Vete a la mierda!

—¡Dilo!

—¡Me violaron! ¿De acuerdo? De todas las formas que a sus padres y sus amigos se les ocurrió. Por años... y luego me hicieron abusar de Nate, cuando era un bebé. —Su ira explotó al tiempo que hablaba y cada vez apretaba más y más la mandíbula.

—Siento mucho lo que te pasó... —comenzó a decir Paul, pero *Ella* lo interrumpió.

—¿Lo sientes? No sabes lo que pasamos. No lo entenderías. No sabes nada... nada.

—Nina no es la culpable, debes dejar de maltratarla.

—¿Crees que Nina es una inocente niña? No sabes nada. No conoces a Nina. Dale un poco de cocaína y se tirará encima de ti. Será fácil, puedes conseguir lo que quieras. No es tan inocente como crees. Pregúntale de las drogas, del sexo, de los cortes que esconde bajo su ropa interior. Dile que te cuente de Londres.

—Dímelo tú.

—No, tiene que ser ella, así lo verás. No puede ser salvada, no lo merece. Merece morir, desaparecer...

—No, eso no es cierto. No lo merece.

—Me estás aburriendo, mejor me iré —dijo y se recostó en el sofá al tiempo que cerraba los ojos.

—¡No! No te vayas, *Ella*... —pidió él, pero era tarde. El cuerpo de Nina se relajó y volvió a respirar profundamente, de forma pesada.

—¿Nina?

—Sí, doctor.

—Contaré atrás hasta uno, quiero que vuelvas al lago. Cuando llegue a uno, despertarás y el pasado quedará atrás. Tres... dos... uno —indicó Paul—. ¿Cómo te sientes?

—Agotada.

—¿Recuerdas lo que pasó?

—La noche del incendio, sí —dijo convencida mientras se sentaba.

—Después.

—¿Después? Desperté.

—No, Nina. *Ella* apareció.

—Usted... ¿habló con *Ella*? ¿pudo verla? —preguntó alterada. Su respiración cambió y su cuerpo se tensó.

—Sí, *Ella* tomó el control, Nina. Todas esas pequeñas lagunas mentales, la falta de recuerdos. Estoy seguro que es cuando *Ella* está en control de tu cuerpo —explicó Paul.

—No... no puede ser. ¿Cómo?

—El trastorno de personalidad disociativa se manifiesta casi siempre tomando el control del anfitrión. En este caso, tú. Muchas veces, el anfitrión no recuerda lo que pasa cuando el huésped está al mando. Eso es lo que sucede contigo. No eres consciente del cambio ni

de lo que *Ella* hace.

—Entonces... todo este tiempo. Durante toda mi vida... lo que no recuerdo.

—Sí, fue *Ella*.

Cuarta sesión



Esa mañana, cuando Nina entró al consultorio del doctor Smith, él no podía creer lo que veía. No era Nina quien cruzaba la puerta, era un fantasma. Los enfermeros de la clínica lo habían alertado acerca del deterioro que ella había sufrido esta última semana. Una de las encargadas del comedor, le informó que Nina no estaba comiendo. Llevaba su bandeja al rincón que había reclamado como propio, pero no tocaba la comida, solo jugaba con ella, paseándola de un lado al otro del plato. No hablaba con nadie y no participaba en ninguna actividad. Simplemente estaba como ida.

No dijo nada, se acercó a la ventana, se abrazó a sí misma y perdió su mirada en algún punto del exterior. Paul la contempló en silencio. La ropa, le quedaba claramente grande, había perdido mucho peso y muy rápidamente. Estaba visiblemente en los huesos, su piel grisácea, unas oscuras ojeras adornaban sus ojos, se notaba que llevaba días sin tomar un baño. Todo indicaba que las cosas estaban mal, muy mal.

El doctor Smith se puso en pie lentamente y se situó a su lado. Apoyó con cariño una de sus manos en el hombro de Nina y apretó suavemente. Necesitaba hacerle saber que estaba allí para ella cuando quisiera hablar.

—Toda mi vida... siempre me he sentido una intrusa, como si no

perteneciera a ninguna parte, como si no encontrara mi lugar en el mundo. ¿Cómo sé lo que es real de lo que no? ¿Soy yo la anfitriona o es *Ella*?

>Todos esos momentos... robados. *Ella* me los quitó. Y yo ni siquiera lo sabía. ¿Qué clase de persona no se da cuenta que vive dos vidas?

—Es difícil saberlo, Nina. No es un dolor de muela, no es tan fácil de ver.

—¿Qué más voy a encontrar, doctor?

—No lo sé, pero quizás no te guste lo que vayamos descubriendo. Lo siento. —Se disculpó sinceramente. Entendía el dolor de Nina, el sentirse una intrusa, la pérdida de momentos... claro que podía ponerse en su lugar y no le gustaba.

—No quiero hacerlo más. No tiene sentido ¿cuál es el punto?

—Recuperar tu vida, sanar.

—Nunca lo voy a conseguir... —Una lágrima solitaria corrió por su mejilla tímidamente.

—Podemos detenernos cuando quieras, Nina. Nadie te obligará. Pero, debes saber, que es el único camino a la recuperación.

—¿Cree en Dios, doctor Smith?

—Creo en la ciencia. ¿Y tú?

—No, no puedo creer, quisiera, pero no puedo. ¿Qué clase de Dios permite que una niña pase por todo esto?

—Hay quienes dirían que no te da más de lo que puedes

soportar.

—No, no puedo soportarlo. No puedo más. Se acabó.

—Nina, apenas tienes veintitrés años. Sé que has tenido una vida difícil, pero aún hay mucho por delante. Puedes vivir cincuenta, setenta, felices años. La vida no tiene porqué ser tan difícil...

—No veo cómo. Me duele estar en mi piel, es como si todo el tiempo hubiera algo dentro mío que intenta arrastrarme a la oscuridad. Estar en mi cabeza... es como un mal vecindario, no debería estar allí sola.

—Esto pasará, Nina, no va a desaparecer, pero lo superarás. Debes confiar en mí.

—Ya no puedo hacerlo, doctor, no encuentro razón. Necesito un propósito. ¿Cómo hago para sentir? Es como si mis emociones se hubieran apagado, como si simplemente ya no existiera. No hay nada, estoy vacía. No puedo recordar un solo momento de mi vida en que haya sido completamente feliz. Ni siquiera con Jasper. Nunca, siempre está esta especie de nube negra sobre mí.

—No, no lo estás. Intenta verte dentro de cinco años ¿cómo quieres que sea tu vida?

—Ja. No puedo verme ni dentro de cinco minutos. No veo futuro para mí. No quiero más de esto. Llegué al final. No quiero seguir. Simplemente me gustaría dormir y no volver a despertar.

—La muerte no es la solución, Nina. Ahora todo parece oscuro, sin salida, pero la hay. Tiene un precio, te lo he dicho, hay cosas que no te van a gustar. Pero necesitas aceptarlas, ser consciente de ellas. Es

el primer paso.

—¿Para qué? ¿qué me espera? La vida es demasiado injusta, doctor.

—Si no lo haces por ti, piensa en los demás. ¿Qué hay de Jasper?

—Jas... Jasper va a estar mejor sin mí. Siempre se lo digo, me olvidará, todos lo hacen. El tiempo pasará y verá que puede ser realmente feliz con alguien normal, con una mujer que pueda darle todo lo que sueña, alguien que no esté rota.

—No estás rota, Nina —insistió él. Sentía una enorme pena por verla de esa forma.

—Sí, si lo estoy, soy fragmentos, solo eso. Y es imposible juntarlos de nuevo, ellos me rompieron.

—Tú eres la mujer con la que Jasper quiere pasar su vida, no es tu decisión.

—Sí, sí lo es. Debo hacer lo correcto, dejarlo ir...

—¿No quieres una familia?

—¿Hijos? Jamás traería un niño a este maldito mundo. No le haría eso a nadie. Vivir... existir, duele. Duele en cada parte de mi ser.

—¿Qué hay de Marc? ¿No crees que ya pasó por mucho? Perdió a su esposa, a su hija y ahora ¿a ti? —Paul estaba desesperado, necesitaba encontrar una razón para que Nina no se diera por vencida, si lo hacía, todo terminaría. Él no podría hacer nada más que verla desaparecer.

—Marc es toda la familia que tengo, pero solo soy una carga,

solo le he traído problemas. Quise hacerlo sentir orgulloso, que viera que valía la pena luchar por mí. Realmente lo intenté.

>Traté de ser la mejor modelo de todas, aplicada, responsable, hacerlo sentir orgulloso, que el mundo supiera que Marc había hecho eso. Pero no pude, *Ella* no me dejó. Y solo le causé más dolor.

—Marc te adora, Nina.

—Se repondrá, lo hará. Todo sería mejor si yo no estuviera en sus vidas.

—Tu existencia cuenta, Nina, tú importas, me importas a mí. Estoy aquí para ti ¿recuerdas?

—Alguien más a quien defraudar...

—No te rindas, Nina. Mejorar, solo depende de ti. Es tu decisión. Sé que no puedes ver el final del camino ahora y que cada momento pesa demasiado, pero es posible. No será fácil, pero valdrá la pena. Lo prometo.

—¿Con qué sentido? ¿qué me espera?

—Eso tendrás que descubrirlo tú. Encontrar un propósito, perseguirlo. Es lo maravilloso de la vida. Aún es pronto para darse por vencido, tienes un futuro brillante por delante. Por favor, no lo hagas.

—No puedo, doctor. Olvidé lo que se siente ser feliz. La busqué por mucho tiempo. La busqué en el sexo, en hombres, en alcohol, en el trabajo, incluso en el amor. Probé con químicos. Ingerí todo lo que me dieron, y el único momento de cierta paz, la encontré en las drogas. Y eso casi me destruye por completo. Era efímero, un momento, y

luego... todo seguía allí.

—No puedo obligarte a vivir, Nina. Solo tú puedes hacerlo. Pero ten presente que, si no quieres seguir, *Ella* gana, no tú. Una vez más serás víctima de las decisiones ajenas. Tienes que decidir luchar, tienes que querer hacerlo.

Quinta sesión



Pasaron tres largas semanas desde la última vez que Paul tuvo su sesión personal con Nina. Estaba al tanto de su condición, de lo mal que estaban las cosas, pero no había mucho que pudiera hacer. Era la propia Nina la que necesitaba tomar la iniciativa, Paul confiaba en que tenía la fuerza para hacerlo.

Pero ella había cancelado sus sesiones. No asistía a ninguna sesión individual, y en las grupales, no participaba. Tampoco tenía contacto con nadie. Había prohibido las visitas de Jasper y Marc. Y estaba en su derecho. Después de todo, era una mujer adulta.

Desesperado, Marc acudió con el doctor Smith. Estaba dispuesto a obligar a Nina a tratarse, sugirió que la declaren incompetente y que él mismo sea el encargado de tomar sus decisiones. Pero Paul no estaba dispuesto a hacerle eso. Él sabía muy bien que era su decisión, y la respetaba. Trató de explicarle a Marc que obligarla no era el camino, que Nina era muy consciente de lo que quería y ningún juez la declararía incapacitada.

Jasper estaba deshecho, le comentó al doctor que había perdido su trabajo en la revista, que su vida estaba de cabeza y solo le preocupaba Nina. Paul le aconsejó buscar ayuda profesional, basándose en que no podría ayudarla, a menos que se ayudara a sí

mismo.

Semana a semana, Nina empeoraba. Al punto que su peso bajó tanto, que tuvieron que conectarla a una sonda para alimentarla. Se negaba a comer, a bañarse, a levantarse de la cama. La depresión estaba en su peor momento. Y Paul temía por su vida. No sabía cuánto más era capaz de aguantar su debilitado cuerpo.

Esa mañana, cuando la enfermera le advirtió que Nina quería verlo, se levantó de golpe de la silla, canceló sus otras sesiones y le dio prioridad a Nina. Que quisiera hablar con él, era un buen indicio, un paso adelante.

En el momento en que Nina entró a la habitación, Paul pudo ver la determinación en sus ojos. Había tomado una decisión.

Esperó pacientemente a que ella comenzara a hablar, pero los nervios estaban consumiéndolo. La vio pasearse por el cuarto, pero había algo distinto en ella. Estaba arreglada, y eso siempre era positivo, significaba que le importaba. Su cabello prolijamente sujeto en una coleta alta, y algo de maquillaje mejoraban su aspecto. Su ropa estaba limpia y su piel recobraba el color. Aún estaba preocupantemente delgada, pero un buen plan de alimentación, pronto la pondrían en el camino correcto.

Nina se sentó en su lugar de siempre, acurrucada en el sofá grande, mullido y marrón que ocupaba gran parte del espacio. Él la imitó y tomó asiento justo en frente, en el sillón individual, con el bolígrafo en mano y el anotador sobre el regazo.

Sus miradas se encontraron, había cierto brillo en sus ojos azules. Y entonces ella sonrió. Paul estaba tan feliz, que no pudo contener una

sonrisa cariñosa y reconfortante.

—Estoy lista —dijo Nina por fin—. Quiero hacerlo. Quiero ponerle fin a esto, doctor.

—Bien, Nina. Es la decisión correcta. —El alivio en la voz del doctor Smith era palpable. Pasaba las noches pensando en Nina y en cómo ayudarla. Su vida se había convertido en una montaña rusa, incluso su familia estaba preocupada por él.

—Pero tienes que prometerme algo —pidió ella de repente.

—Dime.

—No nos detendremos hasta saberlo todo, aunque duela. Necesito saberlo todo.

—Lo prometo, Nina. ¿Quieres que sigamos con la hipnosis?

—Sí, hagámoslo.

El proceso comenzó de inmediato y Paul no tardó en llevar a Nina a un profundo estado de hipnosis.

—La última sesión que tuvimos, nos detuvimos en la noche del incendio. Dime qué pasó después, Nina.

—*Es todo muy confuso, borroso... Estamos Nate y yo, viajamos con una mujer.*

—¿A dónde? ¿Qué edad tienes?

—*Unos ocho años, Nate sostiene mi mano. Esta temblando, tiene miedo. Le susurro que todo estará bien, que yo siempre estaré ahí para cuidarlo, le prometo que lo voy a proteger, que nada malo le va a suceder. Él me cree, confía en mí.*

>Nos llevan a Jersey, a una casa de tránsito. La mujer dice que una familia nos va a adoptar, pero que tenemos que esperar allí. Es una casa vieja, las puertas crujen y el piso también. Hay un olor raro, huele a... humedad. Aparece una mujer corpulenta, de cabello corto y gris. La señora Thompson.

—Muy bien. Muévete en el tiempo, avanza un poco —indicó Paul.

—Hay muchos niños de diferentes edades... Nate no se separa de mí, los chicos lo molestan, a mí también. Pero no les presto atención. Oigo gritos... la señora Thompson grita mucho, siempre está enojada.

>Ahora me lleva a un cuarto horrible, es demasiado pequeño y huele muy mal, vómito en el suelo y ella me golpea con su bastón en la espalda. Duele mucho, pero no lloro. Ya no lo hago.

—¿Por qué te lleva al cuarto? —insistió el doctor.

—Porque no conseguí suficiente dinero. No alcanza para alimentarnos, me dice. Hay arroz en el piso y me hace arrodillar sobre él y me entrega una biblia. “Pídele perdón a Dios por ser una niña mala y desobediente” me advierte. Hace frío, tengo mucho frío y hambre. No sé dónde está Nate.

—Sigue adelante, Nina, un poco más —pidió Paul.

—Estoy afuera, en la calle. Cerca del muelle. Hay una pareja de jóvenes besándose. Sé que es mi oportunidad, están distraídos. Me acerco sin hacer mucho ruido, tomo el bolso de la mujer y corro tan fuerte como puedo. Mis piernas arden y me quema respirar.

>Me detengo un buen rato después y reviso el bolso. Esta noche no me meterá en el cuarto, hay bastante dinero, podré llevar comida a la casa... Nate estará bien.

—Un poco más, Nina. ¿Qué sucede ahora? —insistió el médico.

—Una chica más grande que yo me golpea. Quiere el conejo de Nate y yo no le permito agarrarlo. Me pega fuerte una y otra vez, hasta que escupo sangre, Nate llora. Puedo oírlo... pero entonces todo se apaga. Me desmayo.

—Continúa. Avanza más.

—La señora Thompson agarra a Nate de un brazo y lo arrastra por las escaleras, está enojada, le grita que se va a ir al infierno por ladrón. Nate se robó un pan de la cocina y ella lo encontró comiéndolo. Le pido que lo deje, que me castigue a mí. La tomo del vestido, pero no se detiene. “Estos pequeños monstruos nunca aprenden” dice mientras lleva a Nate afuera.

>” Eres un perro ladrón” “Los perros duermen afuera” vuelve a decir. Y ata a Nate con una cuerda a un árbol del patio. Hace mucho frío, está lloviendo. No quiero que Nate se quede allí. Le digo que yo tomaré su lugar, pero ella se niega, y me encierra en el cuarto. “Te quedarás a pedir perdón por tu desagradecido hermano” dice. Y las horas pasan.

—Muévete adelante, Nina. Un poco más en el tiempo. ¿Qué edad tienes?

—Como diez años... Creo. Estoy llorando acurrucada en la cama. Nate no está. La ambulancia se lo llevó. Estaba muy enfermo, no podía respirar. Traté de ayudarlo, pero no pude y no me dejaron ir. Tengo miedo que algo le suceda, me necesita, se lo prometí.

>Los días pasan y nadie me dice nada. Tengo miedo, no puedo perderlo, él es mío. Es todo lo que tengo, no me pueden alejar de él.

>La señora Thompson vuelve, me dice que Nate no va a volver y me caigo de rodillas al suelo y lloro, lloro hasta que no me quedan lágrimas.

Alguien lo adoptó, una enfermera del hospital se lo llevó. Y no me dejan ir a verlo. Se lo llevaron, lo alejaron de mí. —Paul vio como las lágrimas rodaban sin reparo por las mejillas de Nina y quiso que abandonara ese momento.

—Continúa el viaje, Nina. ¿Dónde estás ahora? —interviene, guiándola.

—Estoy sentada en el suelo, estoy muy enojada, nadie tiene derecho de alejarme de Nate, él es mío... golpeo mi cabeza contra el marco de la puerta. La señora Thompson pasa frente a mí, me pega con el bastón en la cabeza, me duele mucho, la sangre corre por mi frente. “No te quedes ahí de haragana mocosa, busca algo que hacer” dice. Está bajando la escalera, quiero gritarle, pero el golpe me duele mucho y me desmayo.

—Un poco más, Nina —solicitó Paul.

—La señora Thompson está tirada en el piso, los gritos me despiertan, no sé qué pasa. Pero ella apenas se mueve, pide ayuda. La ambulancia llega y se la llevan. Esa misma noche, me voy. Voy a buscar a Nate, me escapo de la casa, recojo el conejo de Nate y me voy, antes me llevo todo el dinero que ella esconde en la cocina. Pero no puedo encontrarlo... no sé dónde está Nate. Tengo miedo, está oscuro, hace frío y tengo hambre...

—De acuerdo, Nina, es suficiente por hoy. Vuelve al lago y deja que tus sentidos se inunden. Cuando llegue a Uno, despertarás y el pasado quedará atrás. Tres... Dos... Uno.

—La vieja Thompson... no lo recordaba —dijo Nina al tiempo que comenzaba a abrir los ojos y la bruma de la hipnosis la

abandonaba.

— ¿El accidente?

— Sí, pensé que solo había huido, no recordaba lo otro. “*El cuarto santo*” así lo llamaba ella. Era la penitencia cada vez que alguien hacía algo que no le gustaba...

— Una cristiana bastante particular — acordó Paul.

— Ya lo creo.

— Toma. — Ofreció un vaso de agua cuando ella se incorporó en el sofá—. Y Nate...

— Sí, cuando se llevaron a Nate.

— ¿Cómo fue perderlo?

— Horrible. Estaba completamente sola... y preocupada, temía por Nate. Necesitaba protegerlo, se lo había prometido. Le fallé — respondió ella tratando de contener nuevas lágrimas que amenazaban con salir a la superficie.

— Nate estaba bien, lo adoptó una buena familia, tuvo una buena vida, Nina. ¿Eso te molesta?

— No, siempre quise que Nate estuviera a salvo, pero entonces, no lo sabía. No sabía que era feliz y estaba bien. Solo quería estar con él.

— Por supuesto. Pero, ahora ¿qué sentiste cuando lo supiste?

— Para ser honesta, algo de tristeza. No porque él haya sido feliz, sino, por no haber estado allí. Mi lugar era con él. Y que no me recuerde...

—Duele.

—Mucho. La última vez que lo vi, me invitó a pasar Acción de Gracias con su familia. Y pude verlo, pude ver lo que yo no tuve. Vi que era una extraña. Su relación con sus hermanas... eso rompió mi corazón.

—¿Qué te pareció su familia?

—Perfecta, una hermosa familia feliz, en la que no había cabida para mí. Y me di cuenta que lo perdí. Todos estos años, guardé la esperanza que él también me extrañara, que me buscara, pero no fue así. Él solo... me olvidó.

—Una parte de él, sí. Posiblemente haya olvidado su vínculo, pero la sangre recuerda, Nina. En el fondo, Nate sabe que eres su familia, y debería saber lo que hiciste por él.

—No, no quiero que recuerde nada de eso. Si lo olvidó, así es mejor.

—Pero, no es justo para ti. No tienes por qué cargar con ese peso extra.

—Estoy dispuesta a hacerlo. Nate merece una vida normal, feliz. Lejos del infierno. No le haré eso. Prométamelo, doctor. No se lo diré. No buscaré en sus recuerdos.

—De acuerdo, Nina, no lo haré.

Sexta sesión



Durante la semana, Paul se había reunido con el equipo completo de terapeutas de la clínica para discutir el avance de los casos. Les explicó a todos lo que estaba sucediendo con Nina y se emocionó al mostrar sus avances a través de las sesiones. Estaba absolutamente seguro de que Nina estaba en el camino correcto y la recuperación parecía más posible que nunca. Sobre todo, después de lo que habían discutido la sesión anterior.

Si bien, el caso de Sloan, era el más difícil que le había tocado tratar a lo largo de su carrera, también era el que más cerca estaba de su corazón. Sabía que no debía encariñarse con ningún paciente, pero le resultó imposible no sentirse cerca de ella, o incluso afectado por todo su pasado. Lo había charlado con Kate cada noche, y ella también empatizó con Nina y deseaba conocerla y que lograra sobrellevar su duro pasado.

Luego de la reunión grupal de personal, y de acordar nuevas pautas de tratamientos para sus pacientes, Paul se retiró a su despacho a esperar impaciente la nueva visita de Nina.

—Buenos días, doctor Smith —saludó Nina apenas entró.

—Buenos días, Nina, ¿cómo te encuentras hoy?

—Tranquila, creo que es como me siento —anunció ella mientras

tomaba asiento en su lugar habitual.

—¿Estás teniendo problemas para dormir? —Quiso saber su médico.

—No, la medicación ayuda bastante, solo que las pesadillas no se detienen.

—¿De qué se tratan?

—Por lo general, hay alguien que me persigue, siento que me espían, como si alguien estuviera a punto de atacarme, y entonces me despierto asustada.

—¿Sabes quién te persigue?

—Creo que es *Ella*, pero no estoy segura, no puedo verle la cara.

—Es una manifestación de tu miedo a que *Ella* vuelva a tu vida. Pero, Nina, debes enfrentarla, recuerda que *Ella* es solo una personificación de tus miedos, de tu pasado. No debes darle el poder de lastimarte, no más.

—Aún no puedo entender cómo la creé y por qué puede lastimarme. Sé que usted me dijo que es una parte de mí, pero no sé cómo detenerla. ¿Y si nunca se va realmente?

—Puede ser, lo que intentamos hacer con la terapia es integrar ambas personalidades, Nina, pero no siempre se consigue. Lo importante es aprender a convivir con ella, aceptar el pasado y sobrellevarlo. De esa manera, *Ella*, no podrá hacerte más daño.

—De acuerdo, doctor.

—¿Empezamos? —invitó él.

Luego de conseguir que Nina se hundiera en el estado hipnótico, Paul se acomodó en la silla y la observó por un buen rato mientras su respiración se iba volviendo más y más lenta y la calma la abordaba. Con su anotador en mano, comenzó a guiarla a través de sus recuerdos.

—De acuerdo, Nina, la última sesión hablamos de la señora Thompson. ¿Recuerdas qué pasó después de que te fuiste?

—Recojo mis cosas y me escapo... estoy caminando, hace frío y hay mucha nieve... tengo hambre, miedo y frío y no sé dónde buscar a Nate. Voy al hospital, pero nadie me presta atención. Soy demasiado pequeña y la gente apenas me mira. Utilizo el dinero que le robé a la señora Thompson para comprar comida, pero es poco y al poco tiempo me quedo sin nada.

>Me escondo cada vez que veo a la policía, no quiero que me lleven de regreso con esa vieja mala, prefiero tener frío en la calle... estoy detrás de un restaurante, hay una mujer rubia que siempre me lleva algo de comida, también me regaló una manta. Por la noche me escondo en el baño de una estación de servicio abandonada...

—Continúa en el tiempo, dime qué vez ahora —incitó Paul.

—Estoy corriendo, las piernas me arden y el pecho me quema. Pero no me puedo detener, alguien viene detrás de mí... me va a agarrar.

—¿Quién te corre?

—Un policía, me grita que me detenga, que soy una sucia ladrona. Pero tengo hambre, yo solo quiero comer...

—Sigue un poco más adelante... —insistió.

—Estoy de vuelta en el hospital, hay una enfermera que me agrada,

huele a galletas de chocolate y siempre me sonrío. Finalmente, tomo valor y me acerco, le pregunto por Nate, ella me dice que va a intentar averiguar algo, pero al poco tiempo vuelve con otras personas, ¡Me mintió! Me van a llevar, no quiero ir con ellos. ¡No quiero!

— ¿Dónde estás ahora? ¿Qué edad tienes?

— Es una linda casa, está limpia y huele a flores... hay fotografías por todos lados. Me miro las manos y están limpias, yo lo estoy, y llevo ropa nueva, una preciosa falda de jean y una remera a rayas.

> La abuela Mae, es su casa... la puedo ver, está sentada en su viejo y floreado sofá, tejiendo. Me acerco despacio y le doy una taza de té frío. Ella sonrío, es agradable y nos trata bien...

— ¿No estás sola? —preguntó el doctor Smith.

— No, somos muchos... cerca de diez, todos de diferentes edades, alturas, color de piel... somos muchos.

— ¿Cuál es tu edad?

— Quizás unos once años... no estoy segura.

— ¿Te llevas bien con los otros niños? —Quiso saber Paul.

— Con algunos, sí. Está Steve, me recuerda a Nate, tiene su edad y es travieso e inquieto. La abuela Mae siempre está tratando de que se quede quieto. También me gusta estar con Jenny, ella es como de mi edad, pero está interesada en los chicos, yo no. No quiero estar con ellos.

— Sigue un poco más, Nina...

—*Jenny me pide que la acompañe a un lugar secreto, dice que la vamos a pasar bien, pero yo no quiero ir, pero ella me ruega que la acompañe, así que voy. Llegamos a un lugar en los muelles, está abandonado y huele muy mal, hay música muy fuerte y el aire huele a humo, me cosquillea la nariz y me recuerda al sótano. Comienzo a temblar, no puedo detenerme... no quiero estar allí, quiero irme, pero Jenny no me deja, me sujeta con fuerza por la muñeca... y... no, no soy yo, es Ella...*

>*Unos muchachos más grandes que nosotras se acercan, Ella lucha contra ellos, no quiere que la toquen... está enojada... yo... Ella...*

De repente, la postura de Nina cambia y su respiración también, se pone tensa y Paul sabe que está en la transición de una personalidad a otra. Cuando se sienta en el sofá y lo mira desafiante, no hay duda de que *Ella* es quien está en control en este momento. Paul se reclina en su asiento, adquiere una posición menos desafiante, necesita que *Ella* se sienta cómoda y no amenazada. Tiene que confiar en él, tanto o más que Nina.

—Bienvenida, *Ella*. ¿Cómo te encuentras? —preguntó tranquilamente.

—¿Cómo sabes que soy yo y no Nina? —dijo con gesto contrariado.

—He llegado a identificarlas muy bien.

—¿Crees que me conoces? ¿Qué conoces a la imbécil de Nina?
Ja ja ja, no tienes idea loquero...

—No tanto a ti, debo reconocerlo, aunque me gustaría hacerlo, si me lo permites, claro.

—El buen doctor quiere salvarnos... ya te lo he dicho, no hay salvación para nosotras. Estamos condenadas.

—Estás equivocada, ninguna de las dos merece todo lo que les pasó, no fue su culpa.

—En eso tienes razón, no fue mi culpa y no lo merezco, ella sí. Merece eso y mucho más. Y yo me voy a encargar de que lo sepa. ¿Qué has hecho? ¿Por qué no puedo salir más? —inquirió con hostilidad.

—Yo no he hecho nada, solo estoy aquí para escucharlas. Si Nina te hizo callar, fue ella, no yo. Ella es quien tiene el mando.

—Ja ja ja, Nina no es capaz de hacer nada por sí misma. Fuiste tú, y todas esas malditas pastillas que le das. Pero no importa, tarde o temprano voy a volver, siempre lo hago...

—¿Estás bien? Te noto nerviosa, ansiosa... —Apuntó Paul, quien no dejó pasar el cambio en su mirada, estaba asustada y lo

sabía.

—Para nada, tú no me asustas, nadie lo hace, yo no soy como ella, yo sé defenderme, lo sabes. —Se levantó de golpe y comenzó a pasearse por la sala, tocando todo a su paso.

—¿Te asusta que Nina pueda ver en tus recuerdos?

—No le temo a esa maldita desgraciada. ¿Qué crees que hará? Va a llorar, suplicar, y luego se va a esconder. Siempre lo hace...

—De acuerdo, digamos que tienes razón, ¿por qué lloraría? ¿Quieres contarme tú?

—No tengo por qué hablar contigo, loquero, no me interesa.

—Quizás... bueno quizás quisieras que alguien pueda escucharte, yo lo hago, estoy aquí para oírte, *Ella*. Dime qué sucedió en la bodega abandonada ¿por qué apareciste?

—Porque la maldita se escondió, como siempre... huyó.

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Me defendí, por supuesto. No dejé que me tocaran, que me hicieran daño.

—¿Cómo lo hiciste?

—Los mordí, los pateé, golpeé... y me dejaron ir, corrí lejos...

muy lejos.

—¿Volviste a la casa?

—No... me fui.

—Y ¿Nina?

—Nina estuvo escondida por mucho tiempo, no quería salir, así que yo decidí por ambas. No iba a volver, solo seguí caminando.

—¿Por cuánto tiempo?

—Mucho, hasta que me detuve.

—Cuéntame —insistió Paul.

—Solo seguí ¿de acuerdo? No recuerdo cuánto tiempo, pero la estación cambió y el calor se fue, las hojas comenzaron a caerse de los árboles. Comía lo que podía, robaba si tenía que hacerlo y dormía donde encontraba lugar. Siempre trataba de andar sola, no me gustan las personas, todas son iguales, todos quieren algo a cambio. Y de mí, no van a conseguir nada más que... un hueso roto.

—¿Qué pasó después?

—La policía me atrapó y me llevaron a una nueva casa, ahí conocí a Lysa, ella se suponía que nos cuidaba, pero lo único que quería era el cheque, nada más. Así que podía hacer lo que quería,

nadie me decía nada. A Lysa no le importaba nada más que su novio.

—¿Y siempre fuiste tú? ¿Nina no volvió?

—No, por un tiempo, solo fui yo. Me divertía con Lysa, era graciosa. Usaba demasiado maquillaje, siempre mostrando su brasier y con la falda tan corta que apenas podía agacharse. Siempre me pedía que le pintara las uñas de las manos de color rojo, porque a Ted le gustaba así.

>Pero a Ted también le gustaba yo... siempre me traía regalos, un dulce, una pulsera, cualquier cosa... y yo lo dejaba mirarme mientras me bañaba o cambiaba.

—¿Lo dejabas?

—Sí, era un trato justo. Él me daba cosas y yo lo dejaba mirar. Y Lysa no lo sabía.

—¿Por qué lo dejabas a él? ¿Te gustaba que te mire?

—Ted me amaba, a mí, no a ella. Me amaba a mí.

—¿Qué edad tenía Ted? —Siguió presionando Paul, cada vez más interesado.

—Era mucho mayor que yo. Olía a bosque, y siempre estaba

limpio, manejaba una auto rojo hermoso, un *Corvette*. Y me llevaba a pasear. Íbamos a la playa y le gustaba ponerme bronceador. Decía que mi piel era de porcelana y no quería que se dañara. Me cuidaba, me amaba y yo a él.

—¿Qué pasó con él?

—Un día, simplemente, se fue. Lysa lloraba por todos los rincones, me dijo que estaba preso, que la policía lo había llevado de su lado. Pero no era cierto, él era mío, no de ella.

—¿Cómo te hizo sentir eso?

—Ya basta, ¡me aburres! Eres tan aburrido y sonso como Nina...estoy harta de hablar contigo. Ya no me interesa.

—De acuerdo, dejemos de hablar de Ted. Cuéntame algo más. Qué más hiciste mientras tenías el control.

—¿Cuándo le haces el amor a tu mujer, piensas en Nina o en mí, Paul? —dijo con voz sedosa mientras se sentada en el sofá individual al lado suyo.

—Ya te dije que Nina no me interesa de esa forma, solo quiero ayudarla —rebatí el Dr. Smith mirándola a los ojos.

—No te creo, puedo ver que me deseas... lo noto.

—Te equivocas, *Ella*.

—Será nuestro pequeño secreto. No diré nada si tú no lo haces... —Juró mientras se ponía de pie, pasó una de sus manos por el cabello del doctor y se inclinó suavemente sobre él.

—Detente, *Ella*, no tienes que hacer esto. No es necesario, no conmigo.

—Vamos, solo déjate llevar. Te prometo que lo vas a disfrutar... —Se montó sobre sus piernas y atrapó sus muñecas contra los apoyabrazos y sin darle tiempo a reaccionar, lo besó.

El beso duró una respiración, el tiempo necesario para que Paul retomará el control y se zafara de su agarre. No fue violento con *Ella*, aunque estaba muy molesto por su reacción. Pero suavemente, la tomó por las muñecas y la alejó de su cuerpo.

—Lo que has hecho no está bien, *Ella*. No necesitas jugar conmigo. No quiero nada de ti, ni de Nina. La respuesta no debe ser el sexo. Entiendo que es lo que conoces. Pero no conmigo. No vuelvas a hacerlo.

—¡Eres un idiota! —gritó fuera de sí. No soportaba el rechazo, estaba acostumbrada a conseguir cualquier cosa que quisiera, cuando la quisiera. Y Paul no había caído en su juego.

—Quisiera que vuelva Nina, por favor —pidió con delicadeza.

—¿Y a mí qué me importa lo que quieras? —Estaba completamente cabreada, alcanzó el portarretrato que Paul guardaba sobre su escritorio y lo arrojó con fuerza contra una pared. El vidrio estalló en pedazos y el marco se partió.

—Nina, sé que puedes escucharme, estás ahí dentro y te necesito de vuelta —comenzó a decir Smith. No estaba seguro de que funcionaría, pero debía intentarlo. Quería probarle a *Ella* que solo era una transición y que la que tenía el verdadero poder era Nina.

—¡Imbécil! Esa maldita no regresará si no quiero.

—Estás equivocada, *Ella*. Es Nina quien manda, no tú.

—No sabes nada...

—Nina, regresa. Tú puedes hacerlo. Confía en mí. Toma el control, tú mandas, no *Ella*.

—¡Cierra la maldita boca!

—Hazlo, Nina. Vuelve. Encuentra tu luz. Eres fuerte, puedes hacerlo. —Paul seguía tan calmado como siempre. En cambio, *Ella*, cada vez estaba más y más enfadada.

—¡Que te calles, maldito imbécil! —*Ella* se acercó como una fiera hacia el doctor y comenzó a abofetearlo una y otra vez. Paul no se defendió, pero logró sujetarla por los brazos.

En ese momento, los ojos de *Ella* se cerraron de golpe y su cuerpo se relajó, quedó laxo en sus brazos, al tiempo que Paul la sujetaba para que no se golpeará. Su respiración cambió. Y Smith supo que Nina había conseguido recuperar el control, la transición había terminado.

Cuando ella se recuperó, recordó toda la sesión. Había estado como espectadora y pudo seguir la voz de Paul, hasta volver. Para el doctor Smith, era un gran paso. Le demostraba a Nina que podía controlar a *Ella* cuando quisiera, que no tenía por qué aguantar sus intromisiones. Le daba las herramientas necesarias para recuperar su vida.

Paul sabía que lo que había hecho era peligroso, si salía mal, la seguridad de Nina estaría hecha pedazos. Pero también contaba con su fuerza de voluntad, Nina era mucho más fuerte de lo que pensaba, y él creía en ella.

Séptima sesión



Durante la semana, Paul había decidido que era hora de poner a Marc y Jasper al corriente sobre lo que pasaba con Nina, quería incluirlos en una sesión familiar, y para eso necesitaban conocer qué era lo que estaba pasando con ella.

El doctor Smith le advirtió a Nina que debía comunicar su afección a sus seres queridos, que era parte del tratamiento. Al principio, ella se mostró renuente a mostrar cada parte de su mente, pero con paciencia, Paul finalmente la convenció.

Esa semana, citó a Jasper y Marc para hablar a solas con ellos. Ambos llegaron juntos, la tensión se sentía en el aire. Pero el doctor estaba tan tranquilo y seguro como de costumbre. Cuando todos estuvieron sentados, comenzó lentamente a explicarles.

—Gracias a los dos por venir. Es muy importante para el tratamiento y la recuperación de Nina que ambos se comprometan en esto y estén al tanto de lo que ocurre. Si no los cité antes, es porque quería estar absolutamente seguro del diagnóstico de Nina —explicó Paul.

—¿Y ahora lo está? —preguntó Marc inclinándose hacia adelante.

—Cien por ciento seguro que estamos en el camino correcto.

Nina ha mostrado grandes avances y, más que nunca, creo que podrá controlar su enfermedad de ahora en más —prosiguió.

—Pero ¿no se curará? —Esta vez, era Jasper, su gesto mostraba un interés muy profundo y una preocupación genuina.

—Por lo general, los trastornos mentales no tienen cura, pero sí tratamiento. Lo que intentamos es darle a Nina las herramientas necesarias para sobrellevar su enfermedad.

—Y ¿cuál es su enfermedad? ¿qué sucede con ella? —volvió a preguntar Jasper.

—Trataré de explicarles de la mejor manera posible, pero deben saber que lo que sucede con Nina es bastante severo.

>En sus primeros años de vida, Nina sufrió de distintos y constantes abusos, tanto psicológicos como físicos y sexuales, sobre todo por parte de sus padres. —Confesó Paul con cuidado. Estaba sumamente atento a la reacción de ambos hombres. Marc de inmediato escondió su rostro entre sus manos y sollozó en silencio. En cambio, Jasper, se puso rojo de ira.

—¿Sus padres? —preguntó Marc con la voz temblorosa.

—Entre otros adultos, sí.

—¿Otros? —Esta vez era Jasper, su enojo era palpable incluso en su voz.

—Por lo que hemos averiguado en las sesiones de hipnosis y retrospectión, sus padres no solo abusaban de ella, sino que permitían que otros depredadores sexuales lo hicieran por una buena suma de dinero, y la filmaban, para después vender esos videos a otros

—explicó el doctor. Aún le costaba decirlo en voz alta. No podía entender el grado de depravación y maldad con el que Nina tuvo que lidiar a tan corta edad.

—Eso es... —la voz de Marc se quebró—... no tengo palabras. Mi pobre niña...

—Nina apenas recordaba algunas cosas, fragmentos inconclusos que no podía entender y que no sabía si eran reales o no. La única forma de llegar a ellos fue a través de la hipnosis. A la cual ha reaccionado mejor de lo que esperábamos.

—¿Ahora lo recuerda? —preguntó Jasper entre dientes.

—Sí. Ha conseguido dilucidar gran parte de su pasado. Aunque me temo, que hay mucho más que aún no conocemos.

—¿Más? ¿qué más le pudo haber pasado a mi niña? —Marc no lograba reponerse.

—Fueron muchos años de distintas formas de abuso. No solo por parte de sus padres y sus clientes. Con la muerte de ellos, llegaron nuevas calamidades que tuvo que sufrir, entre las cuales, está la separación de Nate.

—¿Todo eso es lo que causó que intentara suicidarse? —Volvió a hablar su novio.

—Sí y no. —El doctor Smith tomó una gran bocanada de aire, antes de continuar—. Una de las consecuencias de estos abusos fue que intentara escapar de su realidad y, la única forma que su mente encontró para hacerlo, fue crear un alter ego, alguien que le permitiera escapar de los abusos, para que Nina no los recordara o los sufriera.

—No entiendo, doc., hable más claro. —La paciencia de Jasper estaba al límite.

—El diagnóstico de Nina es de Trastorno de Personalidad Disociativa, depresión crónica y cierto grado de esquizofrenia. Aunque de lo último no estamos del todo seguros. En otras palabras, personalidad múltiple.

>Su mente, para protegerla, creó una personalidad completamente opuesta a Nina, a la que conocemos como “*Ella*”. Fue *Ella* la que sufrió la peor parte de los abusos, por eso Nina no podía recordarlo. Para mantener la individualidad de cada personalidad, la mente crea distintas conciencias. Como sucedería con dos personas diferentes.

—No... no lo entiendo —admitió Marc.

—Son dos personas distintas, está Nina, que es dulce, amable, melancólica. Y luego está *Ella*, que es agresiva, combativa y autodestructiva. Son personalidades opuestas y separadas. Por lo general, estas personalidades se turnan para tomar el control del cuerpo. Lo que hace distinta a Nina, es que, en su caso, no solo *Ella* toma el control de Nina, sino que interactúa con ella. Lo que nos llevó a pensar en la esquizofrenia. Pero como es un caso muy poco habitual, hay distintas posturas, quizás sea una forma de esquizofrenia, quizás otra forma de interacción entre los alter.

—¿Quiere decir que hemos podido interactuar con “*Ella*”? — interrumpió Jasper conmocionado. En su mente, estaba tratando de diferenciar ambas personalidades, y todo parecía encajar. De repente

pudo ver con claridad cuando fue *Ella* la que estaba con él y cuando era Nina.

—Seguramente, el problema con el trastorno de Nina es muy grave, ya que *Ella* quiere hacerle daño. La culpa de todo lo que ha tenido que vivir. Nina decía la verdad cuando dijo que no había intentado quitarse la vida, fue *Ella*. No Nina.

—Por Dios... —Marc estaba cada vez más desolado al pensar en todo lo que Nina tuvo que pasar en su corta vida.

—Sé lo difícil que es escuchar y tratar de entender todo esto. Pero la parte positiva, es que Nina está respondiendo muy bien al tratamiento. Y el objetivo principal es la integración de ambas personalidades, que Nina conozca y acepte su pasado para poder superarlos. En el caso particular de Nina, también está tomando antipsicóticos, con lo cual *Ella* dejó de hacerse presente ante ella. Aunque no impidió que tome el control de su cuerpo en algunas sesiones, particularmente traumáticas.

—Pero... ¿algún día va a estar bien? —preguntó Jasper, que apenas podía luchar con la enorme ira que sentía.

—Eventualmente, va a poder integrar a *Ella* a su vida y tendrá las herramientas para luchar en contra de la imposición de la personalidad y de su depresión. Pero el tratamiento es largo y la enfermedad de por vida... tendrá que pasar el resto de su existencia en terapia y con algunos medicamentos. Pero tengo una fe enorme en que podrá tener una vida normal.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarla, doctor, cuente conmigo —aseguró Marc. Estaba dispuesto a abandonar todo,

incluso su trabajo, con tal de ayudar a Nina.

—Igual yo, no abandonaré a Nina en este momento. Mis sentimientos por ella no han cambiado. Aún la amo —aseveró Jasper. Las ansias por abrazar a su mujer lo quemaban por dentro, daría cualquier cosa por borrar el pasado de Nina y evitarle tanto dolor y sufrimiento.

—Eso es fantástico, necesitará de todo el apoyo de su entorno. De hecho, quisiera que tengamos una sesión familiar. En la que estén los tres juntos. Pero debo advertirles, que puede ser una experiencia muy difícil y traumática.

—Eso no importa. —Acordaron ambos a la vez.

—De acuerdo, la próxima semana, le diré a mi secretaria que les avise del día. Si necesitan hablar antes conmigo, o si quieren que les recomiende algún especialista que los ayude a pasar por esto, no duden en solicitármelo.

Ambos de despidieron de Paul, con un abrazo y un enorme agradecimiento. Sabían que Nina había encontrado el aliado que necesitaba en él. Y que el doctor Smith había salvado su vida, en más de una forma.

Octava sesión



Al día siguiente de la reunión que Paul tuvo con Marc y Jasper, fue el turno de Nina. Necesitaban seguir con la retrospectiva.

Cuando Nina entró en la habitación, Paul se sintió aliviado al ver lo arreglada que estaba, el estar cuidando de su imagen, era un claro síntoma de que le importaba. Ella lo saludó con una sonrisa, y esta vez, sus ojos también sonrieron.

—Me alegra verte tan bien, Nina —admitió un emocionado Paul mientras se acomodaba en su sitio.

—Me siento bien —respondió ella al tiempo que tomaba asiento.

—¿Qué tal tu semana?

—Estuve pintando, cada vez se me da mejor y es un buen pasatiempo. Me relaja.

—Me encantaría ver alguno de tus trabajos, si quieres, claro.

—Seguro, ¿la próxima sesión?

—Perfecto. ¿Qué tal tus compañeros?

—Con algunos tengo más relación que con otros, pero supongo que es lo normal ¿no?

—¿Qué es “lo normal”?

—No lo sé... lo que hace la gente normal.

—Tú eres normal, Nina, solo tienes una mente que funciona de otra manera. Pero eso no te convierte en anormal.

—De acuerdo, Doc... soy binormal —dijo riendo de su propia broma. Paul no pudo evitar contagiarse de su buen humor y acompañó la carcajada.

—Binormal, es un buen término, lo propondré en el próximo congreso de psiquiatras —bromeó Smith.

—Solo si me da el crédito.

—Todo tuyo, Nina. ¿Lista para la hipnosis?

—Cuando quiera.

Ambos comenzaron con la transición y cuando el cuerpo de Nina se relajó por completo sobre el sofá, Paul comenzó a guiarla.

—Háblame de cuando escapaste del hogar de acogida por última vez, Nina —sugirió el doctor.

—*Tengo unos trece o catorce años, creo... estoy cansada de estar de un lugar en otro, de la gente, de todo. Solo quiero alejarme, comenzar de nuevo. Así que me voy. Tomo las pocas cosas que tengo y vivo en un pequeño cuarto apestoso por unas semanas. Pero no puedo conseguir trabajo, soy muy joven aún, y nadie quiere contratarme. Así terminé viviendo en la calle.*

—¿Dónde? —apuntó Paul.

—*Donde puedo... a veces en una estación de metro, a veces en alguna*

banca de plaza. Algunas veces tengo suerte y consigo que me acepten en un refugio, ahí hay una mujer mayor que me deja pasar algunas noches, ducharme y me da ropa limpia.

— *¿Fue cuando Marc te encontró?*

— *Un tiempo después, sí. A veces la gente de los restaurantes me da algo para comer, pero la mayoría de las veces, busco en cestos de basura o robo para comprar algo de comida. Intento robarle a Marc, lo veo subir en su precioso auto y me animo. Pero él se defiende y es cuando me ofrece un trato.*

— *¿Cuál era el trato?*

— *Comida y techo a cambio de trabajo justo. Y acepto. Al principio pienso que es como el resto, que quiere algo de mí. Pero Marc es distinto. Solo intenta ayudarme. Pero no puedo confiar del todo en él. Por las noches, que es cuando él está en la casa, me encierro bajo llave en la habitación. Pero él nunca intenta entrar... Marc es diferente.*

— *¿Qué te hizo cambiar?*

— *Él. Su forma de ser, me cuenta de su familia, me habla de su trabajo y comienzo a ir a la oficina a ayudarlo. Me hace estudiar, voy a la escuela, tengo maestros que me ayudan y me gusta aprender cosas. Siempre me gustó. Aún recuerdo que miraba a las modelos, todas se veían tan hermosas y seguras... y es cuando le pido trabajar con él.*

— *¿Qué edad tenías?*

— *Dieciocho años. Unas mujeres me arreglan, me visten, peinan y maquillan. Luego un fotógrafo me toma cientos de fotografías, Marc está conmigo en todo momento. Y me siento bien, segura. Sé que él me cuida.*

—Muy bien, háblame de tu trabajo. ¿Cómo te hace sentir? ¿Te gusta ser modelo?

—*Al principio me da mucha vergüenza, pero Marc no permite que haga ninguna foto en ropa interior, así que de a poco voy trabajando con diseñadores importante. Comienzo a viajar por el mundo, amo viajar, conocer lugares nuevos, ver a la gente. Siempre miro a la gente... pero Ella, me acompaña todo el tiempo, y es difícil no escucharla. Siempre habla cuando estoy trabajando, me dice cosas horribles...*

—¿Cómo qué?

—*Que soy una prostituta, que me vendo por dinero, que la gente solo quiere estar cerca de mí porque soy bonita. Que no valgo nada...* —Sollozó con pesar.

—¿Le crees?

—*Sí, es cierto. Lo probó muchas veces. Siempre tiene razón.*

—No, no la tiene. No todo el mundo quiere una parte de ti, Nina. La gente que te conoce sabe que eres una gran mujer, alguien fuerte, una luchadora.

—*No, eso no es cierto. Soy una cobarde, Ella lo sabe. Sabe la verdad... Tengo miedo... siempre tengo miedo.*

—¿De qué?

—*Del mundo, de la gente, de la oscuridad...*

—¿Cuál oscuridad?

—*La mía. Sé que hay partes oscuras de mí. Y me da pánico estar ahí. No puedo salir. Siento que me absorbe, que me arrastra...*

—*Todos tenemos algo de oscuridad dentro. Pero lo importante es no dejarse vencer por ella. Saber que está ahí, pero es tu decisión dejarla salir o no.*

—*No puedo, yo... no puedo hacerlo.*

—*Quiero que intentes algo. Cuando sientas que la oscuridad te absorbe, quiero que recuerdes que, dentro de ti, también hay luz. Hay una hermosa persona, que ama y es amada. Que merece cosas buenas, que merece ser feliz. Y que no está sola. ¿Puedes intentarlo?*

—*Lo intentaré, doctor. Lo prometo.*

—*Quiero que me cuentes de las drogas. ¿Cuándo fue la primera vez que las probaste?*

—*No lo recuerdo bien, pero sí recuerdo que es la primera vez que Marc no puede viajar conmigo. Estoy en París, en la semana de la moda. Amo París, me encanta estar allí. Estoy en una fiesta con otras modelos, fotógrafos, gente de la moda... me siento, intento pasar desapercibida, no soy muy buena para interactuar con los demás. Pero él se me acerca...*

—*¿Quién?*

—*Renné, es el dueño de una discoteca muy conocida en París... se sienta conmigo y comenzamos a hablar. Me hace reír, él me ofrece un poco de lo que está tomando, es champaña, creo. Y me da una pastilla, dice que me quitará la vergüenza y me hará feliz. Así que la tomo.*

—*Háblame de Renné.*

—Lo veo cada vez que estoy en Francia, lo visito. Tiene un hermoso piso con vista al parque de los príncipes. Cuando estamos juntos, bebemos mucha champaña y tomamos las pastillas azules. Él las llama “le petit bonheur” la pequeña felicidad...

—¿Cómo te hacía sentir?

—*Feliz, divertida, sin preocupaciones... desinhibida. Renné es muy apasionado, siempre me regala ropa interior hermosa y sensual y me hace desfilas para él, me saca fotos... creo que me ama, pero Ella me demuestra que es mentira. Solo quiere mi cuerpo, como todos...*

—¿Cómo te lo demostró?

—*Me dice que no le avise que estoy en la ciudad y que aparezca en la disco. Y lo hago. Ella indica que veré la verdad, que yo solo soy una más de sus conquistas, que nadie jamás me amará, que Renné no lo hace. Y es cierto. Llego y lo veo en su mesa favorita, tiene a una modelo que yo conozco sentada en sus piernas y besa su cuello. Luego le susurra algo al oído y veo cómo le da algo en la boca y luego la besa apasionadamente, como lo hace conmigo.*

—Renné era un mal hombre, Nina. Se aprovechó de ti, pero no todos los hombres son iguales. Hay personas buenas y malas.

—*Siempre conozco a las malas, doctor.*

—¿Seguiste tomando esas pastillas?

—*Por un tiempo, sí. Luego consigo algo más. Algo que me hace más feliz y me da energía. Descubro que puedo trabajar más, no necesito dormir, y tampoco tengo hambre. Yo quiero ser la mejor modelo de Marc, necesito que esté orgulloso de mí. Así que empiezo a usarla cada vez más. Ahí aparece*

Leigh.

—¿Quién es Leigh?

—Otro hombre que jamás me amó, que solo me usó. Lo conozco en Londres, es modelo, igual que yo. Es precioso, tiene los ojos azules más increíbles que vi. El cabello negro como la noche y es muy alto y atlético... nos conocemos en un desfile, los dos trabajamos para un famoso diseñador. Nos gustamos apenas nos vemos. Y cuando nos encontramos en el lobby del hotel, pasamos la noche juntos. Leigh lleva tiempo consumiendo cocaína, así que me ofrece y yo accedo. Pero estar juntos... es una mala idea, lo sé de inmediato. Somos una mala combinación.

>Como fuego y pólvora... y siempre todo explota cerca nuestro. Nuestras peleas son intensas, nuestro amor es intenso. Todas las emociones parecen estar sobredimensionadas. Con él, hago cosas que jamás pensé que haría.

—¿Cómo qué?

—Me pongo muy ansiosa, los celos me queman por dentro. Odio estar lejos de él, hablamos a diario cuando no estamos juntos, pero Leigh me lleva al borde continuamente, y solo encuentro un poco de alivio al lastimarme a mí misma. Es como dejar escapar el dolor. Y mi consumo de drogas, se desata. No hay nada que no esté dispuesta a hacer por conseguir más. Un poco más. Utilizo todas las armas a mi alcance, mi sensualidad, mi belleza, mi cuerpo... el sexo. Lo que sea a cambio de un poco de calma. Todo comienza a desmoronarse. Ahí es cuando Marc me lleva a una clínica por dos semanas.

—¿Por qué lo hizo?

—*Se da cuenta que estoy mal. He adelgazado mucho, estoy en muy mala forma, apenas hablamos, yo me la paso trabajando y cuando tengo tiempo libre voy a visitar a Leigh. Y todo se pone peor. Nos peleamos mucho, y entonces un día, lo encuentro con otra mujer en su departamento. Ella me lo ha advertido, una vez más, tiene razón. Discutimos y él me golpea. Demasiado, demasiado fuerte, y yo me desmayo del golpe. Cuando despierto, estoy en la calle. Con la ropa ensangrentada y muy aturdida. Luego me entero que yo también lo he lastimado. Llamo a Marc y va a buscarme. Después me lleva a la clínica y, cuando salgo de allí, no vuelvo a ver a Leigh. Marc me lo ha hecho prometer.*

—¿Qué pasó después?

—*Conozco a Jasper... y todo cambia. Al principio no quiero salir con él. Estoy cansada de los hombres, cansada de que solo me usen. Cansada de escuchar a Ella decirme, una y otra vez, que nadie jamás me va a amar. Pero Jasper no se da por vencido y finalmente acepto.*

—Cuéntame de Jasper.

—*Jas... Jas es especial. Es el amor de mi vida, él me ayuda a dejar atrás muchas cosas. Desde el principio es distinto. Nunca me apura para dormir conmigo. Yo le he dejado en claro que necesito tiempo, estoy harta de las decepciones. Y él lo acepta. Pasan unos meses hasta que tenemos intimidad, primero nos conocemos, aprendo a confiar en él. Ni siquiera escucho a Ella, aunque está empeñada en decirme que es igual que todos, pero yo puedo ver que está equivocada. Jasper es distinto.*

—¿Sabes que te ama?

—Eso creo. Aunque a veces me resulta difícil creerlo. Pero me demuestra que me quiere, que se preocupa por mí. Además, Ella lo odia, así que supongo que es cierto. Me ama, tanto como yo a él.

—Entonces ¿por qué insistes en dejarlo?

—Porque lo amo. Y no quiero lastimarlo.

—¿Por qué lo harías?

—No, yo no. Nunca. Pero Ella... lo odia, dice que, si no me alejo de él, acabará con su vida. Que yo soy como una infección, que cuanto más tiempo pase junto a él, más daño le hago. Que él merece ser feliz, con alguien que pueda darle algo, y esa no soy yo. Eso es cierto. No tengo nada que ofrecerle. Me lo quitaron todo...

—No, Nina, tienes mucho que ofrecer. No debes permitir que tu pasado te quite tu futuro. El presente está en tus manos. Nadie puede quitarte nada, no les des ese poder. La gente que te hizo daño, que abusó de ti, te quitó la inocencia, la confianza, la fe en ti misma y en los demás. Pero no tiene por qué ser así. Tú puedes cambiar eso. Solo debes creer en ti misma, creer que mereces ser feliz y que te amen.

—No quiero que Ella le haga daño. Prefiero alejarme de Jasper, si eso lo mantiene a salvo. Puedo estar lejos de él, pero no soportaría saber que algo le pasó por mi culpa.

—*Ella* no tiene ningún poder real, es solo un alter, una faceta de tu personalidad que respondió al estrés post traumático. Pero es parte de ti, cuando entiendas eso, *Ella* no tendrá por qué seguir apareciendo.

—¿Y si no puedo?

—Sé que puedes hacerlo, pero no lo harás sola. Yo te ayudaré, y también están Marc y Jasper. Ellos se preocupan por ti, te quieren y están dispuestos a ayudarte. Solo debes dejarnos.

Cuando la sesión terminó, Nina volvió a prometerle a Paul que intentaría utilizar las técnicas que él le había enseñado, para vencer la oscuridad que sentía dentro suyo y de la que, en otro momento, era víctima. El doctor Smith se quedó satisfecho de sus avances. Estaba seguro que Nina estaba lista para mostrarle a su familia, todas las partes de su pasado.

Novena sesión



Esa semana Paul, había decidido que estaban listos para una sesión familiar. Así que citó a Marc y Jasper. Nina se les unió. Cuando cada uno tomó asiento, el doctor sugirió que Nina se sentara sola, en un sillón individual al lado suyo, y ambos hombres en el sofá grande.

—Antes que nada, quiero agradecerles que hayan venido, es muy importante para Nina que ustedes estén aquí, con ella, acompañándola y demostrándole cuanto la quieren —dijo Paul con su serena y reconfortante voz.

—Te amo, Nina, siempre estaré a tu lado —aseveró Jasper mientras tomaba la mano de ella.

—Tu camino es el mío, pequeña —agregó Marc con sentida emoción.

Los ojos de Nina se llenaron de lágrimas, podía ver con total claridad el cariño que ambos hombres sentían por ella. Por primera vez en su vida, lograba ver realmente lo que estaba frente a sus ojos. Sin la intrusión de *Ella*, ni sus comentarios desgarradores.

—Gracias. —Fue todo lo que pudo decir sin romper en llanto. Estaba segura que sería una sesión demasiado intensa.

—Bien, Nina, yo ya he puesto a Marc y Jasper al tanto de tu situación. Pero me gustaría que hablemos de ello, todos juntos.

Quisiera que tú les expliques quién es *Ella*.

—De acuerdo... —Nina respiró profundamente y buscó un requisito de valor para comenzar a hablar—. Cuando era pequeña, mis padres abusaron de mí, de todas las formas posibles. Yo solo quería escapar, así que *Ella* apareció. Al principio era como una amiga, alguien que me ayudaba a no sentirme tan sola... pero luego, algo cambió.

>Gracias a las hipnosis, pude saber que *Ella* había ocupado mi lugar, para lidiar con los abusos, por lo cual, yo no estaba consciente de nada. Toda mi vida tuve que lidiar con su presencia. La veía, hablaba con ella, pero, sobre todo, la escuchaba. *Ella* me odia, me culpa por todo lo que le pasó. Y tiene razón, yo la traje, yo hice que fuera ella quién sufriera. Pero ahora lo entiendo. Siempre fui yo. *Ella* y yo somos la misma persona.

—Entonces, ¿quién es *Ella*, Nina? —preguntó Paul con seguridad. Estaba asombrado de lo que estaba haciendo Nina.

—*Ella* soy yo. Es una parte de mí. —aceptó Nina, las lágrimas cayeron sin reparo de sus ojos, su respiración se aceleró y comenzó a sudar. Sentía como su corazón golpeaba con fuerza contra su pecho. Y de repente, un enorme peso la abandonó.

Paul se puso alerta, notó de inmediato el cambio en su postura, sintió la tensión que se apoderaba de Nina. Y pudo palpar el enorme dolor que la consumió durante toda su vida.

—¿Nina? Respira profundamente, dentro y fuera... largo, quiero que intentes relajarte. Recuerda que estás a salvo. Aquí solo hay gente que te quiere. —Le recordó Paul con tranquilidad.

—La estoy sintiendo, la escucho en mi cabeza. Está enojada, muy furiosa. Grita muy fuerte —declaró Nina tapando sus oídos. Dentro suyo, la voz de *Ella*, tomaba más y más fuerza. Sus gritos la ensordecieron. Pero no lograba distinguir con claridad qué decía.

—Nina, recuerda que tú tienes el control, no *Ella*. Ella es solo un huésped, tú decides quien está al mando. Solo tú. Puedes hacerlo. Quiero que resistas, que rechaces su intromisión. *Ella* no tiene lugar aquí. No más.

Jasper sentía una enorme necesidad de ayudarla, de protegerla. Instintivamente, se inclinó hacia Nina, en un gesto claramente protector. Sin siquiera pensarlo, tomó sus manos con cariño y apretó sus dedos temblorosos.

—Amor, tú puedes hacerlo. Es a ti a quien amo, a quien pertenezco. Y tú a mí —dijo con dulzura. Paul lo miró fijamente, su gesto lo tomó por sorpresa, pero no interrumpió.

—No, no puedo... no puedo hacerlo —dijo finalmente, un segundo antes de cerrar sus ojos, justo cuando su cuerpo pareció dejarse ir. Y de repente su postura cambió.

Paul notó de inmediato que *Ella* estaba entre ellos. Su espalda se irguió, abrió de golpe los ojos, y su mirada se ensombreció. Apretó la mandíbula y miró con desprecio a Jasper. Y en un movimiento brusco, quitó sus manos de entre las suyas.

—No te atrevas a tocarme, imbécil —gruñó con rabia— ¿Crees que realmente te ama? Esa cobarde no puede amar, está rota, no hay nada allí para ti. Ya deberías saberlo. ¿Acaso eres ciego? ¿Cuántas veces debe decirte que te alejes?

—¿*Ella*? —preguntó Jasper sorprendido. Marc estaba atónito. Por primera vez, veía claramente la enfermedad de Nina, y el dolor y la impotencia lo abrumaron.

—Vaya... finalmente te das cuenta... ¿Quieres saber la cantidad de veces que engañaste a Nina conmigo? Puedo contártelas una a una. Eres un idiota, jamás notaste que era yo. Pero lo admito, fue divertido —dijo *Ella* con malicia y ese tono burlón y desagradable que siempre usaba.

—¿Qué quieres, *Ella*? ¿Qué haces aquí? —interrumpió Paul con determinación. Sabía que debía ser duro con *Ella*, demostrarle que no le temía.

—¡Tú! —Sin mediar más palabra, se abalanzó sobre el doctor Smith, con tanta fuerza que el sofá en el que él estaba sentado cayó hacia atrás con ella encima suyo. Sus manos se aferraron a la garganta de Paul con fuerza bruta.

Jasper y Marc saltaron al tiempo de sus asientos. Jasper tomó a *Ella* de la cintura y la quitó de encima del médico. Marc aferró sus manos, que luchaban por continuar con su cometido. La miró firmemente a los ojos, con toda la severidad que un padre regaña a su hijo.

—¡Basta, *Ella*! —Sentenció. Y cómo si alguien hubiera apagado un volcán en erupción con un balde de agua, *Ella* dejó de luchar.

Paul se incorporó y quedó anonadado de la interacción de Marc y *Ella*. Jasper aflojó un poco su agarre cuando notó que *Ella* se relajaba. Se rendía. Marc tomó su rostro con manos cariñosas y habló con dulzura.

—Sé que te han hecho daño y que no fue justo. Nadie merece pasar por lo que tú y Nina pasaron, pero no fue su culpa, de ninguna de las dos. Tú eres mi hija tanto como Nina, las amo por igual. Por favor, no hagas esto. Debes detenerte —dijo entre lágrimas Marc.

El doctor Smith no era capaz de moverse o formular una oración. Había presenciado muchas veces el encuentro de un familiar con un alter. Y nunca, en todos sus años de trabajo, alguien había reaccionado como Marc lo hacía. Sin reproches, sin ira. Solo amor. Un amor paternal capaz de detener al alter más violento que le había tocado conocer.

—No me conoces, no sabes nada de mí —siguió *Ella*. Que era claro que estaba luchando por no demostrar lo que realmente sintió cuando Marc le habló.

—Por supuesto que te conozco. Te he visto muchas veces, solo que no sabía que eras tú. Ahora lo sé. E igual te amo como antes. Para mí son la misma persona, mis hijas, las pequeñas a las que amo y por las que daría la vida sin pensarlo. Si pudiera borrar tu pasado, el de ambas, lo haría, pero no puedo. Lo que sí puedo hacer, es prometerte que siempre me tendrás para cuidarte, para protegerte y quererte, *Ella*. A ambas. Pero debes perdonar a Nina —continuó Marc.

—No... yo no... No puedo hacerlo —admitió *Ella*, el fuego de sus ojos se extinguía poco a poco. Paul estaba embelesado siendo testigo.

—Claro que puedes perdonarla, necesitas perdonarte. No fue tu culpa. No fue tu culpa. —repetía Marc, apoyó su frente en la de *Ella* y lentamente comenzó a abrazarla. Al principio, ella se rehusó, pero finalmente se dejó vencer. Dejó caer sus brazos a ambos costados de

su cuerpo, respiró profundamente y cerró los ojos y sus brazos también lo aferraron.

Pasó un buen rato de absoluto silencio, Paul no era capaz de alejar sus ojos de ellos, estaba pendiente de la reacción de *Ella*. Y Jasper no sabía qué hacer. Por lo que decidió alejarse y darles espacio.

Marc se separó de *Ella*, ella abrió sus ojos y Paul supo de inmediato que era Nina.

—No la escucho —dijo asombrada. En su mente no había ninguna otra voz que la suya, y ningún otro pensamiento invasivo.

—¿Nina? —preguntó Marc con asombro.

—Sí, gracias. Yo, yo lo siento.

—No tienes por qué disculparte, pequeña —respondió Marc apretando su mano con cariño.

—A ti también, Jasper, lo siento tanto... —anunció girándose hacia él—. Gracias por no darte por vencido conmigo. Lamento todo lo que tienes que pasar. Y comprendo si no quieres seguir...

—Shhh. Tú eres mi mundo, mi lugar es contigo. Te amo, Nina —contestó su novio. La abrazó con fuerza por un buen rato y luego le depositó un tierno beso en los labios.

—¿Te encuentras bien, Nina? —preguntó Paul volviendo en sí.

—Sí, siento que un enorme peso me abandonó. Y ahora solo hay silencio. ¿*Ella* se fue?

—No, no lo creo. Pero estoy seguro que saber que Marc la considera su hija y la ama, ayudó. Quizás ahora sea más cooperativa y

menos agresiva. Pero la integración va a llevar más tiempo.

Luego de que la sesión concluyó y Paul y Nina se despidieron de sus acompañantes, el doctor Smith le preguntó a Nina si quería algún calmante, el que ella rechazó.

Décima sesión



En la semana, Paul y el equipo médico de la clínica se reunieron como cada mes para ver el avance de sus pacientes y comentar sus casos.

El doctor Smith les comunicó de los grandes avances de Nina y su camino a la recuperación. El asombro fue evidente en cada uno de sus colegas, que mostraban el mismo entusiasmo que él. Entre todos, decidieron que era momento de que Nina dejara la internación y siguiera con su terapia, pero de forma ambulatoria con el doctor Paul.

Solo le quedaba una sesión de por medio, y Smith estaba dispuesto a considerar el alta, si ella estaba de acuerdo.

Cuando Nina llegó a su despacho, se veía como una joven de veintitrés años, con toda la vida por delante. Paul no pudo evitar sonreír de oreja a oreja. Estaba asombrado de los grandes avances de su paciente y de su compromiso para recuperarse. No quedaba rastro de la muchacha que ingresó al hospital con un colapso y con su vida en completo caos.

—Me alegra muchísimo verte tan bien, Nina. ¿Cómo te sientes?

—Muy tranquila. Sola... —respondió ella con alivio.

—Sola, ¿pero no en soledad?

—Exacto.

—¿No has vuelto a escuchar o ver a *Ella*?

—No, nada. Solo estoy yo. Eso es bueno ¿verdad?

—Por supuesto. Pero no quiero que te decepciones si vuelve a aparecer. Tu enfermedad es algo con lo que vas a tener que aprender a vivir por siempre.

—Lo sé, doc. Pero es bueno el silencio.

—Por supuesto que sí.

—Y ¿qué me dices de tus emociones?

—Me siento menos ansiosa, más tranquila. Y la semana pasada, sucedió algo que nunca antes había notado.

—¿Qué cosa? —Quiso saber Paul.

—Noté el amor. Me di cuenta del cariño de los demás por mí. Antes no podía verlo, era como si una neblina me cegara. Por más que me lo decían, no lo creía, no lo veía. Solo podía ver... rechazo.

—Y ¿ahora?

—Ahora lo vi. Vi en los ojos de Marc mucho más amor del que merezco. Vi en Jasper todo lo que siente por mí.

—Amor que mereces y que es correspondido.

—Ahora lo sé. Sé que es posible que me amen, a pesar de todo. Incluso luego de ver a *Ella*, y saber todo mi pasado, aun así, es posible el amor.

—Amar significa aceptar al otro, pero primero hay que aceptarse

y amarse a uno mismo. Y tú lo estás haciendo. Dime algo ¿cómo te ves en cinco años, Nina?

—Feliz, en una casa de campo en las afueras de Francia, viviendo con Jasper. Con Marc yendo a visitarnos. Me veo paseando por unas hermosas fincas, disfrutando de la vista y el aire libre.

—Algo distinto a tu anterior respuesta ¿lo recuerdas?

—Sí, doc.

—¿Te sientes lista para enfrentar al mundo, Nina?

—¿A qué se refiere?

—Sí estás de acuerdo, quisiera darte el alta. Por supuesto, eso no quiere decir que estás curada. Solo que confío en que te di las herramientas necesarias para que sigas por ti misma. Con mi apoyo y el de tu familia.

—¿Dejar la clínica?

—Sí. Seguiríamos teniendo nuestras sesiones, una vez a la semana, pero ya no aquí, en mi consultorio particular.

—Yo... no lo sé. ¿Cree que estoy lista? —Un enorme pánico se instaló en Nina. De repente, se sintió indefensa, asustada.

—Tranquila, no tienes que decidirlo ahora. Tomate unos días para pensarlo. Lo que sí podemos hacer es trazar un plan ¿eso te dejaría más tranquila? —Paul notó el cambio en Nina y decidió quitarle peso a su decisión.

—Eso creo —respondió aliviada.

Juntos, acordaron que Nina volviera al trabajo, pero de a poco.

Sin viajes al extranjero, solo a nivel local y nacional. También le proporcionó una acompañante terapéutica para el trabajo, alguien capacitado, que la acompañara mientras estaba trabajando. También idearon una rutina que le proporcionaba a Nina momentos de calma. Consistía en ejercicio físico por la mañana. Y por la tarde, clases de pintura particulares. Acordaron que se verían cada miércoles a última hora de la tarde para seguir con la terapia.

Un médico, amigo de Paul, se ocuparía de que su salud siguiera en buen camino; y un nutricionista, de que se alimentara saludablemente. Juntos redactaron una carta que enviarían a la prensa, donde se explicaba la salud de Nina y que se encontraba con el acompañamiento correspondiente. De esa forma, ella no debía tener que lidiar con la presión y el acoso de la prensa.

Y, por último, Nina aceptó vivir con Jasper nuevamente. De esa forma, siempre estaría segura, por si *Ella* regresaba de forma violenta, aunque Paul confiaba en que eso no sucedería. Por otra parte, era fundamental que siguiera estrictamente sus medicamentos, que la ayudarían con la depresión, la ansiedad, y evitarían cualquier brote psicótico.

A final de la semana, Nina, acompañada de Marc y Jasper, se despidió del personal de la clínica y de sus compañeros.

Cada vez que alguien abandonaba el recinto, se le realizaba una pequeña fiesta de despedida, donde no faltaba un exquisito pastel, los adornos en las paredes y sodas para todos. Entre abrazos y palabras reconfortantes, se despidieron.

Paul



El día finalmente se termina, es hora de volver a casa y disfrutar de un rato en familia. Mientras me dirijo a mi hogar, no puedo evitar sentir una mezcla de emociones. Por un lado, estoy aliviado de que Nina finalmente haya dejado la clínica, pero por otro, siento una enorme ansiedad de que se encuentre por su cuenta en un mundo que no está dispuesto a ayudarla, por el contrario, una nueva caída, será un buen titular.

La prensa dedica tanto tiempo a las especulaciones sobre su salud, y han dicho tanta porquería sobre ella..., solo espero que el comunicado que armamos calme un poco las aguas y le dé el espacio que necesita para continuar con su recuperación.

Ni bien estaciono, noto la pequeña cabeza de mi hija asomarse por la ventana, su sonrisa se ensancha e ilumina mi camino, alza su pequeña mano y me saluda entusiasmada. Sonrío complacido, esta es la mejor parte de mi día.

—Hola, papi —saluda mi niña echándose a mis brazos con seguridad, sabe que jamás la dejaré caer. La abrazo con cariño, escondo mi rostro en su suave cabello y dejo que la tensión me abandone.

—Hola, preciosa, ¿qué tal tu día?

—La maestra dijo que soy la mejor de la clase y me pidió que cuidara al señor bigotes —responde sonriente y me señala la mascota de la clase, un peluche en forma de conejo hecho de diferentes retazos de colores.

—Es una enorme responsabilidad, te felicito, cariño —aliento con un beso en su frente. La dejo en el suelo con cuidado, me deshago de mi chaqueta y portafolio, me quito la corbata de camino a la cocina y aflojo los primeros botones de mi camisa.

Siento un enorme cansancio, no tanto físico, más mental que otra cosa. Estos meses han sido absolutamente desgastantes, al punto de afectar mi vida familiar como nunca antes. Pero por suerte, la peor parte terminó, o al menos eso espero.

—Hola, campeón —saludo con cariño a mi hijo al tiempo que le revuelvo el cabello al pasar, pero como de costumbre, no me presta atención. Está sumergido en ese maldito aparato que parece una extensión de sí mismo.

—Esto se tiene que detener. Este comportamiento es inaceptable.
—Le confieso a mi esposa. Ella, sin mirarme, continúa revolviendo lo que sea que prepara sobre la estufa.

—Quizás si su padre le dedicara un poco de su precioso tiempo, para llevarlo al parque o ir a algún partido de béisbol, dejaría esa cosa —responde con rudeza. Nuestra relación nunca estuvo más tensa.

—Nina ya abandonó la clínica. Todo vuelve a la normalidad, Kate. Dame un respiro —suplico mientras le dejo un tierno beso en el hombro descubierto.

—Eso espero, Paul, las cosas necesitan cambiar. No puedo seguir

así, yo tengo un esposo que debe ocuparse de su familia. Este no era el trato.

—Lo sé, lo siento. Me daré una ducha —adviento encaminándome a la escalera.

Me duele ver a mi familia tan distante, se han acostumbrado a la vida cotidiana sin mi participación. Y la peor parte, es que yo también.

La ducha consigue aliviar un poco la tensión de mi cuerpo, pero no consigue sacar los pensamientos de mi mente. Quisiera saber si Nina se está adaptando bien a la vida cotidiana. Pero no me corresponde llamarla para averiguarlo. Debo ser paciente y esperar nuestra sesión. Si me necesita, confío en que me busque. Necesita su espacio y aprender a lidiar con su nueva realidad. No puedo hacer nada más por ella. Incluso, aunque quisiera.

De vuelta a la sala, me siento junto a Beth para ayudarla con sus deberes. Kate me alcanza una cerveza fría, que acepto de buen gusto. Me tomo un segundo para inspirar con fuerza, el delicioso aroma de la cena inunda la estancia.

—¿No tienes deberes que hacer, Macon? —cuestiono.

—Ya los hice solo —responde sin siquiera voltear a verme.

—Tráelo para que los revise.

—Quizás luego.

—Ahora, Macon. —Se levanta sin ningún entusiasmo, deja ese maldito aparato y me entrega su cuaderno con desgano.

Mientras Beth realiza las cuentas por sí sola, ojeo el cuaderno de mi hijo mayor. Es tan inteligente que a veces me abruma, pero su falta

de interés y atención, vuelven todo un desafío cualquier tarea.

De inmediato, noto la descuidada caligrafía, la falta de precisión en los límites de las hojas, y los pequeños garabatos a los costados. Como una gran parte de los niños de nuestra sociedad, Macon sufre de *ADD* (Desorden de déficit de atención), y hay que prestarle especial atención a cada cosa que hace. Llego al final del cuaderno para encontrarme con uno de sus dibujos. Me quedo sin aliento al verlo. Es un verdadero artista, aunque jamás haya asistido a una sola clase de arte. Giro el cuaderno para verlo en su totalidad, parece un mural, de fondo se puede ver un retrato de la ciudad, las sombras y las luces son increíbles, y todo es en blanco y negro. Por delante, los rostros de distintos niños, claramente de distintas etnias. Y por encima, justo en el comienzo del cielo una frase. **“No soy distinto a nadie”**.

—Macon, ven un segundo por favor. —Solicito aún con asombro.

—¿Está mal? —pregunta confundido. Jamás se equivoca en una tarea y lo sabe.

—¿Qué es esto? —pregunto señalando el dibujo en su cuaderno.

—Una tontería —dice restándole importancia y tratando de recuperarlo de inmediato.

—Es una verdadera obra de arte. ¿Lo hiciste tú?

—Es solo un pasatiempo, ya dámelo.

—Es mucho más que eso, está claro que tienes mucho talento. — Miro por encima de mi hombro y veo a Kate sonreír satisfecha, al

observar la obra de su hijo.

—¡Macon eso es hermoso! —Felicita ella y le deja un beso en la coronilla.

—No es nada. Por favor. —Vuelve a pedir, esta vez estirando su mano hacia mí.

—Es realmente bueno, Macon. ¿Te gustaría estudiar arte?

—No.

—Pero ¿te gusta dibujar?

—Sí.

—¿Podemos dejar las monosílabas? ¿No preferirías tener alguien que te enseñe? Podemos buscar un buen maestro, quizás enviarte a una escuela diferente, donde incentiven tu lado creativo.

—¿Cambiar de escuela?

—Quizás, si quieres claro.

—Sí —responde con notado alivio.

—Bien, buscaré opciones ¿de acuerdo?

—Bien —sentencia, recoge sus cosas y se va.

Me entristece enormemente ver que esté tan distante de mí. Cuando era pequeño, me seguía a todas partes, le encantaba estar conmigo. Ahora apenas si me responde con monosílabos. Y es mi culpa, lo sé.

La cena es tranquila, Kate me cuenta un poco de su día, de la última reunión de maestros a la que tuvo que asistir “sola”, recalca. Y

de los progresos de los niños. Me advierte que la maestra de Macon volvió a enfatizar la falta de interés y el aburrimiento que sufre mi hijo en clases.

Mientras mi esposa lava los trastes, subo a acostar a mis hijos, arropo a Macon y le dejo un beso en la frente, pero él apenas si me dedica una mirada.

— Buenas noches, hijo. — Me despido.

Con Beth, me tomo el tiempo de leerle un cuento, ella apoya su cabecita sobre mi pecho y escucha atenta hasta que el sueño se apodera de ella. Por último, la arropo y me dirijo a la sala, en donde encuentro a Kate disfrutando de una copa de vino mientras ojea un libro.

— ¿Una buena historia? — pregunto sentándome a su lado en el sofá y tomando el mando a distancia de la televisión.

— No realmente, no logra engancharme.

— ¿Ves una película conmigo?

— De acuerdo, por qué no. — Cierra el libro y lo deja en la mesa baja, se acomoda a mi lado, pero no me toca.

— Kate, siento mucho lo de estos últimos meses. Lamento haber estado tan ocupado. Te lo compensaré, lo prometo.

— Paul, sé que amas tu trabajo, una de las razones por las cuales me enamoré de ti fue por tu amor y dedicación a tu profesión. Tienes una mente curiosa y brillante. Pero...

— Lo sé, fue demasiado.

—Quizás, sean mis celos, pero... ¿Por qué Nina? ¿por qué te obsesiona tanto su caso?

—Necesito ayudarla, tengo que creer que alguien como ella tiene una oportunidad. Lo necesito. Esa niña ha sufrido tanto en su corta vida... nadie debería pasar por lo mismo.

—¿Sientes algo por ella?

—Sí, compasión, empatía, cariño. No soy un robot, Kate, lo sabes. Mis pacientes me importan.

—Nina en particular.

—Si supieras el infierno por el que tuvo que pasar, y las consecuencias de ello..., tú también te encariñarías con ella. Y verías que no es más que un cariño fraternal.

—Es una mujer hermosa... —agregó. Sus celos me sorprenden, Kate no es el tipo de persona insegura.

—Es una niña asustada, que necesita ayuda y que la merece.

—De acuerdo, Paul, fingiré que estás siendo honesto y que te creo.

—Haremos lo siguiente. Ahora mismo no voy a hablar con mi esposa Kate, necesito el consejo profesional de la doctora Smith.

—digo, abocando su título de psicóloga, es la única forma en la que puedo contarle todo sobre Nina sin romper el privilegio médico-paciente.

Y lo hago, le cuento absolutamente todo, su pasado, su presente y lo que espero para su futuro. Kate no puede evitar llorar a medida que escucha mi relato. Cualquiera sentiría lo mismo y

reaccionaría de la misma manera al saber el infierno de la vida de Nina. Pero una madre, una mujer, una hija, mucho más.

—Siento haber sido tan injusta contigo y con Nina. Ahora lo entiendo, lo lamento. Fui irracional.

—Los celos son irracionales, lo sabes.

—Lo lamento. Estoy orgullosa de ti, has manejado un caso extremadamente difícil, de la mejor manera posible. Y los avances... vaya, deberías publicarlo.

—No sin su consentimiento.

—Si se lo preguntas, seguro accederá.

—Es un tema muy sensible, Kate, no estoy seguro de que sea apropiado. Sobre todo, dado que Nina es tan famosa. Si alguien descubriera que se trata de Nina Sloan...

—Podrías ayudar a muchas personas Paul, lo sabes.

—Lo pensaré, lo prometo.

Esa noche volvimos a dormir abrazados, como lo hicimos desde el día que nos casamos, y como no lo hicimos en los últimos caóticos meses. Estuve tan abstraído con Nina, que descuidé a mi familia, mi vida. Y mi mujer me lo reprochó cada noche que no llegué a la cena, cada vez que no le di las buenas noches a mis hijos, y cada una de las ocasiones que no dormí a su lado.

Mi único consuelo es saber que las cosas de ahora en más, volverán a la normalidad. O al menos, eso es todo lo que espero, por mi bien, el de mi familia y el de Nina.

A la mañana siguiente, me despierto de un humor inmejorable, salgo a correr, para comenzar el día con energía, y luego del desayuno en familia, dejo a los chicos en la escuela y me voy al hospital.

Aprovecho los ratos libres entre pacientes y rondas para investigar algunas escuelas especializadas en arte, y encuentro dos potenciales que me interesan. Me decido por visitarlas en mi próxima tarde libre.

De camino a mi consultorio particular, medito sobre Macon. Cuando comenzó el kínder, fue cuando su comportamiento comenzó a llamarme la atención. Mi primera impresión era alguna forma de autismo, pero mis colegas, lo desestimaron, sus funciones sociales no coincidían con el espectro. Pero ahora, las dudas vuelven a embargarme. Tendré que prestarle más atención, ver qué está sucediendo con su vida, para tener un mejor panorama.

—Buenas tardes, doctor Smith —saluda mi secretaria Lily.

—Buenas tardes, Lily —correspondo—. En un segundo estoy con usted, señor Robbin —aviso a mi paciente. Aún me queda un largo día por delante.

Nina



—Bienvenida de vuelta a casa, amor —dice Jasper abriendo la puerta de nuestro departamento en *Tribeca*.

—Es bueno estar de vuelta. —Miento. Estoy aterrorizada de volver a la vida normal.

Una cosa es estar en la seguridad de la clínica, donde estoy controlada y me siento acompañada. Sé que Jas me cuida y me protege, pero aun ronda por mi mente el fantasma de *Ella*, y no estoy segura de que se haya ido del todo, ni siquiera Paul lo sabe. Me ha advertido, que la integración toma tiempo, y que existe la posibilidad de que *Ella* vuelva. Y si es así, temo por la vida de Jasper y también por la mía. Pero no puedo admitirlo en voz alta, eso será darle motivos a mi novio de preocupación, y Jasper ya ha tenido suficiente con qué lidiar conmigo.

Dejo mis maletas a un costado y me tomo un segundo para disfrutar de la hermosa vista, recorro con la mirada la gran entrada, la amplia y abierta cocina y la sala. Mi último recuerdo vívido de este lugar, es la discusión con *Ella*, pero luego están los recuerdos de ella, que ahora puedo ver, pero aún no se sienten propios. Es tan extraño poder verte a ti misma haciendo algo que no recuerdas. Y esa sensación, de que se trata de alguien más, que eres un espectador y que no te corresponde saber, me hiela la sangre.

Pero, por otra parte, sabes que eres tú, ahora lo entiendo, siempre fui yo, incluso cuando era *Ella*. Pero todo es una enorme confusión en mi cabeza que trato de poner en orden.

Cuando la ansiedad comienza a escalar en enormes proporciones, cierro los ojos, respiro profundo y recuerdo las palabras de Paul.

<<Tú eres la que manda, siempre has sido tú. Eres fuerte, puedes con esto>>

Me lo repito como un mantra, hasta que la tranquilidad me envuelve.

—¿Qué quieres cenar, amor? —pregunta mi novio llamando mi atención y cortando el lazo con mi interior. Agradezco en silencio la intromisión. Pasar demasiado tiempo en mi mente, es peligroso.

—¿Pizza? Me encantaría una de pepperoni y una cerveza. ¡Mi reino por una cerveza! —bromeo y él sonrío.

—Lo que su majestad ordene —responde siguiéndome la corriente.

—Voy a tomar una ducha mientras tanto —adviento y desaparezo por el pasillo hasta nuestro dormitorio.

Apoyo una de las maletas sobre el reposapiés de la cama, tiene mis objetos personales, busco los de aseo y me dirijo al baño privado que acompaña nuestro dormitorio. Comienzo a quitarme el maquillaje y me pierdo un minuto en la imagen que me devuelve el espejo.

Es tan extraño verme en este momento. La niebla que cubría mis ojos desapareció y cada día es como si me viera por primera vez. La

imagen que tenía de mí misma era muy diferente a la que veo ahora. La realidad es distinta a mi realidad irreal. Antes, solo podía ver oscuridad, a *Ella*, y no a mí. Pero ahora, solo estoy yo.

Dejo que el agua tibia y placentera recorra mi cuerpo, mis manos transitan cada centímetro de mi piel, siendo absolutamente consciente de cada parte de mí. Ya no se siente un cuerpo extraño, uno que no conozco, uno que no me pertenece.

Rebusco en el armario por algo de ropa fresca, el cálido clima no nos abandona, incluso cuando estamos en principio de septiembre. Me decido por unos leggins negros y una sudadera clara. Dejo que mi cabello se seque al aire y me reúno con Jasper en la sala.

Lo veo acomodar la mesa baja con la pizza y las cervezas. Aún no puedo entender por qué se quedó conmigo durante todo este proceso, pero sin duda, es el mejor hombre que conozco. Lo normal, sería que huyera tan rápido como le fuera posible de una mujer problemática como yo. Alguien con quien el futuro es tan incierto, como la lotería.

—Eso huele a paraíso. —admito, se me hace agua la boca.

—Sus deseos son órdenes, majestad —bromea una vez más, y me vuelve a regalar su más sincera y tierna sonrisa. Mi mundo se tambalea cada vez que sonrío. Su sonrisa y su forma despreocupada de ser, fue lo primero que me enamoró de él.

Me siento a su lado, y me ofrece un trozo de pizza, que disfruto como si fuera mi primera y última comida. La cerveza suda frío y no pierdo un instante en beber un gran sorbo. Llevo meses sin hacerlo y deseaba un momento de delicioso y culposo placer.

—¿Netflix? —pregunta divertido y asiento porque tengo la boca demasiado llena para hablar.

Nos decidimos por ver “*Vikings*”, una de mis series favoritas y que he abandonado. Pasamos una hermosa cena juntos, y la comodidad y tranquilidad de estar en casa y con el hombre que amo me transporta a una nube de la que no me quiero bajar. Pero el miedo es tan constante que me impide respirar con normalidad. Necesito hablar con Paul, lo pienso por un segundo, ¿llamarlo o no? Y es justo cuando me doy cuenta de que estoy por mi cuenta, que tengo que aprender a lidiar conmigo misma.

—Estoy agotada, creo que mejor me voy a la cama. —Le comunico a Jasper que esta despatarrado a mi lado.

—Fue un largo y extenuante día, sí, será lo mejor —concuerta.

Comienzo a desvestirme para ir a dormir y siento las manos de Jas en mi cintura, él está en mi espalda y me abraza con cariño mientras deja un reguero de besos en mi cuello, nuca y hombros. Siento su respiración agitada en mi cabello y la piel se me eriza. Es nuestra primera vez, la primera de verdad, una real. Donde soy absolutamente consciente de mí y de él. Y el pánico hace mella en mí y comienzo a temblar.

—Tranquila. No tiene que pasar hoy, amor. Tenemos todo el tiempo del mundo —dice para tranquilizarme, pero sé que no es cierto. No sé cuánto tiempo tenemos, cuánto tiempo durará la paz, el silencio...

—Te deseo, Jas, en serio. Solo que...

—Está bien, lo entiendo. Solo dormiremos abrazados —asegura

mientras deja un dulce beso en mi cuello y se aleja.

<<No debo dejar que el miedo me paralice, soy fuerte, puedo con esto>> me repito en mi interior, respiro profundamente unas cuantas veces y cuando abro los ojos, Jas ya está metido en la cama y acomodando las almohadas bajo su cabeza. Me meto dentro, y me acerco a su cuerpo, el calor que emana su piel me quema, y el deseo se abre paso sin reparo. Me subo a ahorcadas sobre él y se sorprende de mi reacción, pero enseguida se recompone y me aferra por la cadera con fuerza. Me quito la sudadera por la cabeza y el brasier la acompaña. Sus manos acarician cada centímetro de piel que encuentra al descubierto, apoyo mis manos en su duro pecho y lo beso como nunca antes. Al principio es dulce y amoroso, pero pronto la pasión nos gana y se vuelve terrenal, salvaje, desesperado. Y en un segundo, somos todo fuego, y lo siento recorrer mis venas. Nos perdemos en nuestro encuentro, en el deseo.

Y sí, se siente como una primera vez, pero no solo una primera vez con él. Sino, como la primera vez que hago el amor, la primera vez en ser entregada, y no poseída por nadie. Y cada célula de mi cuerpo parece explotar cuando el clímax nos alcanza.

—Te amo, Nina —declara entre mis labios y tomándome con ambas manos el rostro, su mirada se pierde en la mía. Y por un segundo, somos uno.

—También te amo, Jasper —respondo con lágrimas en los ojos.

La luz de un nuevo día me despierta, giro sobre mi misma, pero no encuentro a Jasper por ninguna parte y el terror me sobresalta. Me enderezo en la cama, mi respiración se agita y mi pulso se dispara.

—Buenos días, amor. Quería sorprenderte —dice con una sonrisa mientras entra en la habitación cargando una bandeja con desayuno para dos.

Cierro los ojos y normalizo la respiración, <<*debo dejar de ser presa del miedo, soy fuerte, puedo con esto*>> me repito. Pero no consigo creérmelo. Sonrío para tranquilizarlo, porque se quedó inmóvil en la puerta.

—Buen día —saludo finalmente. Desayunamos juntos en la cama, charlando de todo y nada.

Al finalizar, tomo una rápida ducha y separo la ropa que está para lavar de la limpia. Me toma un tiempo acomodar mis cosas en el armario y en el resto de la habitación. Para cuando llega el mediodía, tengo la lavadora puesta y cada cosa en su lugar. Busco a Jasper por la casa y lo encuentro en la habitación de huéspedes, que además funciona de oficina, está sumergido en su trabajo. Trato de no hacer ruido y me acerco sigilosamente, miro por encima de su hombro y veo lo mismo que él.

—Jasper, esto es hermoso —digo sobresaltándolo, no había notado mi presencia.

—¿Te gusta? —pregunta sorprendido.

—¿Gustarme? No, lo siguiente. Es maravilloso ¿cuándo tomaste estas fotografías?

—Te lo he querido decir hace tiempo, pero dejé la revista. Ahora trabajo por mi cuenta.

—¿Cuándo? —Me sorprende que haya dejado el trabajo por el

que cualquier fotógrafo mataría. Pero sé que este es su sueño, su verdadero sueño.

—Al poco tiempo que tú... bueno, de que ingresaste al hospital.

—¿Elena?

—Algo así.

—Dímelo, quiero saberlo.

—Me dio a elegir, y nos elegí a nosotros. Después de todo, me hizo un favor, era hora de dedicarme a lo que realmente amo.

—Lo siento —digo, porque no soy capaz de mirarlo a los ojos. Sigue renunciando a cosas por mí.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver contigo?

—Esto es mi culpa... yo, lo siento tanto.

—Bueno, no deberías. No es tu culpa, es mi elección y tú eres mi mundo, Nina. Además, lo sabes, siempre quise exponer. Es hora.

—De todas maneras...

—No, basta, Nina. No tiene nada que ver contigo, es mi decisión —sentencia, se pone de pie y se acerca a mí. Me sujeta por los brazos con delicadeza y me besa con ternura.

—Quisiera pasar por la agencia, quiero hablar con Marc de volver al trabajo —explico.

—¿Volver a trabajar? Nina, no creo...

—Tranquilo, Paul y yo planeamos todo con cuidado —interrumpo. Su gesto cambia en un segundo.

— ¿Paul y tú?

— Sí, el doctor Smith, mi terapeuta.

— Entiendo, y de ¿qué se trata ese plan?

— De ir de apoco, de no abrumarme. No viajaré, solo será de forma local, algo pequeño, para mantenerme ocupada.

— De acuerdo, pero si sientes mucha presión...

— Lo dejo, lo prometo.

— Bien, te acompaño. — Me informa y nos ponemos en marcha.

Me detengo justo en la entrada del enorme edificio, tratando de absorber lentamente el mundo exterior del que ahora soy plenamente consciente. Cada sensación, es un nuevo descubrimiento, como si viera el mundo por primera vez a través de mis propios ojos. Como si la bruma que me rodeaba hubiera desaparecido.

— ¿Estás segura? — pregunta Jasper preocupado.

— Sí, solo quería un momento. Vamos.

Saludo a las recepcionistas y me dirijo directamente a la oficina de Marc, nadie me detiene, nunca me anuncio. Golpeo suavemente la puerta de su despacho y la voz de Marc me da permiso. Ni bien abro la puerta, lo veo sentado en su escritorio, lleva un hermoso traje gris plata y su mirada también me sonrío cuando me mira.

— Hola, pequeña, bienvenida de vuelta —saluda, mientras se pone de pie y rodea la mesa para llegar hasta mí. Nos fundimos en un abrazo.

Ya no siento renuencia a abrazarlo o verlo como mi padre. Sé

que él no tiene nada que ver con mi progenitor. Marc jamás me haría daño, él me ama, como a su propia hija, del modo en que los padres deben amar a sus hijos.

—Hola, Marc. Es bueno estar de vuelta.

—Jasper ¿cómo te encuentras?

—Bien, Marc, gracias.

—¿Pensaste en mi propuesta? —pregunta a mi novio al tiempo que me guía hasta el sofá de cuero negro que descansa al costado de la oficina y hace las veces de sala.

—¿Qué propuesta? —interrumpo intrigada.

—Marc me ofreció trabajar de forma permanente con él. No tiene mucha fe en mi trabajo —aclara Jasper con una sonrisa.

—Estás equivocado, sé lo talentoso que eres, por eso te quiero en mi empresa.

—Te lo agradezco, Marc, de veras. Pero ya dejé la moda atrás.

—Bien, si cambias de opinión...

—Serás el primero en saberlo.

—Y tú, cariño, ¿cómo estás? —pregunta tomando mi mano con afecto.

—Bien, adaptándome a la nueva realidad. Todo parece... nuevo.

—Tómalo con calma ¿de acuerdo?

—Claro.

Mientras bebemos unos cafés, le cuento de mis planes, los que

organicé con Paul, y él accede de buena gana a ponerme a trabajar. Sé que lo único que le interesa de mi regreso es que esté cerca suyo, pero no digo nada. Nos despedimos con un nuevo abrazo y nos marchamos.

Paul



—Lo esperamos pronto Dr. Smith. —Se despide el director del instituto de arte en el que acabo de inscribir a Macon.

Me siento aliviado, además de ser una gran escuela, tienen un excelente programa creativo, que espero incite a mi hijo a asistir con más entusiasmo a la escuela, haga nuevos amigos y sea mucho más feliz.

Mientras viajo de camino a mi consultorio particular, mi teléfono móvil suena, me detengo a un costado y respondo. El número es desconocido, pero con mi profesión, nunca se sabe.

—Doctor Smith —saludo de inmediato.

—Soy Nina, doctor. Lamento molestarlo, pero realmente necesito hablar con usted, por favor. —Su voz me alerta de inmediato, sé que está en medio de una crisis y mis instintos se ponen a trabajar.

—Hola, Nina, ¿dónde estás?

—En mi casa.

—¿Estás sola?

—Sí, Jasper tuvo que salir.

—Muy bien, Nina, voy para allá, tranquila. Estaré en unos minutos, mientras tanto, dime. ¿Qué sucede? —pido mientras pongo

el “manos libres” y me pongo en marcha.

—Tengo mucho miedo, he tratado de mantenerlo bajo control, pero el pánico me invade de golpe... lo siento, Doc., sé que le estoy fallando.

—No, Nina, no lo haces. A mí no me tienes que demostrar nada. Además, estas pidiendo ayuda. Cuéntame a qué le temes.

—Sé que está allí, escondida, temo que esté planeando algo, algo que yo no puedo ver. Puedo sentirla acechándome, vigilando y yo...

—¿La has vuelto a ver?

—No, tampoco la puedo escuchar, pero de alguna forma, sé que está ahí. Es como si estuviera respirando detrás de mi nuca y tengo miedo, mucho miedo.

—¿Miedo a qué? ¿Qué crees que vaya a hacer?

—Temo por Jasper. Tengo miedo de que lo lastime, que le haga algo.

—Pero ahora Jasper no está allí ¿verdad?

—No, no está.

—Entonces no puede hacerle nada, Nina.

—Pero va a volver.

—Estás anticipándote a los hechos, *Ella* aún no ha vuelto, no hay nada que temer, y Jasper está lejos. El miedo que sientes es infundado. Intentas controlar algo que ni siquiera está pasando. Estas ahogándote en un estado de ansiedad irreal. —Le explico mientras aparco en la entrada de su edificio, por suerte estaba muy cerca de *Tribeca*. Tomo el

teléfono y sin cortar la comunicación, me bajo del automóvil e ingreso al edificio—. Apartamento 12B —indico al portero al tiempo que le enseño mi identificación profesional. Él asiente y camino hasta el ascensor.

—¿Cómo detengo esta sensación, Paul? No puedo vivir con este miedo constante... es demasiado, no lo soporto.

—Siempre nos preocupa y atemoriza lo que no podemos controlar. Debes dejar de pensar en lo que podría pasar y concentrarte en lo que está sucediendo, Nina. —El ascensor se detiene en su piso y, en unas cuantas zancadas, me encuentro frente a su departamento—. Estoy aquí, abre la puerta.

—Siento haberte molestado. —Saluda con una disculpa y un rostro congestionado por la vergüenza y el terror. Su estado me asombra, está claramente aterrorizada.

—Soy tu terapeuta, estoy siempre disponible para ayudarte —respondo al tiempo que apago el móvil y lo meto en mi bolsillo.

—¿Quieres algo de beber? —Ofrece, puedo ver que refriega una mano contra la otra.

—Te agradezco, ven, siéntate, trata de relajarte.

—Estoy todo el tiempo, ansiosa, nerviosa... intenté todo lo que me enseñaste, pero...

—¿Estás tomando las medicinas?

—Sí, pero es tan diferente estar fuera de la clínica.

—Por supuesto, acá no estás tan contenida, el camino va a ser difícil, Nina, pero no es imposible. Lo has hecho muy bien, debes

seguir confiando en ti misma. Dime algo, cuando Jasper está contigo, ¿sientes el mismo temor?

—Sí y no.

—Explícame —pido sujetando una de sus manos, y ella detiene el temblor de su cuerpo de inmediato.

—También tengo miedo cuando él está, pero cuando se fue... todo fue peor. Comencé a pensar en todo lo que podría pasar, en cómo *Ella* podría hacerle daño...

Lo entiendo de inmediato, estar sola disparó sus miedos, y se concentró en el pensamiento de forma obsesiva. Dándole más dimensión de la que realmente tiene.

—¿Qué hiciste cuando el miedo comenzó?

—Intenté racionalizarlo, pero no pude, cada vez que lo pensaba, veía más probabilidades de que todo salga mal, no encontré solución.

—Te estancaste en un pensamiento obsesivo Nina. Eso es lo que tenemos que tratar. No el miedo en sí. Puedes sentir temor, es lo normal, las personas tienen miedo, siempre. A muchas cosas diferentes, pero si te obsesionas con ese pensamiento, se convierte en una bola de nieve, que no se detiene, solo se agiganta.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta impaciente. Lo primero es calmarla, mostrarle lo irracional de su miedo.

—Cierra los ojos, respira lentamente, dentro y fuera, desde tu estómago —indico y repito una y otra vez, hasta que noto que su cuerpo comienza a relajarse—. Siempre hablas del sur de Francia, imagina que estás allí, encuentra un lugar pacífico, donde te sientas

segura.

—Es un viñedo que visité una vez... era hermoso, un campo enorme, mucho verde... el olor dulce de la uva, el ruido de la naturaleza...

—¿Hace calor?

—Sí, pero no excesivo, la brisa es fresca, pero el sol calienta suavemente mi piel.

—¿Qué haces allí?

—Me quito los zapatos y camino por la hierba, está algo húmeda, como si el rocío la hubiera bañado.

—Parece un lugar precioso.

—Lo es... es mi lugar en el mundo —dice con una sonrisa, la ansiedad se esfuma.

—Ahora abre los ojos, Nina. —Lo hace. Su rostro está más calmo, el temor ha abandonado su mirada, y su mandíbula está relajada—. Cuando un pensamiento invasivo y corrosivo se apegue a ti, quiero que cierres los ojos, respires lentamente y viajes a tu lugar especial. Allí nada puede lastimarte, nada te asusta ¿de acuerdo?

—Sí, Doc.

—Ahora, el miedo que sientes al regreso de *Ella*, es normal, pero no debes permitir que te controle. No puedes manejar algo que no ha pasado. Debes enfrentar las cosas en su momento, cuando sucedan. No preocuparte por lo que podría pasar.

—Es difícil hacerlo.

—Por supuesto que sí. Y no hay certezas de que no vayan a suceder, o de que *Ella* no vuelva, pero no está en tus manos ¿verdad?

—Sí.

—Lo que sí está en tus manos es dejar ir esos pensamientos, pasar demasiado tiempo analizando las cosas, no nos lleva a nada bueno. Y debes recordar que tú eres la que manda, no *Ella*. Tú puedes detener su invasión.

—Yo puedo controlarla, lo sé. Gracias Paul, por haber venido, por ayudarme...

—Para eso estoy. ¿Estás bien?

—Sí, ahora sí.

—De acuerdo ¿te veo en dos días en el consultorio?

—Ahí estaré. Gracias otra vez.

—No olvides tus medicamentos. Llámame si me necesitas, no importa la hora.

—Lo haré. —Nos despedimos.

Luego de abandonar la casa de Nina, paso el resto del día en la clínica de recuperación, como cada semana, con mis pacientes habituales. Y cuando la tarde comienza a caer, al tiempo de mis energías, vuelvo a casa.

Mis suegros nos acompañan a cenar, y luego de acostar a los niños y despedir a los padres de Kate, ambos nos metemos a la cama.

— ¿Estás seguro de que es lo mejor? — pregunta mi esposa con su dulce mirada, mientras sus manos distribuyen la crema sobre su piel.

— Tengo la esperanza de que las cosas mejoren para él.

— ¿Y la nueva escuela lo hará posible?

— Eso creo, sí. Nuevos maestros, nuevos amigos. La oportunidad de hacer algo que le gusta...

— Espero que tengas razón.

— Yo también, Macon está feliz.

— Sí, por primera vez en... Dios, no lo sé. ¿Meses? ¿años?

— La peor parte es saber que siempre estuvo frente a nuestros ojos y no pudimos ver el problema.

— Tú sí.

— No lo suficiente.

— Ahora comienza su tratamiento, Macon estará bien — dice esperanzada.

Cuando le pedí a mi colega, el doctor Pratt, que viera a mi hijo, tenía la esperanza de que me diga que estaba en un error, que solo veía fantasmas. Pero su diagnóstico confirmó lo que siempre sospeché, Macon tiene el espectro del autismo. Un tipo de autismo muy funcional, más semejante al Asperger. Pero ahí está y ahora debemos lidiar con ello toda su vida. Cambiarlo de colegio, es lo mejor. Y Pratt, que es especialista en Autismo y Asperger, nos recomendó esa escuela. Un lugar donde se sienta contenido, aceptado y lo ayude a desarrollar sus puntos conflictivos y enfocar su energía

en sus pasiones.

—Sí, lo estaré, lo sé. —Acuerdo finalmente y la abrazo en la cama.

—Buenos días, doctor Smith. ¿Cómo está la familia? —Saluda la enfermera Louis, al pasar por frente de su estación.

—Bien, Louis. ¿La tuya?

—Mis nietos son tremendos, pero adorables. —Sonrío y sigo mi camino.

Luego de las rondas y revisar los nuevos ingresos, y a nuestros pacientes, doy instrucciones al personal y comienzo a revisar las historias clínicas.

Pero, de repente, aparece una alerta en la pantalla de mi computadora.

“¿Cuánto tiempo durará esta vez?”

Sugiere el título de la nota de *TMZ*, y justo debajo una fotografía de Nina, acompañada de Jasper frente a la agencia de modelos de Marc.

Nina



—¿Segura que quieres hacerlo, amor? —pregunta mi novio, mientras desayunamos.

—Sí, me hará bien distraerme —confieso, y soy sincera. Necesito ocupar mi cabeza con otras cosas, trabajar me ayuda y, por suerte Marc, no tarda nada en conseguirme una campaña para “*Cover Girl*.”

—De acuerdo ¿quieres que te acompañe?

—Si no te importa, preferiría hacerlo sola. No puedo depender de ti.

—Bien, pero si me necesitas...

—Te llamo, lo prometo —interrumpo y le tomo la mano con cariño.

Terminamos el desayuno y recojo mi bolso, no sin antes revisar por mi pastillero. Beso sus labios con dulzura y me encamino al ascensor.

—Que tengas un lindo día. —Me despide.

—Buenos días, pequeña. —Me recibe Marc con una sonrisa cariñosa cuando me monto a su auto.

—Buenos días. ¿Dormiste bien?

—Muy bien ¿y tú?

—Bien. —Durante el trayecto me cuenta de los perros, de las nuevas adhesiones a la familia, ya que una de las perras dio a luz a cuatro nuevos cachorritos.

Cuando llegamos a la agencia, todas las miradas se posan en mí, y me siento tan observada, que la incomodidad me envuelve. Puedo ver cómo todo el mundo me juzga, y percibo las miradas lascivas y desaprobatorias de los que me rodean. No puedo evitar sentirme indefensa, desnuda. Pero el calor de la mano de Marc sobre la mía me saca de mi aislamiento interno, trayéndome de regreso a la realidad. Aprieta mi mano con cariño y me sonrío con complicidad, guiñándome un ojo me susurra al oído.

—No le debes explicaciones a nadie. No les prestes atención. —
Asiento con una sonrisa.

—Buenos días a todos —saluda una vez dentro del enorme salón que utilizamos para hacer las campañas nacionales.

Todo el mundo reacciona al instante, como si el mismísimo presidente de la nación acabara de entrar. Y son todo sonrisas, halagos y bienvenidas. Pero puedo ver más allá de sus falsedades y siento un aguijonazo en el estómago.

Sin darle más atención que la necesaria a nadie, sigo a la estilista hasta el camarín, donde comienzan a desvestirme, vestirme, maquillarme y peinarme mientras las mujeres hablan sin parar. Pero no presto demasiada atención a nada. Cierro mis ojos, respiro lento y me dirijo a mi lugar feliz, justo como Paul me enseñó. Y la ansiedad, los nervios y el enojo comienzan a desaparecer lentamente, dejando

solo lugar a las sensaciones.

—¿Nina? —Llama la estilista y abro los ojos de golpe. Mi burbuja mágica se rompe en pedazos y vuelvo a la realidad.

—Lo siento. —Me disculpo.

—Ya estás lista, te están esperando.

—Vamos. —Añado poniéndome de pie y la sigo hacia el set.

—¡Bellísima! —Asiente con énfasis, Alonzo, el fotógrafo de la agencia—. Bella, la lente te ama. Haz lo tuyo.

Sonrío sin ganas y me sitúo justo sobre la “X” marcada con cinta en el piso. Prueban las luces y Gina, la estilista, me acomoda algunos mechones de cabello y me retoca el maquillaje.

La campaña es bastante inocente, no necesito mostrar demasiada piel, ya que es solo de maquillaje, y el aspecto debe ser fresco, natural y juvenil. Encienden los ventiladores, y mi vestido, muy al estilo *Marilyn Monroe*, comienza a volar a mi alrededor. Pongo mi mejor sonrisa, el cabello se alborota a los costados de mi rostro y me muevo lentamente para que Alonzo capte las mejores poses.

<<Solo eres un producto, algo más que vender. Un pedazo de carne ¿puedes verlo?>>

La piel se me pone de gallina, reconocería esa voz en cualquier lado, la busco con la mirada, desesperada por encontrar la fuente, pero no está en ningún lado.

—¿Te encuentras bien, bella Nina? —cuestiona Alonzo con preocupación.

—Sí, todo está bien. Sigamos —respondo con desconfianza.

Gina vuelve al acecho, sujeta mi cabello en una cola descuidada y me coloca un poco más de labial y rubor en las mejillas. Y vuelvo a moverme al ritmo de los disparos de la cámara.

<<No podemos cambiar lo que somos, y ambas sabemos lo que eres: una prostituta, alguien que se vende al mejor postor.>>

La voz se siente provenir desde mi interior, en mi cabeza. No es como antes, que claramente la percibía desde afuera. Ahora está dentro mío. Como lo estuvo siempre, como siempre lo estará. El pánico comienza a escalar de forma inmediata. Me dejo caer de rodillas al suelo y cubro mis orejas con ambas manos, mi respiración es entrecortada y los temblores de mi cuerpo me sacuden con fuerza.

Unas fuertes manos me sujetan con un cuidado extremo, de ambas muñecas, obligándome a bajar las manos. Pone mi cara en alto, a su altura, sus oscuros ojos verdes buscan mi mirada y sé que lo sabe.

—¡Fuera todos! —Ordena a voz de mando. Nadie objeta una palabra. Marc no dice nada. Solo me mira y espera que estemos solos.

Los minutos parecen interminables, hasta que solo quedamos los dos, arrodillados en el suelo, a pocos centímetros uno del otro y nuestras miradas perdidas en nuestros ojos.

—Tranquila, no estás sola —dice con dulzura, y es cierto, no lo estoy. *Ella* está de vuelta—. ¿Quieres que llame al doctor Smith?

—Debo verlo en la tarde —respondo de forma entrecortada, siento como tiembla mi voz.

—Bien, terminamos aquí. Te llevo a casa —anuncia sin esperar

respuesta y me pone en pie. Recogemos mi bolso, y sin cambiarme, nos subimos al auto y viajamos en silencio. Durante todo el trayecto, no suelta mi mano. Y agradezco en silencio su compañía, me hace sentir segura.

Al entrar en casa, no veo a Jasper por ningún lado. Marc me acerca hasta el sofá y me ayuda a sentarme.

—Te traeré algo de beber —avisa y se pierde tras la isla de la cocina.

Dejo descansar mis brazos sobre mis piernas y agacho la cabeza. Cierro los ojos y busco en la oscuridad de mi mente por su imagen. Puedo sentirla ahí, pero no consigo verla. Es como si me acechara desde las sombras, vigilante, expectante, a la espera de algo, que no alcanzo a ver.

—¿Nina? —pregunta Jas con preocupación. Se agacha frente a mí, toma mis manos con cariño y su sonrisa cálida me conforta.

—La traje a casa, creo que fue demasiado pronto —comunica Marc a mi novio cuando está de vuelta con un vaso de gaseosa fría en sus manos, que me ofrece.

—Parezco una paranoica, lo sé. Pero no es como si tuviera opción, mi cabeza es un maldito desastre... —admito y no soy capaz de detener el reguero de lágrimas que me ahoga.

—¿Qué sucede, amor? —Jasper no parece asustado, pero sí preocupado.

—*Ella* volvió, nunca se fue. —Consigo formar entre sollozos.

—¿Está aquí? ¿Ahora?

—No, solo en mi cabeza. Puedo escucharla...

No dice nada, me abraza con fuerza y consuela. No consigo dejar de llorar, es como si un río de hubiera desbordado. Todo lo que hice, todo lo que me esforcé... nada cuenta, *Ella* no se fue, nunca lo hará. Me arrastrará con ella siempre, llevándome a la oscuridad...

Jasper recoge mi bolso, toma uno de mis calmantes y me lo da. No pongo resistencia, lo tomo y vuelvo a perderme en sus brazos. Hasta que la calma me lleva a un estado somnoliento.

—*No puedes tenerlo todo, no es justo —dice una pequeña niña, soy yo, pero de unos seis años de edad.*

—¿Qué haces aquí? No debes estar aquí —repito con asombro.

—*Tú no debes estar aquí, este es mi mundo, no el tuyo. Tú ya creciste, yo no.*

—¿Por qué no?

—*Porque se detuvo. Nada continuó para mí. Me quedé encerrada, pero no sé cómo salir.*

—*Busca la puerta —digo señalando hacia atrás, donde está la salida.*

—*No puedo, si salgo, el monstruo escapará y lastimará a alguien más. No puedo dejarla. No debo hacerlo.*

—*No quiero que te lastime a ti.*

—*Para mí ya es tarde, sálvate tú —murmura y veo como pedazo a pedazo comienza a desmoronarse, como si fuera ceniza.*

Primero sus manos, luego sus brazos, las piernas, comienza a subir por su pecho. Intento atrapar los restos que vuelan a mi alrededor, pero no lo

consigo, cada vez que toco uno, se convierte en polvo.

— ¡No! — grito, desesperada.

Me enderezo en la cama, estoy cubierta de sudor, mi respiración está agitada. Miro a mi alrededor, la penumbra comienza a dispersarse lentamente, hasta que me doy cuenta que me encuentro en nuestra habitación, estoy en casa, fue solo una pesadilla.

— ¡¿Nina?! — Jasper abre de golpe la puerta y entra corriendo, se pone a mi lado y comienza a revisarme de forma desesperada. Buscando algo, que solo él espera encontrar.

— Estoy bien, un mal sueño, nada más — aclaro para tranquilizarlo.

— ¿Segura?

— Sí, una pesadilla, ya pasó. — Él acaricia mi rostro y besa mis labios con dulzura. Nos miramos por unos segundos, hasta que él rompe el silencio.

— Debes ir a ver al Doc.

— Sí, tomaré un baño antes.

Mientras me quito la ropa, observo la imagen que me devuelve el espejo. Sigo aquí. Aún soy yo. Solo yo. Y eso consigue tranquilizarme un poco. Respiro hondo y me meto bajo el agua, esperando con desesperación que se lleve todos mis miedos.

<<No puedes deshacerte de mí, lo sabes. Te lo he dicho miles de veces>>

—No tienes poder sobre mí. Yo te creé, yo puedo destruirte. —Le advierto al aire.

<<*Ja ja ja, Tú no eres nada... no eres capaz de vencerme y lo sabes.*>>

—Ya veremos —sentencio y me envuelvo con la toalla, abrazando mi propio cuerpo.

Comienzo a secar mi piel, pero el ardor me hace bajar la mirada a mis manos. Muevo las palmas mirando el dorso y el interior de ellas y veo la sangre manar de mi piel. Clavé tan fuerte mis uñas en mi piel que logré lastimarme. No sé en qué momento lo hice, pero ahí está.

Ella tiene razón, jamás podré vencerla. Es más fuerte que yo y lo sabe. No va a terminar nunca. Todo esto parece no tener fin, se repite una y otra vez. Siempre latente, esperando el momento en que ceda y la deje salir. Y entonces... no sé qué sucederá. O si alguna vez logrará su propósito y yo desaparezca para siempre.

Limpio las heridas y me visto con lo primero que encuentro, debo evitar que Jasper descubra que me he hecho daño. Ya no puedo soportar lastimarlo, hacerlo cargar con mis propios demonios. No es justo para él, no se lo merece.

<<*Ya sabes lo que debes hacer, si solo tuvieras el valor de hacerlo...*>>

—¡Cierra la maldita boca! —grito con frustración y cubro mis oídos en vano. Su voz procede de mi interior, no hay forma de callarla.

—¿Me hablaste, amor? —pregunta Jasper entrando en el vestidor.

—Sí, que ya estoy lista. Vamos. —Me escurro entre su cuerpo y

la puerta y consigo salir de ahí.

Tomo mi bolso y, sin decir nada, me encamino a la puerta.

Evito por todos los medios que tome mi mano, me entretengo con el móvil, el bolso, cambiando la estación de radio, lo que sea, con tal de que no lo note.

Paul



—¿Sigues sintiendo el impulso de llevarte algo? —pregunto a mi paciente, Daniel.

—No tan fuerte como antes, pero ahí está.

—Puedes controlar tus impulsos, eso es muy bueno.

—Sé que está mal y que no lo necesito.

—Un gran avance, Daniel. Te veo la semana que viene.

—Adiós, doctor.

Nos despedimos con un apretón de manos, y mientras llega mi nuevo paciente, aprovecho el tiempo libre para transcribir la sesión, los puntos destacados y algunas notas al margen.

No pasa mucho cuando Lily, mi secretaria, me avisa por el teléfono que Nina ya está aquí. Estoy ansioso por verla, quiero saber cómo le está yendo por su cuenta. Desde el incidente del otro día, no me ha llamado, espero que sea una buena señal.

Golpean suavemente la puerta y le doy acceso. Nina entra, y lo primero que noto es que está nerviosa. Juega con sus manos y tiene la cabeza gacha, esconde su mirada de los demás. La alerta se enciende en mi interior, algo anda mal. Lo sé.

—Buenas tardes, Nina —saludo, al tiempo que me acerco a ella.

Pero no tengo tiempo de reaccionar, se lanza a mis brazos y comienza a sollozar—. Tranquila ¿qué sucede?

—Ha vuelto... —dice derrotada, no para de temblar en mis brazos. La tomo con fuerza para darle confort.

—¿La has visto?

—No, pero la escucho, todo el tiempo...

—De acuerdo, vamos a tranquilizarnos. Respira lento, Nina, dentro y fuera, ya sabes cómo hacerlo. Cierra los ojos y visualiza tu lugar especial, ese en el que nadie puede hacerte daño, al que nadie puede llegar —incito. La llevo hasta el sofá grande y la siento con cuidado. Busco un vaso de agua y se lo entrego.

—¿Por qué? ¿por qué ha vuelto? ¿por qué no se marcha?
—pregunta más tranquila.

—Porque es una parte de ti que aún no logramos integrar. El proceso es largo, Nina, y muchas veces, la integración no es posible. Pero, te prometo, que al menos vamos a lograr que coexista en paz.

—No, no la quiero conmigo, ya no más. No la necesito.

—Una parte de ti sí la necesita, por eso sigue aquí. Cuéntame de tu semana. —Le pido, cuando tomo asiento frente a ella con mi anotador y bolígrafo en mano.

—Es más difícil de lo que pensé. Todo parece nuevo, las personas, los lugares, las experiencias...

—¿Te abruma?

—Sí, comienzo a sentir una inmensa ansiedad. Es como si viera

todo por primera vez, como si mi pasado no fuera mío, sino de alguien más y recién ahora estoy viviendo.

—Háblame de esas sensaciones.

—Es como si alguien hubiera quitado una venda de mis ojos, las sensaciones... son distintas. Antes era como si no llegaran a mí, como si se perdieran en el camino o llegaran de forma muy débil. Pero ahora... ahora todo es tan intenso, tan real.

—¿Te asusta?

—Mucho. Me da pánico y me cuesta controlarlo. Intento utilizar lo que me ensañaste, pero a veces, igual sucede.

—Es lo normal, no siempre podemos controlar los miedos. Todos tenemos temor, pero no debemos dejar que nos paralice, que nos impida vivir.

—Y después está la gente. Siento que todo el mundo me observa, como si estuvieran esperando que hiciera algo, que algo suceda y me vuelva loca de vuelta.

—No estás loca, Nina, ya lo hemos hablado ¿recuerdas?

—Sí, lo sé. Pero es lo que la gente espera de mí. Puedo verlo en sus ojos, me miran con miedo, con desconfianza. Siento que todos están pendientes de mí.

—Eso no es cierto, es solo el pánico hablando. Debes aprender a mirar más allá de las primeras impresiones. El mundo no está en contra tuyo, Nina. Nadie espera que te equivoques, eres solo tú.

—¿Cómo lo detengo? —pregunta inquieta, y puedo notar cómo la ansiedad comienza a apoderarse ella.

—Diferenciando lo que es real de lo que no. Busca la parte lógica de las cosas. ¿Qué probabilidades hay de que todo el que te rodea esté vigilándote?

—No muchas... supongo.

—No muchas, exacto. Cada persona tiene problemas propios con los que lidiar, y muchas veces, son mucho más grandes de lo que podemos ver. Y por lo general, con nuestros propios problemas tenemos demasiado como para preocuparnos de los ajenos.

—Está en mi cabeza...

—Exacto. Cuando comiences a sentir presión, tensión o ansiedad, busca la causa de esa emoción. ¿Qué te está llevando a ese estado? ¿Cómo puedes detenerlo? ¿Es real o solo está en mi cabeza?

—Lo intentaré, Paul —acuerda más relajada.

—Bien, hablemos de *Ella*. Has dicho que volvió ¿cómo?

—La escucho en mi cabeza.

—¿La voz viene de tu interior? —cuestiono intrigado.

—Sí, desde dentro de mí. No es como antes. Antes podía verla y escucharla, pero su voz provenía de afuera. Es distinto.

—¿Cuándo la escuchaste por primera vez?

—Estaba haciendo una sesión de fotos para una marca, y de repente *Ella* habló. Comenzó a decirme cosas horribles, como hace siempre.

—¿Fue agresiva?

—Sí, como de costumbre. Empezó a insultarme, a decirme que

era una prostituta que se vendía al mejor postor... y ese tipo de cosas.

— ¿Cómo te hizo sentir?

— Mal. Horrible...

— ¿Crees lo que dice? — continuó indagando.

— Cuesta no hacerlo. En el fondo, sé que tiene razón.

— ¿Por qué tiene razón?

— Vendo mi cuerpo, mi imagen. ¿No es otra forma de prostitución?

— No, no lo es. Es un trabajo. Lo que vendes es ilusión, no a tu persona. Le muestras a la gente “como deberían ser”, una ilusión, nada más. Tu cuerpo es tuyo, de nadie más. Y no está a la venta.

— No está bien lo que hago ¿verdad?

— ¿Por qué lo preguntas?

— Porque le miento a las personas. Les digo que es bueno ser hermosa, que para serlo es necesario estar a la altura de las expectativas ajenas... eso no es sano ni honesto.

— Es un trabajo, tu trabajo.

— No se siente bien — admite finalmente.

— Quizás ese sea el problema, que no te gusta lo que haces, por eso le crees a *Ella* cuando te dice esas cosas. ¿Has pensado en cambiar de profesión?

— ¿Qué otra cosa podría hacer? No sirvo para nada más...

— No es verdad. Tienes muchas buenas habilidades y destrezas,

solo necesitamos buscar algo que te guste hacer. ¿Alguna vez soñaste con hacer otra cosa?

—Sí, en algún momento pensé en hacer algo para ayudar a los niños que pasaban por lo mismo que yo.

—Como ¿asistente social?

—Sí, algo así. Pero debería estudiar para ello.

—Sí, pero no para ayudar. Para eso no necesitas nada más que ganas de hacerlo.

—¿A qué te refieres?

—Podrías anotarte como voluntaria en algún lugar, en todas partes hay niños que están en una mala situación, como lo estuviste tú. Yo podría ayudarte a buscar algún lugar donde te sientas cómoda.

—Eso me gustaría.

—De acuerdo, buscaré algunos y luego los vemos juntos ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

—Dime ¿cómo están las cosas con Jasper?

—Bien, estamos bien.

—¿Sigues temiendo por él?

—Siempre... pero trato de pensar en que nada malo pasará, en que seré capaz de evitarlo.

—Bien, no debes quedarte en los pensamientos negativos, esos son tóxicos y no llevan a nada bueno.

—No puedo controlar lo que todavía no sucede... —repite con una sonrisa.

—Perfecto, eres una buena alumna —felicitó—. Nina, quiero cambiarte la medicación, probaremos una nueva, a ver si te ayuda un poco más ¿de acuerdo?

—De acuerdo, lo haré.

Cuando la sesión llega a su fin, le doy la nueva prescripción y nos despedimos. Nina se marcha y yo me quedo un minuto de más en mi oficina, analizando la situación, y me pregunto si fue demasiado pronto para ella, si habré hecho bien en darle el alta de la internación. Pero sigo teniendo confianza en que puede hacerlo, quizás la nueva medicación la ayude a controlar su ansiedad y depresión de mejor manera...

Al llegar a casa, el alto tono de la voz de mi esposa me sorprende; por regla general, ella nunca levanta tanto la voz. Algo está sucediendo. Me apresuro a dejar las cosas y camino rápidamente hasta la cocina, donde la veo al teléfono. Los niños están tan quietos que parecen estatuas. Le guiño un ojo a Beth y ella me responde con una tímida sonrisa. Pero cuando veo a Macon, todo cambia.

—¡Es inconcebible! ¿Cómo puede pasar algo así bajo sus narices y nadie hace nada? —grita Kate al teléfono.

—¿Qué sucedió? —pregunto a mi hijo, mientras reviso su rostro magullado.

—Unos chicos en la escuela me golpearon —dice avergonzado. Lo estrecho contra mi cuerpo y acaricio su cabello alborotado.

—¿Te duele mucho?

—No tanto, se ve peor de lo que es.

—No estoy seguro de eso. —Dejo a los chicos en la sala y me acerco a Kate. Que termina cortando la llamada enfurecida.

—En la escuela dicen que no pueden hacer nada más que citar a los padres y hablar del tema. ¿Qué hay de mi hijo? ¿de su seguridad?

—Me dice fuera de sí.

—Tranquila, Kate, lo solucionaremos. Trataré de apurar el traslado de escuela.

—¿Esa es tu solución? Cambiarlo de escuela resolverá nuestro problema, pero no el de ellos. ¿A quién golpearan mañana? ¿A Beth?

—Hablaemos con sus padres ¿sabes quiénes fueron?

—Macon no quiere decirme sus nombres.

—Yo hablaré con él. ¿Crees que debemos llevarlo al médico?

—Ya lo hice, lo llevé apenas vino de la escuela. No tiene ninguna lesión de gravedad, los moretones se irán —comenta y se pone a cocinar.

—Beth ¿tienes tarea que hacer? —pregunto con cariño.

—Sí, papá.

—Ponte a ello, ya te ayudo si lo necesitas.

—Bueno, papi —responde y va por sus cosas. Me quedo solo con Macon, me siento a su lado, y él deja el aparato electrónico sin que se lo pida.

—Cuéntame qué sucedió, hijo.

—Salimos de la escuela y, cuando subí al autobús, unos chicos comenzaron a molestarme. Al principio, me tiraban bolitas de papel desde atrás. Hasta que les dije que se detuvieran, pero no me hicieron caso.

—¿Y el chofer, el encargado del autobús?

—No hizo nada. Luego uno de ellos se sentó a mi lado y comenzó a golpearme el abdomen, luego la cara. Y los otros lo cubrían, se pusieron delante nuestro.

—¿Nadie hizo nada? —pregunto asombrado, lo que más rabia me da, es que la gente observe sin intervenir cuando alguien más está en problemas.

—No, cuando me bajé, corrí hasta casa.

—¿Quiénes fueron Macon?

—No importa, papá, si te digo, va a ser peor.

—Si no me dices, va a ser peor. Esos chicos no se van a detener por sí solos. Y sus padres deben saber lo que hacen.

—No quiero más problemas...

—No los tendrás. Lo prometo.

—Mike Carpenter, Rich Denton y Matt Bowel —dice finalmente.

—Bien, yo me encargaré. Ve a hacer tu tarea.

Me encierro en mi despacho y busco el número de teléfono de cada uno de ellos, luego de una larga charla con cada uno de sus padres, los que no estaban al tanto de que sus hijos eran unos

abusones, cosa que sospecho no es cierta, quedamos en reunirnos en la escuela al día siguiente.

La sensación de no poder proteger a un hijo es algo espantoso, pero no permitiré que Macon se convierta en víctima de nadie. El día solo empeora y estoy agotado. Luego de cenar y acostar a los niños, me dejo caer en la cama y me duermo en un segundo.

Nina



—¿Estás lista? —pregunta Jasper apoyado sobre el marco de la puerta, mis ojos viajan sobre su cuerpo. Se ve absolutamente guapo con esa camisa gris oscura y el pantalón de vestir negro. Y huele maravillosamente bien.

—Ya casi —respondo con una sonrisa y continúo arreglando mi cabello. Aun no sé cómo me convenció para que vayamos a la apertura de un nuevo restaurante en la ciudad.

Termino de recoger mi cabello en una cola alta y sigo con el maquillaje. Me miro al espejo y la imagen que me devuelve me agrada, me veo bien, sensual y hermosa con este vestido negro, corto y que se ajusta a cada curva de mi cuerpo.

<<Por mucho que intentes esconder lo que eres, tú y yo sabemos la verdad. Estás llena de grietas, grietas profundas que jamás sanarán. ¿cuál es el punto de pretender ser alguien más?>>

No presto atención a sus palabras cargadas de resentimiento. No son reales, no es verdad. No es verdad, me repito una y otra vez.

<<Sigue mintiéndote cuanto quieras, sé que lo sabes. A mí no puedes mentirme, míentele a los demás, a Jasper, a Marc, a tu estúpido terapeuta, pero no a mí, tú y yo somos una ¿recuerdas?>>

Cierro los ojos e intento alejarme a mi lugar especial. No puedo

dejar que el veneno de sus palabras tenga efecto en mí. No debo creerle, Paul me lo ha dicho. Soy una persona, vale la pena quererme, merezco amor.

Me deshago de esos pensamientos y sin perder más tiempo, recojo mi bolso y mi chaqueta de cuero y me encuentro con Jasper en la cocina.

—¿Vamos? —pregunto encaminándome a la puerta.

—Estás hermosa, amor —responde sonriendo y me da un tierno beso en los labios cuando pasa a mi lado.

<<Hermosa por fuera, por dentro... bueno eso es otra cosa. Pero está bien, él, como todos, solo ve lo único que puedes ofrecer. Un envase vacío.>>

De camino al restaurante, Jas me cuenta de su conversación con el dueño de la galería en la que quiere exponer su trabajo. Esta tan emocionado por eso que es de lo único que habla. O quizás lo hace para distraerme. Pero su energía me contagia, y me siento viva, llena de vida. Estoy ansiosa por ver su trabajo, que mantiene oculto de todos, incluso de mí.

Al llegar al lugar, lo primero que veo es una larga fila de fotografías y el estómago se me hace un nudo. Las manos comienzan a temblarme y mi respiración se agita.

—Tranquila, no tenemos que pasar por eso. Podemos entrar por atrás. —advierte Jasper tomándome de la mano con cariño. Me relajo un poco.

El dueño del lugar es muy amigo de Jas, y de inmediato atiende su llamada, donde le pide que usemos una entrada diferente y accede

de inmediato. Ingresamos por la cocina, saludamos al personal y nos encontramos con su amigo Chris adelante. El sitio se ve precioso y está lleno de gente. Veo a muchas de mis compañeras de trabajo, pero como no tengo relación con ninguna, solo las saludo al pasar. Jasper me sigue de cerca y nos situamos en nuestra mesa.

La cena es agradable y la comida deliciosa. Reímos, bromeamos y coqueteamos todo el rato. Es tan agradable estar así. Solo los dos. Me disculpo para ir al baño y le doy un beso en los labios de camino a mi destino.

El lugar es cinco estrellas, el nuevo centro de encuentro de todos los *socialité* de New York. El baño es tan amplio que caben unas diez personas y todo está exquisitamente decorado. Me meto en uno de los servicios.

—Increíble que se aparezca por todos lados. Yo no saldría ni a la puerta si fuera ella —dice una voz femenina en los lavabos.

—Esta tan loca que no le importa lo que digan. ¿Viste los titulares que sacó TMZ? —pregunta una nueva voz.

<<Todos pueden ver lo que eres, menos tú. Ellas tienen razón, si yo fuera tú, terminaría con todo, ¿para qué el esfuerzo? No tiene sentido, nunca sanarás, jamás me iré. No sin ti.>>

Un enorme vacío me presiona el centro del pecho. Y puedo sentir como una nube oscura comienza a rodearme, a absorberme... no tengo más fuerzas para luchar contra *Ella*.

—Si desaparece, nos haría un enorme favor. Al fin conseguiría la tapa de *Vogue* que tanto merezco —afirma una de las mujeres.

—¿Tú mereces? Por favor... —refuta la otra y se escucha la puerta abrirse y cerrarse con fuerza.

Finalmente, cuando el silencio se hace presente, salgo de mi escondite. Todo el hermoso momento que estaba viviendo se desvanece en pedazos. Lavo mis manos y veo la sangre que escurre por mis palmas lastimadas. Lo hice otra vez, me lastimé a mí misma. Cierro los ojos derrotada.

<<No lo suficiente... aún respiras>>

Alzo la vista a mi imagen en el espejo y ahí está, solo veo a *Ella*, ya no estoy yo. Sus oscuros ojos azules cargados de odio y rencor me miran con burla. Su tétrica sonrisa me desafía, pero ya estoy cansada de luchar esta guerra. Ya no más...

<<Haces bien en dejarme ganar. No tiene sentido luchar. Jamás ganarás, no lo permitiré. ¡Nunca!>>

Cuando la puerta se vuelve a abrir con el ingreso de alguien más, es mi señal para irme. Vuelvo junto a Jas, e intento disimular todo lo que me está pasando. Él no merece a alguien como yo...

<<No, no lo merece. Ya le has hecho demasiado daño, no quieres arrastrarlo contigo ¿verdad?>>

—¿Estás bien, amor? —pregunta sujetando mi mano con cariño.

—Sí, todo bien, algo cansada ¿nos vamos?

—Claro, como quieras.

Sin darnos cuenta, salimos por la puerta principal, y al poner un pie en la acera, soy cegada por un mar de flashes. Ni siquiera puedo ver por dónde camino, solo siento la mano de mi novio sujetarme con

fuerza y guiarme.

—¿Es cierto que tuviste que abandonar un trabajo? —grita una de las voces.

—¿Volverás a internarte, Nina? —dice otra voz.

—¿Qué puedes decirnos de tu internación? ¿Ya estás recuperada? —agrega otro.

—¿Has vuelto a recaer, Nina? —interrumpe un nuevo fotógrafo.

—¡Acá, Nina! ¡Acá! ¿Es cierto que nadie quiere trabajar contigo? —pregunta uno de ellos.

No puedo soportarlo más. Mis nervios están a flor de piel, y sus voces atormentan mi cabeza. Puedo escuchar la risa burlona de *Ella* dentro de mí. Riendo de forma frenética.

Finalmente llegamos al auto y el silencio nos inunda.

—Lo siento, no debí ponerte en esta situación, amor. Lo lamento.
—Se disculpa Jasper acariciando mi mano. Sigo su mirada y las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos—. ¿Qué es esto, Nina?

—Nada, no te preocupes —digo quitando mi mano de la suya, que ahora está manchada de sangre.

—¿Tú te lo has hecho?

—Fue sin querer. Apreté demasiado fuerte, no te preocupes.

—¿Es la primera vez que sucede?

—Sí, y la última. Lo prometo. —Miento.

—Vamos a casa.

El viaje es en un incómodo silencio. Cuando llegamos a casa, voy directo al baño, me quito el maquillaje sin mirarme al espejo, sé que la veré a *Ella*, y no quiero hacerlo. Limpio y curo mis manos y me voy a dormir sin esperar a Jasper.

Los remedios nuevos tardan en hacer efecto y no consiguen calmarme del todo. Doy vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño. Siento cuando Jasper se mete bajo las sábanas, pero no me abraza. Lo siento tan lejano, que la soledad me abruma.

<< *¿Ya fue suficiente?>>*

Pregunta *Ella*, y temo mi respuesta. Finalmente, en algún momento de la noche, me duermo.

Cuando la mañana llega, nada parece mejor, inútilmente esperaba que la noche se llevara todos mis problemas, pero por supuesto, siguen allí, tan aferrados a mí como siempre. Giro sobre mi cuerpo para encontrar una cama vacía. Dejo escapar un doloroso suspiro y me dejo caer sobre mi espalda. Con mis brazos cubro mi rostro y me pierdo en mis pensamientos.

¿Cuál es el punto de seguir con esto? Está claro que nada va a cambiar, todo se repite, no tiene sentido... es imposible deshacerme de *Ella*. Lo arruina todo, jamás me dejará escapar, nunca ganaré...

<<*Haces bien en recordarlo. Eres una cobarde, los cobardes no ganan nunca.>>*

—Lo sé. Ya demostraste tu punto, *Ella*. Déjame en paz.

<< *¿Ya vas a llorar y huir? Vamos, sé que quieres hacerlo. Siempre lo haces. ¡Vete, huye, corre, desaparece!>>*

Y finalmente, lo hago. Dejo que la oscuridad me lleve consigo, que me absorba, me arrastre tan profundo, que las emociones y sentimientos no pueden encontrarme. Es como apagar un interruptor. Y todo simplemente desaparece...

Ella



Abro los ojos lentamente, finalmente estoy libre... me estiro sobre la suave sábana y respiro profundamente. ¡Se siente tan bien ser libre!

Pero esta vez haré las cosas diferentes, nadie debe darse cuenta de que soy yo. Debo actuar como la imbécil de Nina, así nadie sospechará que ella se ha ido, huyó como de costumbre. Maldita cobarde. ¡Es tan fácil engañarte!

Doy un salto de la cama, abro las cortinas y la luz entra e inunda la habitación. Miro alrededor y sonrío satisfecha.

—Ese maldito casi lo logra, casi me hace desaparecer. Pero que ni crea que me iré sin pelear. Yo no soy ella. A mí no podrá vencerme tan fácil... —digo a la nada.

Decido darme una ducha, tengo que quitarme el olor de ese imbécil de Jasper de encima. Primero su olor, luego él. Busco mi reflejo en el espejo y ahí estoy. ¡Me perteneces! Bajo el agua tibia, acaricio cada centímetro de mi piel, y puedo sentirla propia, no es de ella, es mía, solo yo.

Rebusco en su armario y me cuesta encontrar algo que me guste, su ropa es tan sosa como Nina. Pero debo mantener las apariencias, ya habrá tiempo de ser yo misma cuando todos ellos desaparezcan.

Cuando finalmente sea dueña de mí misma. Para siempre...

Finalmente, me decido por un jean oscuro, unas botas cortas, negras y sin puntera ni talón, se ven sexys, y yo me siento sexy. Luego una blusa gris con pequeños círculos blancos y un escote llamativo. Me maquillo los ojos de un negro ahumado, mucho rímel y rojo carmín los labios, dejo mi cabello suelto y en movimiento. Un poco de perfume es el toque final. Satisfecha con mi trabajo, voy en busca de algo de comer. Estoy hambrienta.

Estoy sola en la casa, no hay rastro del idiota de Jasper por ningún lado, y eso solo ayuda a que mi ánimo sea mejor. Me preparo una tostada francesa y un poco de café negro. Y me siento en la isla de la cocina a desayunar, mientras prendo la televisión, con las noticias de fondo.

Las manos me arden, esa maldita imbécil ni siquiera puede lastimarse bien...

Reviso su móvil y veo las citas que tiene en el día. Paso rotundamente de encontrarme con Marc, si cree que va a jugar a la casita conmigo, está muy equivocado. No necesito un padre, ya tuve uno y desapareció. A las diez de la mañana, tiene una clase de pintura, suspiro cansada. No puede ser más aburrida, pero debo ir, nadie debe saberlo.

Por supuesto, y como sospeché, la clase es de lo más fastidiosa, ¿a quién le importa el patrón de colores? A mí, claro que no. Pero hago lo que me dicen y pinto "lo que siento" o lo que quiero que crean que siento. Mi dibujo es colorido y alegre. Espero que esto los mantenga alejados.

Al salir, me voy de compras, me pierdo en el centro comercial y paso las siguientes horas gastando el dinero de Nina en ropa que ella jamás usaría, pero que yo amo y no veo la hora de lucir. Por último, y antes de marcharme de regreso, paso por el salón de belleza, donde me tiño el cabello, apenas unas mechas azules para darle algo de vida al negro de mi pelo. Un corte más salvaje y sensual. Y como cereza del postre, uñas y pies.

<<*Paciencia, Ella, paciencia*>> me repito. Ya llegará mi hora.

Cuando el hambre me llama, me siento a disfrutar de un buen almuerzo, me lo he ganado. Cuando regreso al departamento, Jasper está allí. Me recuerdo que soy Nina y sonrío con cortesía.

—Hola, amor. Vaya... te ves bien —dice el idiota con cara de bobo.

—Hola, cariño. Gracias. Quise darme un gusto, algo que me haga sentir mejor, después de lo de anoche.

—Otra vez lo siento, no debimos ir. Fue demasiado pronto.

—No tienes que seguir disculpándote. Sé que tenías las mejores intenciones —respondo y me dan ganas de vomitar, poner esa voz sedosa y sosa me repugna.

—Me alegra verte de buen humor —agrega acercándose a mí. Me toma por la cintura y pega su frente a la mía.

—Lo que un rato en el salón de belleza puede hacer por una mujer —afirmo sonriendo y lo beso.

Jasper es guapo, eso se lo concedo, pero toda su persona me da rechazo. Yo jamás estaría con alguien así. Pero me concentro en no

resistirme, juego bien mi papel.

—Estaré en la oficina, debo terminar las fotografías para la exposición. Llámame si me necesitas.

—Claro, cariño.

Me relajo de inmediato en cuanto se marcha. Debo terminar con esto pronto, no lo soportaré mucho tiempo más. Me siento en el sofá y trato de imaginar la mejor manera de deshacerme de él. No se irá, aunque se lo pida, esa imbécil agotó el recurso. Irme tampoco lo detendrá. Tengo que romper su maldito corazón, pero, ¿cómo?

Y entonces, todo se vuelve claro. Él la ama, confía en ella. Debo usar su cariño para que se aleje. Y en menos de un segundo, ya sé exactamente lo que debo hacer.

Rebusco en el móvil y encuentro lo que busco.

Yo: Hola, Tyler, lamento no haberte hablado antes, de seguro sabes que estuve ocupada.

Escribo y lo envío. Aún recuerdo al sexy y estúpido Tyler. Un modelo que se arrastraba babeando por Nina. Él servirá para mis planes.

Tyler: ¡Hola, preciosa! Te he echado de menos. Me encantaría verte...

Yo: ¿Nos vemos mañana? ¿Te espero en el café "Intense" Digamos a las 10am?

Tyler: ¡Ahí estaré! XO

Sonrío a la nada. Mi plan debe salir perfecto. Mientras tanto, seguiré siendo la dulce e inocente Nina... solo por ahora. El teléfono suena y la pantalla me anuncia que se trataba de Marc, respondo sin

ningún entusiasmo.

—Hola, Marc —digo al tercer tono.

—Hola, pequeña ¿cómo te encuentras? —pregunta con ese tono odioso y paternal.

—Algo cansada, anoche fuimos a cenar con Jasper y la pasé realmente mal.

—¿Qué sucedió?

—Cuando salimos, estaba lleno de paparazzi y me acosaron, como siempre. Le había dicho a Jasper que no estaba lista, pero él me convenció de lo contrario. Fue horrible... —Me quejo como la propia Nina.

—Cariño, lo siento mucho. Claro que no estabas preparada, Jasper debería saberlo y entenderlo.

—Lo sé... pero es que lo hago pasar, por tanto, él es tan bueno. Quería hacerlo feliz.

—Por supuesto que sí. Pero tienes que preocuparte por ti, pequeña. Tú eres quien importa.

—Es que tengo miedo, Marc. Siento que nos estamos alejando tanto...

—No temas, Nina, estoy seguro que podrán solucionarlo. Confía en mí.

—De acuerdo, lo haré.

—¿Vienes a cenar?

—Lo siento, pero con todo lo que pasó, creo que lo mejor es que

nos quedemos.

—De acuerdo, pequeña. Lo que tú prefieras. Te veo luego.

—Adiós, Marc. Un beso.

Gruño cuando corto la melosa y fastidiosa conversación. Voy por una cerveza fría a la nevera y vuelvo al sofá. Apoyo las piernas sobre la mesa baja y comienzo a hacer zapping hasta que la pantalla me muestra mi imagen, bueno, la de Nina. La pobre estúpida luce pálida de terror, parece un ciervo indefenso rodeada de flashes y siendo arrastrada por la acera por Jasper.

—¿Alguna vez volverá a ser lo que era? —pregunta uno de los reporteros de *TMZ* a su compañero.

—Su carrera se acabó el día que ingreso al manicomio —agrega otro. Sonrío a ese.

—Se la ve bien —admite una mujer.

—Yo la veo aterrada. ¡Adiós a la súper modelo! —sentencia el último.

—No deberías ver esas cosas, Nina. —La severa voz de Jasper detrás de mí me sobresalta.

—Tienen razón, esto ya no es para mí —respondo con cara de víctima indefensa y apago la televisión.

—¿Quieres dejarlo? ¿Estás dispuesta a abandonar tu carrera?

—Creo que ya lo hice...

—Sí es lo que te hace feliz, estoy contigo, amor.

—Al menos por ahora. Hasta que mejore, como dice el doctor

Smith.

—Bien, hablando de eso, mañana tienes sesión.

—Lo sé. Me hace tan bien hablar con él. Me entiende y no me juzga —expreso para molestarlo. Sé que el idiota está celoso de él. Los hombres son básicos y simples. Y yo sé bien cómo manejarlos.

—Lo que sea que te haga bien —agrega con disimulado desdén, toma una cerveza del refrigerador y vuelve a la oficina.

Luego de pedir y comer la cena, una delicia hindú, vemos una estúpida serie en *Netflix* y tengo que dejarme abrazar por él. <<*Todo valdrá la pena, pronto terminará y serás libre*>> me recuerdo.

Al irnos a la cama, Jasper está más interesado en desvestirme que yo misma. No me opongo, después de todo, el deseo es humano y no es la primera vez que termino acostándome con él. Y el maldito es condenadamente apuesto.

Paul



—Doctor Smith, su esposa está aquí. —Avisa mi secretaria por el teléfono. Enseguida me alarmo, Kate jamás viene a mi oficina, si lo hizo es porque algo grave pasa.

—¿Kate? —saludo sorprendido en cuanto me levanto de mi silla y me acerco a la puerta para recibirla.

—Tenemos que hablar, Paul, siento molestarte en el trabajo, pero es urgente.

—Claro, ven. —Le doy un beso en la mejilla y nos dirigimos al interior del despacho. Tomamos asiento en el sofá grande. Kate está nerviosa, no sabe qué hacer con sus manos, así que las mueve constantemente. Las tomo con cariño, tratando de reconfortarla.

—Es Macon, debemos sacarlo de esa escuela cuanto antes. —dice con la voz congestionada por la urgencia.

—¿Qué sucede?

—Le han dado una paliza nuevamente. Y esta vez, fracturaron uno de sus brazos. Acabo de dejarlo en casa con la niñera.

—¡¿Cómo?!

—No quiere decirme. Pero me llamaron de la escuela, lo encontraron lastimado cuando el recreo terminó, llamaron a la

ambulancia y lo trasladaron al hospital. Allí lo encontré.

—No puede ser... No puedo creer que haya chicos con ese grado de maldad, solo por ser diferente...

—Lo necesito sano y seguro, Paul. No me importa cómo lo hagas, pero Macon no volverá a esa escuela. Jamás. —sentencia decidida.

—Por supuesto que no. Trataré de agilizar el ingreso a la nueva escuela, mientras tanto, se queda en casa.

—Bien. Eso mismo pienso yo.

—Él ¿cómo está?

—Aturdido, asustado, desconcertado.

—Lo llevaré con su psicólogo, va a necesitar hablar del tema.

—De acuerdo. Debo irme. Te veo en casa. —Se despide con más tranquilidad y la abrazo, fuerte.

—Todo estará bien, no dejaremos que le vuelvan a hacer daño. Lo prometo, Kate.

—Lo sé.

Cuando mi esposa se marcha, la indignación e impotencia me consumen. No ser capaz de proteger a mi propio hijo del maltrato me desgarran. Toda mi vida he trabajado con personas con estrés post traumático, ya sea por abuso sexual, físico o psicológico. Pero cuando es mi hijo el que debe afrontar esta situación, todos mis años de conocimiento se esfuman.

Me siento en mi sillón, apoyo los codos sobre el escritorio y dejo

reposar mi cabeza sobre mis manos, me siento derrotado, frustrado y la situación se me escapa de las manos.

—¿Mal día? —pregunta una voz femenina que conozco a la perfección. Levanto la cabeza, sorprendido, y la veo parada frente a la puerta con una sonrisa tímida.

—Hola, Nina. Sí, un día difícil. Adelante.

—Podemos dejar la sesión para otro día, doctor Smith, lo entiendo.

—No, no te preocupes. Estoy bien. Vamos, toma asiento donde quieras —indico mientras tomo un vaso de agua y camino hasta la zona de los sillones. Me siento en mi sofá individual y con la libreta y pluma en mano, centro mi atención en ella.

Miro con atención a Nina, hay algo en ella que parece fuera de lugar, pero aún no sé qué es. Es cierto que está más arreglada de lo normal, siempre usa ropa muy discreta, y esta vez, muestra más piel de lo que acostumbra. La rodea un aire extraño, ¿sensual? No lo sé. Pero algo no está bien.

—¿Qué tal tu semana, Nina? —pregunto interesado e intento relajarme.

—Difícil Doc... su voz... no me deja en paz, la oigo constantemente y las jaquecas empeoran día a día —admite tomándose la sien y masajeando suavemente.

—Te daré algo para las migrañas, no te preocupes. ¿Qué dice *Ella*?

—Lo de siempre... que no valgo nada, que no sirvo para nada,

que no merezco nada.

—¿Por qué piensas que lo dice?

—No lo sé, ¿porque es cierto?

—No, Nina, no lo es. Es solo su manera de interactuar con el mundo, *Ella* solo conoce violencia, abusos, daño. Y reacciona a los demás de la forma en que le es familiar —digo mientras tomo algunas notas. Su gesto cambia por una respiración, y me deja ver su furia, pero es tan repentina que desaparece instantáneamente.

—¿Cómo hago para no escucharla?

—No puedes callarla, pero quiero que intentes algo.

—Lo haré, lo que sea —responde con demasiada convicción. ¿Qué está mal, Nina? ¿qué me ocultas? Me pregunto en silencio.

—Intenta dialogar con *Ella*. Hazle saber que puedes escucharla, comprenderla, que no está sola. Que su dolor, es tu dolor. Debemos crear puentes entre ambas, algún lazo que no sea el resentimiento y sufrimiento. Algo que las unas ¿crees que puedes hacerlo?

—Lo intentaré, Paul —concede y algo en la forma en la que dice mi nombre me resulta aterrador.

—¿Qué tal Jasper?

—Las cosas con Jas... —Hace una pausa y esconde la mirada— no están del todo bien.

—¿Discutieron?

—No, Jasper nunca discute, Jas siempre hace lo que quiero.

—¿Entonces? —continúo más intrigado que antes.

—Tengo la sensación de que todo acabó para nosotros. Creo... —
Deja escapar unas lágrimas tímidas que limpia de inmediato—, creo
que ve a alguien más y no se anima a decírmelo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Simplemente lo sé. Ya no me toca, apenas me habla y cuando
lo hace, hay algo en su voz que suena a disculpa. No sé cómo, pero lo
sé.

—Me resulta muy difícil de creer, Nina. No parece propio de
Jasper. Yo mismo vi cuánto te ama y se preocupa por ti. ¿Segura que
no es *Ella* poniendo cosas en tu cabeza que no están allí?

—No es *Ella*, no esta vez —dice con convicción.

—De acuerdo, digamos que estás en lo cierto, ¿qué quieres
hacer?

—Dejarlo —admite sin titubeos, y ahí está otra vez esa seguridad
que no suelo ver en sus acciones.

—Así ¿sin más? ¿Por qué no intentar solucionarlo, hablar del
tema?

—¿Cuál es el punto? Si tiene otra, no hay nada más...

—Quizás sí lo hay y no quieres verlo. —Su frente se arruga y
clava sus azules ojos en mí, su mirada me hiela la sangre. Y ahora sí,
estoy seguro que hay algo más que no me está diciendo. Pero no
puedo arrinconarla, necesito ir de a poco.

—Si está con otra mujer, jamás podré volver a confiar en él. Y no

quiero vivir de ese modo, Paul. Lo mejor será que me aleje. —Desvía la mirada por unos segundos, pero no los suficientes como para inadvertir su reacción. Todo parece montado, como si estuviera actuando para mí.

—Dime algo, Nina, ¿has pensado en hacerte daño?

—No, jamás lo haría, lo sabes —dice de forma defensiva.

—¿Hay algo más que me quieras contar? Sabes que puedes decirme lo que sea ¿verdad?

—Estoy diciéndote todo, Paul. No hay nada más. —Endulza su mirada nuevamente, volviendo a ser la Nina que conozco.

—Bien, te veré la próxima semana. Si me necesitas o quieres hablar de algo, llámame.

—Lo haré, gracias por todo. —Se despide.

Cuando me quedo solo en mi despacho, comienzo a revisar mis notas. Algo en el comportamiento de Nina no encaja. Pero tampoco puedo afirmar que sea *Ella*. Por lo general, su alter ego es mucho más combativo y violento. Y si bien Nina está diferente, quizás sea producto de las terapias, y con un poco de suerte, le hayan devuelto la seguridad que perdió.

Como Nina es mi último paciente del día, recojo mis cosas y me subo al auto. Mi cabeza da vueltas sobre distintos asuntos y todo a la vez. Macon, Nina, Kate... no puedo centrarme solo en una cosa y mi cabeza está por explotar.

Al llegar a casa, saludo a mi hija y luego abrazo con cariño a Macon, tomo un refrigerio y ambos nos marchamos a ver a su

terapeuta.

Cuarenta minutos después de haber llegado, sigo esperando en la sala, mientras mi colega atiende a mi hijo. No hay nada que pueda hacer yo en esto, solo esperar.

La puerta se abre y Pratt sale junto a Macon, mi hijo se ve más tranquilo e incluso hay un pequeño indicio de sonrisa en sus labios, lo que me reconforta de inmediato.

—Nos esperas unos minutos, Macon, debo hablar con tu padre —dice mi colega con una mano sobre el hombro de mi pequeño. Él asiente y se acomoda en la misma silla que acabo de abandonar. Revuelvo su cabello al paso y nos metemos en su despacho.

—Bien, Pratt, dime. —Ordeno sin rodeos.

—Macon está bien, entiende la diferencia entre el bien y el mal y no siente odio por sus agresores, pero tampoco empatía. Simplemente no le importa.

—Eso no es bueno —aseguro.

—No, no lo es. Pero también es parte de su Asperger, un rasgo de su desorden.

—¿Tiene miedo?

—No.

—¿Qué hago, Pratt? —pregunto desesperado.

—Contenerlo, no hay mucho más. Debemos trabajar en sus emociones, cómo reconocerlas, cómo manejarlas... darle seguridad y una buena herramienta para enfrentar el mundo, Paul.

—No quiero que estos incidentes dejen una huella que no pueda borrar.

—Macon tiene una familia que lo entiende, acompaña y protege. No habrá más secuelas que las que habría en cualquier niño de su edad, que sufre de abusos.

—¿Estás seguro?

—Como dije, no entiende por qué lo hacen, pero sabe que está mal.

—Necesito cambiarlo de escuela cuanto antes... —admito.

—No lo recomiendo. Alejarlo de sus abusadores suena a que es lo más correcto, pero no puedes protegerlo toda la vida. Algún día tendrá que aprender a lidiar con eso, por sí mismo. Y no queremos que llegue el día en que no sepa cómo hacerlo ¿verdad?

—Pero su seguridad...

—Sí, es lo más importante. Debes tomar medidas en el asunto. Reúnete con los directivos de la escuela y exígeles que tomen cartas en el asunto. Si no lo hacen, ve más allá. El distrito escolar tiene tolerancia cero al *Bulling*.

—No lo sé, no quisiera exponerlo a tanto.

—Sé que es difícil, pero alejarlo repentinamente de todo lo que conoce no es lo mejor en su caso. La ansiedad puede ser mucho más perjudicial que el mismo maltrato. Deja que todo siga su curso con la nueva escuela. Ellos están más familiarizados en niños con autismo que cualquiera y saben cómo integrarlo de la mejor manera.

—De acuerdo, Pratt. Gracias por todo.

—No hay por qué. Los veo la próxima semana.

Durante nuestro viaje de regreso a casa, aprovecho el trayecto para encontrar un punto en común con Macon. Quiero pasar más tiempo con él, interesarme por sus cosas. Necesito encontrar algo que nos una y nos acerque.

—Sabes, puedo conseguir entradas para ver a los *Knicks* la próxima semana ¿te gustaría?

—No me gusta el básquet, papá —responde haciendo añicos mi idea.

—No lo sabía, lo siento.

—¿Podrías conseguir para los *Yankees*?

—¿Béisbol?

—Quisiera verlos... sabes, el béisbol es un deporte como ningún otro, todo se trata de matemáticas, estadísticas.

—No lo sabía. Me encantaría que me cuentes más sobre eso —digo emocionado. Puedo soportar sin problema cuantos partidos de los *Yankees* se necesite para acercarme a mi hijo.

Cuando llegamos a casa, Macon no puede parar de hablar sobre estadísticas y béisbol. Mi sonrisa es enorme, verlo interesarse por algo que no sea su videojuego me encanta.

Después de la cena y de acostar a los niños, le cuento a Kate lo que acordé con Pratt. No está feliz, por supuesto, pero lo entiende. Me voy a dormir con cierta sensación de alivio. Al menos pude ayudar a alguien hoy.

O eso espero.

Ella



Revuelvo mi café con la mirada perdida en la ventana de la cafetería. Odio que me hagan esperar. Esto lo pagará caro ese imbécil. Repaso por décima vez mi sesión del otro día con el idiota de Paul. Qué cerca estuvo de desenmascararme, debo ser más cuidadosa con mis reacciones, o lo sabrá. Es que el muy maldito, sabe sacarme de quicio sin esfuerzo. Incluso más que la desgraciada de Nina.

<<*Paciencia, Ella, pronto... pronto...*>> me repito como mantra.

—Lamento mucho la demora. El tráfico en New York es de terror. —Se excusa mi acompañante con una sonrisa de disculpa y un beso en mi mejilla.

—¿No llevas viviendo en NY toda la vida? —pregunto con ironía. Él sonríe y toma asiento frente a mí.

—Cierto, pero estuve como tres años en París y me desacostumbré —agrega y hace señas al mesero—. Un *macchiato*, por favor.

—Siempre tendremos París... —digo para cortar el ambiente y relajarme un poco. Hay pocas cosas en el mundo que me moleste más que los idiotas altaneros como Tyler. Pero es un mal necesario.

—No sabes cuánto me alegró tu mensaje. Ya creí que te habrías olvidado de mí.

—¿Cómo podría hacerlo? Pero, supongo que sabes, que estuve con algunos problemas personales.

—Algo de eso leí. Todas calumnias, seguramente.

—Por supuesto. En fin, cuéntame de ti —inquiero con una deslumbrante sonrisa, y el muy idiota cae rendido a mis pies.

Pasamos dos horas charlando, bueno, él hablando de su carrera, de su persona, de su vida... y yo sufriendo e imaginando cómo se vería con una mordaza en la boca. Para el final de la cita, Tyler está más que dispuesto a volver a vernos.

—Te mando un mensaje en la semana para que nos volvamos a encontrar. —Me despido con un ligero beso en la comisura de sus labios.

—Cuando tú quieras, muñeca —agrega y me toma por la cintura con una mano y besa mis labios con fuerza. Lo dejo hacer, es justo lo que necesito.

De regreso a casa, me encuentro inevitablemente con Jasper, que está tirado sobre el sofá viendo algo en la televisión.

—Hola, amor, ¿qué tal te fue?

—Bien, hacía mucho que no veía a Silvy. La pasamos fenomenal.
—Miento, porque eso es lo que le dije.

—¿Por qué no la invitas a cenar? Me gustaría conocerla.

—Claro, le diré la próxima semana.

—¿Comida china?

—Lo que quieras, me daré un baño —respondo y me encamino a

la habitación.

Lidiar con Jasper requiere de tanta energía que termino agotada. La ducha me ayuda a relajarme, busco algo cómodo que ponerme y cuando llego a la sala, mi sorpresa es enorme.

—Hola, pequeña. —Saluda un muy sonriente Marc, mientras se pone de pie.

—Hola, Marc, qué sorpresa, no sabía que vendrías —digo con toda la tranquilidad que puedo, tenerlo a los dos juntos empeora todo.

—Tenía muchas ganas de verte, espero no molestar.

—Siempre eres bienvenido en nuestra casa, Marc —interrumpe Jasper, al tiempo que agrega otro plato a la mesa.

—Claro que no, me alegra verte. —Miento y me dejo abrazar por él.

La cena es un martirio, una verdadera tortura, pero pongo mi mejor cara de nada, cara de Nina. Y respondo con una sonrisa a todos sus comentarios y preguntas. Ellos, por su parte, parecen estar pasándola bien, no creo que ninguno de los dos sospeche nada.

—¿Qué dices, pequeña? ¿quieres hacerlo? —pregunta Marc, y mi cerebro reacciona y sale del letargo.

—Lo siento, ¿qué?

—La campaña en contra del suicidio, de lo que te estaba hablando.

—Ah, sí, ya. Mmm... no creo que sea lo mejor, no al menos en este momento. —Titubeo para mostrar cuánto me incómoda este

tema. Aunque claro, a mí no me importa en lo más mínimo. Pero bajo ningún punto de vista, voy a hacer semejante estupidez. Si alguien se quiere matar, pues, que lo haga. ¡Qué me importa!

—Si no te sientes lista, está perfecto. Les agradeceré en tu nombre y listo.

—Gracias, creo que es lo mejor. Seguro Paul opina lo mismo.

—¿Qué tal van sus sesiones? —Sigue preguntando Marc.

—Bien, cada vez me siento mejor.

—Se nota, pequeña. Me alegro mucho por ti. —La única satisfacción de la noche la encuentro al ver la cara de Jasper, está celoso del loquero, lo sé.

Marc se despide y aprovecho que el idiota junta los platos en el fregadero para escaparme a la habitación. No quiero tener que ver su cara por las próximas horas. Cuando él se une a la cama, finjo estar dormida. Me abraza, me acaricia, pero yo ni me muevo, por lo que desiste y finalmente se duerme.

Amanece un nuevo día y el sol que entra por la ventana me llena de energía. Me estiro sobre el colchón y, para mi alegría, estoy sola en la cama. No podría pedir mejor inicio de día.

Una nueva ducha para quitarme el olor a perdedor de Jasper de encima y me visto deslumbrante. No estoy dispuesta a desperdiciar mis días con la ropa aburrida de Nina. Que lo vean como un cambio positivo, si alguien pregunta, diré que la terapia me está ayudando.

El estómago me cruje de hambre y el olor que viene de la cocina me llama. Al llegar, veo al idiota del novio de Nina preparando todo.

—Buenos días, amor —saluda con una sonrisa que me quita el apetito.

—Buenos días. Esto huele genial.

—Tu favorito, huevos revueltos con tocino y tostadas —dice sonriendo y entregándome el plato, que forma una sonrisa con los alimentos, y una taza de café humeante.

—Gracias, no deberías molestarte. —Me siento en la barra de desayuno y trago casi sin masticar, no veo la hora de salir de aquí.

—Hoy estaré todo el día en la galería, debo preparar todo para la exposición. —Avisa y mi sonrisa vuelve de forma instantánea.

—Perfecto, no te preocupes por mí.

—¿Me llamas si me necesitas?

—Por supuesto, serás el primero. —El primero de mi lista de indeseables.

—Adiós, amor. Que tengas lindo día. —Besa mi hombro y se marcha.

Finalmente, sola, comienzo a comer lentamente, disfrutando de los sabores. No es mi desayuno favorito, sino el de Nina. Yo prefiero un Hot Cake, pero el hambre me puede. Tengo todo el día libre y decido salir a pasear.

El paseo me lleva directo a la casa del doctor Paul Smith. Por supuesto, no me sorprende al verla. Es todo lo que esperaba. Una hermosa casa familiar, el césped bien recortado, juguetes de niños por todas partes. Hice bien en seguirlo la otra noche.

Por una de las ventanas abiertas, logro divisar la silueta de una mujer. Su esposa, supongo. Me acerco un poco más, resguardándome en las sombras de los arbustos. Es bella. De cabello corto castaño, figura delgada, sin muchas curvas, pero las propias de una madre. Su rostro es precioso, rasgos delicados y femeninos. No hay nadie más en la casa, o al menos eso parece. Ella toma un bolso, las llaves y se encamina a la puerta. Me escondo detrás de un árbol y la veo marcharse.

Unos minutos después, la curiosidad me guía y me acerco a la puerta trasera. Para mi enorme sorpresa, está sin llave. Entro con sigilo. El aire huele a comida casera, a hogar, no sabría cómo describirlo, pero algo entre galletas y condimentos. Todo se ve reluciente, Paul vive bien. Recorro la cocina, el comedor y finalmente la sala familiar. Veo dibujos de los niños, cuentas que pagar, anotaciones por aquí y allá. Y muchas, muchas fotografías familiares. Me detengo un minuto en una de ellas. Están los cuatro juntos en un día de campo en alguna parte. Todos sonriendo, una hermosa familia feliz. Sin poder evitarlo, doy un golpe al cuadro que cuelga en la pared, se tambalea y cae. Observo con detenimiento, el vidrio se partió, dejando un hermoso agujero justo en la cara de su esposa. Y como una revelación, lo veo todo claro.

Ella debe desaparecer, Paul está enamorado de mí, lo sé. Puedo sentirlo. La forma en que me mira, cómo se preocupa por mí. Ahora todo es claro. Debemos estar juntos.

Con ese pensamiento, sigo recorriendo la casa, la sala de estar, el comedor formal y me encuentro justo frente a su oficina. Es todo Paul, como él. Masculino e inteligente. Está llena de libros, cuero y madera.

Rebusco en su escritorio y veo papeles y anotaciones con distintos nombres. Busco mi carpeta, pero no la veo por ninguna parte. Finalmente, descubro un armario con llave, y para mi suerte, encontrar la llave no me cuesta mucho, estaba debajo de una lámpara. Busco "*Sloan*" y una enorme carpeta amarilla aparece. La ojeo...

De repente, la furia me invade, el maldito está empeinado conmigo. Quiere que desaparezca. ¡No, no se lo voy a permitir! No iré a ningún lado. Si cree que puede deshacerse de mí, le demostraré cuán equivocado está.

La última anotación es un tiro de gracia. Ahí están sus sospechas, no sabe qué está pasando con Nina, pero sabe que algo pasa. Debo ser más cuidadosa. Y cuidar las formas frente a él, al igual que mis reacciones.

Dejo todo como estaba y subo al segundo piso. La primera habitación es claramente de su hija, abunda el morado, las muñecas y los ponis. Me dejo caer en su cama y pienso en Paul como padre. Me pregunto si muy dentro suyo, será igual al padre de Nina...

Al rato, retomo mi marcha y me encuentro con la habitación de un niño. Dibujos poco propios de un niño pequeño, demasiado talento para alguien de diez años. Luego un diario.

"¿Por qué soy distinto?" "Quisiera ser normal" "No entiendo a la gente, ¿por qué me miran así?" "Nada" "nada" "Nada"

Bueno, está claro que no somos las únicas que necesitamos ayuda. Finalmente, encuentro la dirección de su escuela. Quizás deba visitar al pequeño Smith... pienso con una sonrisa.

Por último, está la habitación de Paul y su esposa. Me meto en su armario y paso mi mano por su ropa, camisas, trajes... etc. Tomo una camisa azul y la olfateo. El aroma de Paul me atraviesa como un puñal y el deseo me recorre las venas. Debe ser mío, es mío...

Me coloco la camisa y me dejo caer en la enorme cama matrimonial, y más sensaciones me inundan. Todo huele a él y siento como mi piel toma temperatura. Cierro los ojos para dejarme invadir por los sentidos. Y puedo sentir sus manos acariciando mi cuerpo, su boca lamiendo cada centímetro de mi piel, sus palabras deleitando mis oídos.

"Te amo, Ella, eres tú a quien amo, siempre serás tú..."

El ruido de un auto estacionando me trae de regreso y maldigo en mi interior. Debo salir de aquí sin que me vean. Me decido por una ventana, la abro y me detengo en el alféizar. El árbol no está lejos y me aventuro a saltar. De milagro consigo aferrarme a una rama, pero en el camino me he raspado los brazos y un poco la cara. Maldigo, pero logro escapar sin ser vista.

La semana parece interminable, la presencia de Jasper me incómoda a puntos insospechados, debo acabar con esto. Decido mandarle un mensaje a Tyler.

Yo: ¿Estás ocupado?

Tyler: Para ti, nunca.

Yo: Te espero en mi casa en media hora. No te demores <3

Tyler: ya mismo estoy saliendo. XO

Hoy debe ser el día, Jasper está a punto de llegar de la galería y me da tiempo suficiente para enredarme con el imbécil de Tyler. Corro al armario y me quito la ropa. Busco un sensual y revelador camisolín negro, transparente y con encaje. Me suelto el cabello y lo revuelvo para hacerlo más salvaje. Me coloco algo de rubor en las mejillas y labial rojo pasión en los labios, un poco de perfume y el timbre del apartamento suena.

—Te estaba esperando. —Saludo en tono sensual apenas abro la puerta. La cara de Tyler no me deja dudas, babea por todos lados. Sin mediar palabra, me toma en brazos y me estampa un apasionado beso en los labios.

Comienzo a desvestirlo rápidamente, no puedo perder el tiempo. Su chaqueta es lo primero que tiro al piso, de camino a la habitación. Luego la sudadera. Cuando llegamos al borde de la cama, me encargo de sus pantalones y, por último, el bóxer.

Dejo un reguero de besos por su pecho, mientras me imagino que es Paul a quien tengo en frente. El deseo se apodera de mí. Él me quita la pequeña enagua y me tira bruscamente a la cama. Hace presa a mis muñecas sobre mi cabeza y la desesperación me invade, al igual que los recuerdos. Es Nina, puedo sentirlo. Pero no la dejo ganar. No llegué hasta aquí para arruinarlo todo. ¡Ella no puede volver! ¡Es mi turno, lo merezco!

Sin miramientos, se hunde en mi interior. La violencia con la que lo hace me descoloca y lo golpeo con todas mis fuerzas en el rostro. Pero lejos de amedrentarlo, eso parece motivarlo más. Y devuelve el

golpe, de forma más suave.

El peso de su cuerpo me ahoga, sus manos aprietan con fuerza mis pechos y grito entre jadeos. Una mezcla espantosa de deseo y terror me invade y la adrenalina me recorre entera.

—¿Nina? ¡Pero qué mierda es esto! —La voz cargada de ira de Jasper rompe el embrujo diabólico y recuerdo mi propósito.

De inmediato, Tyler se baja de mí e intenta cubrirse el cuerpo.

—¡Jasper! Yo... lo siento. —Actúo de mujer avergonzada, aunque por dentro mi sonrisa es gigante cuando veo su rostro congestionado por el dolor.

—¿Por qué? No lo entiendo, Nina... —dice derrotado y siento que no puedo permanecer quieta, quiero saltar, reír, bailar...

—Lo siento... —repito y bajo la cabeza para ocultar la sonrisa. A lo lejos escucho el sollozo de Nina en mi interior. Y es otra victoria para mí.

No dice más nada y abandona el dormitorio, dejándonos a Tyler y a mí solos.

—Debes irte —indico a mi acompañante mientras le tiro su bóxer a la cara.

—Lo siento, yo... no sabía. —intenta disculparse.

—No es tu culpa. Vete, por favor.

—¿Segura que quieres quedarte sola con él? —dice mientras se viste.

—Sí, no pasará nada. Vete. —A lo lejos oigo la puerta de entrada

cerrarse con fuerza. Jasper se ha ido. Todo salió como esperaba.

—Llámame. —Se despide Tyler.

Cuando me quedo sola, me dejo caer sobre el colchón, tan satisfecha por mí, que apenas puedo contenerme. Sonrío dichosa, finalmente se termina la farsa y, como recompensa, me deshice del imbécil de Jasper.

Su novio no vuelve en toda la noche, lo que me da tiempo suficiente para beber unas cuantas cervezas al tiempo que empaco mis cosas. Quiero salir cuanto antes de aquí. Cuando llega la mañana, ya tengo todo listo. Solo necesito un pequeño detalle más.

Jasper:

Siento que hayas sido testigo de esto, pero ambos sabemos qué hace mucho tiempo que lo nuestro acabó. Quizás jamás debió comenzar. Nos engañamos a nosotros mismos. Ambos merecemos algo distinto, algo mejor.

Buena suerte, no me busques.

Nina.

Paul



—Lo siento, Paul. Hicimos todo lo que pudimos. —Avisa el doctor Johnson, el jefe de urgencias.

—Gracias. Le diré a la familia, si no te importa.

—Adelante.

El camino desde la sala de trauma, hasta la de espera es interminable. Cuando recibí el llamado de la enfermera Louis, avisándome que uno de mis pacientes, el Teniente James Cooper, había sido ingresado por una herida de bala de inmediato supe que era un suicidio y que, esta vez, no había fallado. Cooper lleva años luchando contra la depresión, por su *SPT* a causa de su servicio en el ejército. Y todos los tratamientos que probaba, no daban buenos resultados. Demasiado daño.

—Señora Cooper, lo lamento mucho. No pudieron salvarlo. Los médicos lo han intentado todo. Lo hemos intentado todo... —digo a su viuda.

—Lo sé, doctor Smith, gracias por todo —responde la mujer entre lágrimas, pero con la resignación de quien sabe que no había otro final.

—Cualquier cosa que necesite...

—Por supuesto, gracias.

Me despido de las enfermeras y retomo el camino a mi consultorio privado. El paso por el *Lennox Hill* es más corto de lo que pensé. El pesar por no haber sido capaz de ayudar a mi paciente es un peso enorme que se acomoda sobre mis hombros y que me va a costar dejar atrás. Tengo que hablarlo cuanto antes con mi terapeuta. Una de las grandes ironías del psicoanálisis, es que los psiquiatras necesitamos de los terapeutas, más que nadie.

Cuando llego a mi oficina, mi secretaria Lily está esperándome con un café recién hecho. Niego con la cabeza, ella sabe que he ido por una urgencia. Tomo la taza entre mis manos y me meto en mi despacho.

Aprovecho el *impase*, para disfrutar del reconfortante y necesario café, mientras reviso unos papeles. Miro la historia clínica de Cooper, tres intentos de suicidio previos, dos internaciones, decenas de medicamentos, horas y horas de terapia para terminar en esto. <<*La muerte es demasiado definitiva, nunca es una solución*>> me repito en mi cabeza.

—Doctor Smith, lo llama la señora Newton. —Avisa Lily por el intercomunicador.

—Buenas tardes, señora Newton —saludo a la directora del nuevo colegio de Macon.

—Buenas tardes, doctor Smith, disculpe que lo moleste, espero que tenga un minuto.

—Por supuesto, dígame.

—Estamos listos para iniciar la adaptación de Macon a principios del próximo mes.

—Perfecto, me alegra mucho saberlo.

—Ya hemos enviado los papeles a su antigua escuela. Un acompañante terapéutico se pondrá en contacto con ustedes para ayudarlos en el proceso, su nombre es Ryan Tumbler.

—De acuerdo, muchas gracias.

—Para servirle, esperamos ansiosos a Macon. —Se despide la mujer.

El alivio se hace presente de inmediato, saber que Macon va a estar en el lugar que merece, y con la ayuda que necesita, me deja mucho más tranquilo. A pesar de que la reunión con los directivos, maestros y padres, en su antigua escuela, salió bien, y los agresores fueron expulsados de la institución, alejar a mi hijo de ese ambiente es lo mejor.

—Su paciente de las 17pm está aquí, doctor. —Avisa Lily.

—Hazla pasar, gracias.

Me pongo de pie, y en un parpadeo, dejo todo el día atrás. Debo enfocarme en ella, algo está mal con Nina y debo averiguar qué es.

—Hola —saluda tímidamente cuando ingresa en mi despacho. Hoy no se encuentra tan arreglada como la otra vez y su rostro está demacrado, sus ojos hinchados. Estuvo llorando, lo sé.

—Hola, Nina ¿te encuentras bien? —pregunto de inmediato mientras voy a su encuentro. Ella sin decir nada se lanza a mis brazos y solloza en silencio.

—Nada está bien, Paul... —balbucea entre lágrimas, su cuerpo tiembla e intensifico mi abrazo. En un intento por contenerla, acabo de dar un paso más allá de lo profesional. Pero no puedo evitar sentirme afectado por su vulnerabilidad.

—Tranquila, toma asiento. Te traeré un vaso de agua —adviento mientras la ayudo a sentarse. Vuelvo con agua y ella está tratando de recomponerse. Le alcanzo una caja de pañuelos de la mesa baja.

—Todo terminó, Jasper me dejó. Tuve que marcharme de casa. ¿Qué haré ahora? —dice con la voz entrecortada.

—¿Qué sucedió?

—Lo que sospechaba, lo encontré en la cama, nuestra cama, con otra mujer.

—Lo siento mucho, Nina...

—Yo también. Llegué a casa temprano, había salido a pasear, pero no encontré con qué entretenerme y decidí volver. Apenas abrí la puerta, noté cosas fuera de lugar. Ropa tirada en el suelo y ruidos que provenían de la habitación. Fue entonces cuando abrí la puerta y los vi. Estaban desnudos, teniendo sexo en la cama que compartimos... —dice y no puede contener más las lágrimas.

—No lo entiendo... —admito, el comportamiento de Jasper no me llevó a sospechar de algo así, jamás—. Tranquila Nina, no es tu culpa...

—Sí, sí lo es —interrumpe— dijo que yo no era la misma, que había cambiado, que ya no lo necesitaba, que ya no podía más, que

merecía más, mucho más.

—Estoy seguro que nada de eso fue en serio, es algo que se dice en el momento, nos dejamos llevar por las emociones y decimos cosas que, sabemos, herirán al otro.

—Después fue peor, Paul. Cuando recogía mis cosas para marcharme, intentó hacerme creer que fui yo la que lo engañó, aprovechó mi enfermedad para defenderse. ¡Me hizo pasar por loca!

—¿Eso hizo? —Cada vez estoy más confundido. Ese es un comportamiento patológico y Jasper nunca mostró ninguna característica de esas.

—Fue espantoso, Paul... yo... yo no puedo soportarlo. —Consiente y se vuelve a lanzar a mis brazos. Se arrodilla entre mis piernas y se abraza a ellas, llorando con desesperación.

—Tranquila, Nina, todo estará bien, ya lo verás. Respira lentamente, dentro y fuera —incito tomando su rostro entre mis manos para mirarla a los ojos.

Lo hace, pero no solo eso. Se endereza y se sienta sobre mis piernas, aferra fuertemente mi cabello entre sus manos y me besa desesperadamente. Por unos segundos, no sé cómo reaccionar, o mejor dicho, no intento reaccionar. Hasta que la imagen de Kate viene a mi cabeza como llamada por mi inconsciente para salvarme del peor error que puedo cometer.

—Detente, Nina —señalo sujetándola de las muñecas y desarmando su presa.

—No, sé que también lo deseas. Te amo, Paul, tú me entiendes,

me conoces, no te asusto. Ámame, por favor... —suplica mientras forcejamos.

Y es entonces cuando definitivamente lo sé. No es Nina con quien estoy lidiando. Mis problemas personales me volvieron descuidado y no pude notar que *Ella* está en control. ¿Cómo dejé que pasara esto? Me reprocho.

—Suficiente, *Ella*. No te amo y tú no me amas a mí. —Sentencio poniéndome de pie, con ella aun sujeta a mi cuello.

—Sí, me amas, lo sé. Siempre lo supe... —responde, hasta que es consciente de cómo la he llamado—. Te equivocas, Paul, no soy *Ella*. Soy yo, Nina.

—No, no lo eres. Estuve ciego, vi las diferencias, pero no pude procesarlas. ¿Cuándo tomaste el control?

—¡Soy Nina! —grita fuera de sí, se aleja de mí y corre a la puerta.

—¡*Ella*! —Llamo con tono severo e interrumpo su escape.

—¡Soy Nina! ¿No puedes verlo?

—Conozco perfectamente a Nina, y te conozco a ti. ¿Qué has hecho, *Ella*?

—¡Cierra la maldita boca, imbécil!

—¿Dónde está Nina? ¿Qué le has hecho?

—¡No quiero escucharte! Ya no más. No quiero saber nada de ninguno de ustedes, son todos unos imbéciles. ¿Qué tiene ella que no tenga yo? ¿Por qué la prefieren a ella?

—No se trata de eso, *Ella*, pero Nina es la dueña de este cuerpo,

de esta vida, no tú. En algún momento, te necesitó, pero no más. Debes dejarla.

—¡Es mi turno! ¡Lo merezco!

—No, no así.

—No dejaré que vuelva, ¡jamás! ¿Me has oído? —advierde entre gritos y, sin verlo venir, una de sus manos se estampa en mi mejilla con un ruido tan sonoro como violento.

—¡Detente, *Ella!* —intento sujetarla, pero se escabulle de entre mis manos y sale corriendo hacia las escaleras.

—¿Llamo a la policía, doctor? —pregunta Lily al pasar.

—No, yo me encargo —revelo y la sigo.

La persigo por más de cinco cuadras, con el corazón en la boca y los nervios a flor de piel, mientras veo como se cruza frente a los automóviles sin siquiera mirar. Comienzo a temer lo peor. Pero por suerte, se tropieza en la acera y cae. Dándome tiempo de alcanzarla.

La estrujo entre mis brazos con fuerza y empiezo a hablar lentamente.

—Debes regresar, Nina. Te necesito. Por favor. Sé que puedes hacerlo, vuelve —imploro.

—¡No! ¡No lo hará! ¡Jamás! —responde *Ella*, mientras se remueve entre mis brazos.

—No puedo, tengo miedo —admite en tono desesperado, y sé que es Nina que trata de volver.

—Vamos, Nina, tú puedes. Creo en ti. Estoy aquí. —La aliento.

—¡Nooooooooo! —grita *Ella* y se sacude violentamente.

Sus violentos movimientos nos tiran a los dos al piso. Está convulsionando, sus rasgos cambian tan drásticamente, es algo que jamás había visto en mis muchos años de experiencia. De repente, todo se detiene; su respiración se normaliza, y sus músculos se relajan.

—Respira, Nina, ve a tu lugar seguro. Visualiza la hierba, el verde, el sol. Deja que tus sentidos se llenen del ambiente. Encuentra la tranquilidad —susurro en su oído.

Muy lentamente, comienza a abrir los ojos y su mirada se encuentra con la mía. Y solo veo miedo, un miedo tan profundo que me contagia. Saco mi móvil del bolsillo y llamo al 911. La ambulancia tarda unos pocos minutos, en los cuales no la suelto, la acuno al tiempo que murmuro palabras tranquilizadoras solo para ella.

Llegamos al *Lennox Hill* en tiempo record. Durante el viaje, pido que le administren sedantes. Necesito que esté lo más tranquila posible. Aún es muy posible que *Ella* aproveche la oportunidad para volver. Y cada una de sus visitas suponen un enorme riesgo para Nina.

Ingreso a Nina al ala de psiquiatría y ordeno a la enfermera Louis que le coloque las correas. No me siento seguro dejándola libre. Temo por su vida más que nunca. El miedo en sus ojos me da la razón.

Cuando Nina se duerme, me meto en mi oficina a hacer unas llamadas. La primera es a Kate, mi esposa. Le aviso que no volveré a casa esta noche. Ella por supuesto, lo entiende. La segunda es a Marc.

Por supuesto, su asombro y confusión son entendibles, no ha notado nada de lo sucedido. Jamás sospechó que era *Ella* con quien lidiaba. Ha interpretado a Nina de manera asombrosa.

Por último, llamo a Jasper y le explico todo lo sucedido. Al poco tiempo, está en el hospital acompañado de Marc.

—Esta fue mi primera sospecha. No es la letra de Nina. — Confiesa su novio y me entrega una nota de despedida.

—Fue *Ella*, quería alejarte de Nina, como siempre quiso.

—Y lo logró. No sé si puedo con esto, otra vez, Doc...—admite con pesar. Apoyo una mano sobre sus hombros, lo entiendo perfectamente.

—¿Estará bien? ¿Qué pasará ahora? —Añade Marc.

—Debemos esperar. —Finalizo

Nina



Lentamente, comienzo a ser consciente de mi respiración, de mi cuerpo y de mi persona. Abro los ojos con lentitud y veo una habitación apenas iluminada por la luz de la luna. Giro mi rostro hacia la ventana y me pierdo en el paisaje, en el oscuro cielo y el resplandor de la luna.

De inmediato, sé que estoy nuevamente en el hospital, ha vuelto a pasar, *Ella* lo ha conseguido. Aún no sé cuál es el daño que causó esta vez, pero algo dentro de mí me dice que es grave. Estoy tan agotada de luchar, ya no quiero seguir peleando por vivir mi vida. La desesperación que la búsqueda de tranquilidad me causa, me abruma. Necesito que se termine, no puedo seguir así. Ya no más. Nunca más...

Mi enfermera favorita entra a la habitación, cargando una bandeja de comida. Enciende la luz y apoya la bandeja sobre la mesa.

—Hola, cariño —saluda amablemente con ese tono maternal que utiliza siempre y una sonrisa tranquilizadora en su rostro.

—Hola —respondo con poco entusiasmo.

—Me appena saber que has tenido que regresar. ¿Cómo te encuentras?

—Agotada, exhausta, harta...

—Es duro, lo sé, hija. Pero no puedes darte por vencida. Tienes una larga vida por delante que vale la pena vivir.

—¿Vale la pena? Lo siento, no lo creo.

—Algún día verás hacia atrás y podrás decir que tu pasado te convirtió en la persona fuerte que eres. Todo quedará atrás, ya lo verás.

—Algún día... quizás. —La mujer acaricia mi cabello y me deja un beso en la frente. Suelta mis amarres y me ayuda a sentarme en la cama, al tiempo que acerca la bandeja a mí.

—Buen provecho. —Se despide.

Siento el estómago revuelto y no tengo apetito, jugueteo un poco con la comida, moviéndola de un lado del plato al otro, intento comer un bocado, pero las náuseas me impiden tragar. Finalmente, desisto y me dejo caer sobre el colchón de hospital.

Cierro los ojos y busco en mi cabeza los rastros de *Ella*. Pequeños fragmentos de su tiempo en mi cuerpo. ¿Qué hizo? ¿qué dijo? ¿qué pretendía esta vez?

—Mi desaparición, como siempre. —Me respondo a mí misma.

Lentamente, y como si fueran piezas de un rompecabezas, su estadía comienza a aparecer frente a mis ojos, las lágrimas me desbordan cuando veo lo que hizo con Jasper. Le rompió el corazón, difícilmente olvide lo que pasó. Incluso sabiendo que no era yo. ¿Cómo entender que mi imagen es la que verá en sus recuerdos una y otra vez? Lo perdí, y esta vez para siempre.

—Lo conseguiste, *Ella*, lo has alejado de mí —digo al aire

conteniendo los sollozos.

El doctor Smith entra sigilosamente a la habitación, su perfume me advierte de su presencia, incluso antes de abrir los ojos y encontrarme con su mirada cansada.

—¿Cómo te encuentras, Nina? —pregunta sentándose al pie de mi cama.

—Cansada —digo sin emoción.

—¿Recuerdas algo?

—Mi último recuerdo es querer alejarme, huir. Pero pasó algo extraño.

—¿Qué cosa?

—Sé que *Ella* tomó mi lugar más de una vez, en el pasado. Pero nunca había sido consciente de su presencia en mi cuerpo. Esta vez, sí lo fui. A veces podía ver las cosas que hacía, pero de forma muy lejana. Como si estuviera viendo una película muy vieja y el audio fuera de muy mala calidad ¿tiene sentido?

—¿Lo tiene para ti?

—Eso creo, no lo sé. Pero ahora que estoy de vuelta, puedo ver pequeños fragmentos de cosas, como si sus recuerdos me fueran fáciles de alcanzar.

—Ahora eres consciente de su presencia física y de su consciencia, es por eso que puedes tener acceso a *Ella*.

—¿Eso es malo?

—Por el contrario, es muy bueno. En principio, quiere decir que,

aunque te ausentaste, estas lo suficientemente fuerte, como para resistirte a su intromisión. Ya no será tan fácil controlar tu cuerpo.

—Eso es bueno... supongo.

—Muy bueno, es un gran paso hacia la integración.

—Tiene que acabar, doctor, no sé si pueda volver a soportarlo. Ya no puedo más.

—Entiendo lo difícil que puede ser, Nina, pero valdrá la pena. Confía en mí — advierte, me aprieta cariñosamente la pierna y se pone en pie—. Deberías descansar. Vendré a verte más tarde.

—De acuerdo.

No soy capaz de preguntar por Jasper o Marc. Temo el daño colateral que *Ella* dejó a su paso. A veces la ignorancia es una bendición.

Los dos siguientes días no se me permite ver a nadie, solo a los médicos y enfermeras. Paul no me habla directamente de Jasper, pero pone especial énfasis en hacerme notar que nada de lo que *Ella* haya hecho tiene que afectarme. Pero lo hace. Yo soy la que debe lidiar con las consecuencias de sus acciones, es mi vida la que intenta arruinar y arrebatarse.

Una enorme parte de mí se resiste a prestar atención a mi terapeuta, estoy agotada, ya no quiero seguir. Pero no tengo escapatoria, debo hacer lo que Paul me indica si quiero salir de aquí. Y necesito hacerlo. La decisión está tomada. Y no hay vuelta atrás.

De las 72hs que dura mi internación, setenta son de terapia, seguimos hablando de lo mismo, una y otra vez. Todo se repite y no

veo la salida a mi problema. En algún momento, pensé posible dejar todo esto atrás, como un mal recuerdo. Ya no. Sé que es una batalla que no podré ganar, *Ella* es demasiado fuerte para mí. Ya no puedo luchar más por una causa perdida. No tiene sentido, pero no lo digo.

Finalmente, el doctor Smith me deja marchar bajo la supervisión y responsabilidad de Marc, al verlo, lo poco que queda de mi mundo, se derrumba. Cuando él me abraza, siento que cada pequeña cicatriz de mi interior termina de romperse. Lo he defraudado, una vez más...

—Lo siento tanto —repito una y otra vez, hasta que las palabras dejan de tener sentido.

—No es tu culpa, todos lo sabemos. No te tortures más —responde con dulzura.

El viaje a su casa es silencioso y me niego a saber de Jasper, por lo que no digo nada. Cuando él abre la puerta de la enorme casa, los perros corren a mi encuentro. Ese pequeño gesto de cariño, levanta un poco mi caído ánimo.

—Tu habitación esta lista, pequeña. Te daré algo de privacidad, pero estoy por aquí si me necesitas —avisa Marc, mientras carga mis maletas. Maletas que yo no hice, pero que debo aceptar.

—Gracias, Marc, por todo, otra vez.

—Está siempre será tu casa, Nina. Lo sabes.

—Gracias.

Cuando me quedo sola, doy una vuelta sobre mis pies, todo sigue exactamente igual que la última vez que viví aquí. Y es extrañamente reconfortante, me siento en casa. Me dejo caer sobre la

enorme cama, extendiendo mis brazos por encima de mi cabeza y la tristeza me invade.

No logro parar los sollozos silenciosos y las lágrimas encuentran el camino de salida.

—¿Por qué tiene que ser todo tan pesado? —Me pregunto con tristeza.

Es mucho más de lo que puedo cargar. Siento que todo el pasado que arrastro me está hundiendo. Si pudiera dejarlo ir, sería libre finalmente. Pero ¿cómo? Cómo olvidar una vida de tormento, de falsos recuerdos, de falsas realidades... cómo perdonar todo el daño, tanto dolor...

Los días se vuelven interminables, y no consigo sacar mi cuerpo de la cama, no encuentro las fuerzas para levantarme, cada pequeña acción, requiere de una enorme cantidad de energía que no tengo. Veo la desesperación de Marc, cada vez que entra y me encuentra exactamente como me dejó. Insiste en que tome las medicinas, pero ya no quiero seguir así. Finjo tomarlas, pero cuando él se va, simplemente las tiro en el baño.

—Finalmente llegamos al fin ¿no? —pregunta esa maldita voz, pero esta vez no viene de mi interior. Miro a mi alrededor y ahí está *Ella*. Apoyada contra el marco de la puerta del baño.

—Has vuelto... —afirmo.

—He vuelto. Hiciste bien en dejar de tomar esas mierdas. No lograron nada. Sigo aquí, siempre estaré aquí.

—Lo sé.

—¿Ya fue suficiente?

—Sí. Ya no quiero más...

—¿Tendrás el valor de hacerlo? ¿de acabar con todo?

—Sí.

—Bien, te prometo que encontrarás la tranquilidad que buscas. Es la única forma, lo sabes.

—Lo sé —admito.

—Antes de marcharnos, debes saberlo todo, todo... —dice con una sonrisa macabra. La piel se me pone de gallina y la sangre se hiela en mis venas.

—No quiero saber nada más. Por favor... —suplico.

—Debes hacerlo, es necesario. Una última vez y lo sabrás todo.

—¿Para qué?

—Para que lo entiendas.

—¿Tu odio? Ya sé porque me odias, nada que me muestres cambiará lo que somos.

—No, no lo hará. Pero es necesario.

—¿Para quién?

—Para ti, para mí. Tú y yo somos la misma persona, Nina. Yo soy tú.

—Quieres hacerme más daño, es eso ¿verdad? Ya no queda nada que puedas hacerme. Me lo quitaste todo...

—Aún no.

—Te estoy dando mi vida ¿qué más quieres?

—Tu alma, todo de ti, todo de mí. Lo que me pertenece.

Comienza a acercarse lentamente a mí, con paso firme y sus tenebrosos ojos fijos en los míos. Su determinación me apabulla y no puedo moverme. Me hago un ovillo en la cama y cubro mis oídos. Sea lo que sea que quiere que sepa, sé que terminará de destrozarme y no quiero saberlo. Me rehúso a saberlo.

—¡Puedes guardártelo! ¡No lo quiero! —grito con desesperación. Pero *Ella* es imposible de detener o apaciguar.

Salto de la cama con la poca voluntad que me queda y corro hacia la puerta tratando de huir de ella. Pero me alcanza rápidamente y se coloca frente a mí, cortándome el paso.

—¡Basta! —suplico inútilmente, al tiempo que retrocedo para alejarme.

La pared detiene mi huida, no hay donde correr, donde huir, solo estamos *Ella* y yo. Mis piernas se aflojan presas del pánico que estoy sintiendo. Y me dejo caer al suelo. Me abrazo a las rodillas y sollozo con los ojos cerrados. Lo que sea que quiera mostrarme, sé que será el final de todo...

—¡Mírame! —ordena a gritos, tan cerca de mí que siento su aliento en mi boca. Sus manos se aferran a cada lado de mi rostro y me obliga a verla.

—¡No, por favor! No lo hagas. —imploro, pero *Ella* me ignora.

Una sonrisa macabra se dibuja en sus ojos y mi mirada se pierde

en la suya. Siento que caigo en un pozo sin fondo, la oscuridad comienza a arrastrarme hasta que no me puedo detener. Siento el vértigo que me consume. Y es todo...

—Ahora lo sabes todo —dice finalmente, luego de lo que parece una eternidad.

No soy capaz ni de respirar, mucho menos de emitir sonido alguno. Lo ha conseguido, ha destrozado cada parte de mí. Se lo llevó todo...

Paul



—¿Qué tal la nueva escuela? —pregunto a Macon mientras cenamos los cuatro. Su adaptación al nuevo colegio nos tiene entusiasmados. Se lo ve mucho más tranquilo y feliz. Y vuelve a casa con una sonrisa.

—Hoy me enseñaron el uso correcto de los colores. Y pintamos sobre lienzo —dice sonriendo.

—¡Eso es maravilloso, Macon! —Felicita su madre, y cuando la miro a los ojos, sé que ahora está más feliz que nunca.

—¿Yo también puedo ir a esa escuela? —pregunta Beth.

—No, cariño, esa escuela es solo para Macon —explico con dulzura, a lo que ella responde con un mohín.

El golpe fuerte de la puerta delantera nos sobresalta a todos. Y por un segundo, nadie es capaz de moverse, hasta que vuelve a sonar un llamado desesperado sobre la madera.

—Ya voy yo —aviso a Kate, que me mira con preocupación.

—¿Quién es? —pregunto mirando por la ranura y solo veo los restos de un cabello negro. Abro con cautela y entonces la veo—. ¿Nina? ¿qué ocurre? ¿estás bien? —cuestiono mientras la tomo de

un brazo y la ayudo a ingresar a la casa.

Está temblando, el color pálido de su rostro y manos me indica problemas. Su respiración es tan entrecortada que no sé si vino corriendo o es fruto del pánico. Cuando levanta el rostro, veo el completo caos que es su mente en este momento. Sus ojos rojos e hinchados por el llanto, al igual que su nariz. Sus facciones, siempre tan suaves y hermosas, están deshechas.

—Yo... y-yo lo siento. No sabía dónde más ir —dice entre sollozos.

—Está bien, hiciste bien en buscarme. —Le indico y se lanza a mis brazos.

—¿Paul? —pregunta Kate confundida, me giro y la encuentro parada frente al arco que divide la estancia de la cocina, con el rostro preocupado.

—Iremos a mi oficina, por favor, lleva a los niños arriba. —Le pido con una disculpa en mis ojos. Ella asiente y desaparece.

Cargando con su peso, nos encaminamos rumbo a mi despacho, la dejo con delicadeza sobre el sillón y cierro las puertas dobles de vidrio y madera para darnos intimidad.

—¿Quieres un poco de agua? —pregunto lentamente, sin acercarme del todo a ella, quiero darle su espacio y que no se sienta invadida. Niega con la cabeza, pero de todas formas le sirvo un poco y dejo su vaso sobre la mesa baja.

—Lo sé todo, ya no hay nada más... lo vi, fue *Ella* —dice con la voz apenas entendible por el llanto y la agitación.

—¿Qué es lo que sabes?

—Todo, absolutamente todo...

—¿*Ella* te lo mostró?

—Sí, volvió, estaba frente a mí e hizo lo mismo que hace siempre, me lo enseñó, yo no quería, sabía que sería el fin. Tenía razón...

—¿El fin de qué? ¿Qué te mostró?

—Fue *Ella*, siempre fue *Ella*.

—Nina, necesito que intentes calmarte y me cuentes lo que te dijo...

—No, no dijo nada, lo vi con mis propios ojos —interrumpe.

—¿Qué fue lo que viste?

—A mis padres, ardiendo. El fuego, mi sonrisa, su sonrisa, los gritos, el humo, todo...

—De acuerdo, Nina, vamos a intentar calmarte. Cierra los ojos y concéntrate en tu respiración.

—No puedo, las imágenes están ahí, no las puedo alejar.

—Sí puedes, vamos, inténtalo. Quiero que imagines que estás en un cuarto oscuro, no hay nada, ningún ruido, ninguna imagen. Solo ves oscuridad y escuchas el sonido calmo de tu propia respiración —incito.

Lentamente, a través de mi guía, Nina comienza a relajarse, sus músculos pierden fuerza y se recuesta sobre el respaldo del sofá. Su

respiración se vuelve más normal con cada exhalación y el temblor se detiene. Por último, un largo suspiro.

—Se fueron —dice con calma.

—Bien, ahora trata de recordar lo que viste, lo que *Ella* te mostró. Pero recuerda, no eres tú, nada de lo que veas es tu responsabilidad.

—Ella se levanta de la cama, está muy enojada, escuchó cuando mis padres decían que era hora de que Nate participara más. Ninguna de las dos quiere que lo hagan, no pueden tocar a Nate...

>Se acerca sin hacer ruido a la habitación de ellos, mi madre está dormida, boca abajo, de su brazo cuelga una cinta, hay un olor extraño. Mi padre también está dormido, su brazo cuelga de la cama, sostiene un cigarrillo a medio apagar. Entonces toma la decisión, no dejará que le pase lo mismo a Nate, no lo mismo que a nosotras...

>Busca el mechero de mi padre y junta un poco de papeles en el suelo y lo enciende. Ve como el fuego comienza a crecer, sonrío satisfecha. El aire es cada vez más difícil de respirar. Cierra la puerta con llave y corre hasta la habitación de Nate. Lo despierta y le susurra "Tenemos que irnos, hermanito. Cierra los ojos y canta tu canción favorita" Nate obedece. No ve nada, no nota las llamas lamiendo la puerta, el espeso humo negro subiendo por el techo, o los gritos desesperados de mi padre.

>Una vez que ambos están fuera, se detiene, ríe con malicia y asegura "Todo terminó". Es entonces cuando se convierte en mí. Tengo a Nate de la mano y veo como el fuego consume cada rincón de la casa. Nate abraza su conejo de peluche y llora. Yo no siento nada.

—No fue un accidente —afirmo más para mí que para ella.

Nina abre los ojos, está tranquila, pero con la mirada abatida.

—No, no lo fue —asegura.

—¿Qué más viste? —continúa, ella cierra los ojos y retoma el relato.

—*Es Ella otra vez, está en la vieja casa de la señora Thompson. La mujer me golpea a mí, pero cierro los ojos unos segundos y Ella aparece. La mira con furia, sus ojos parecen llamear, aprieta la mandíbula y se pone de pie.*

>*La señora Thompson está al pie de las escaleras, pone un pie en el escalón de abajo. No notó que Ella está detrás. Extiende ambas manos y la empuja. La vieja cae rodando las escaleras, el ruido de sus débiles huesos al romperse es aterrador, hay sangre por todos lados. Cuando se detiene por fin, su cuerpo se estremece. Ella está a su lado, se agacha cerca de su rostro y mira sus ojos. “No debiste alejar a Nate de mí” le advierte con tono duro y se aleja.*

>*Pasan unos segundos y vuelvo a ser yo. Veo con horror la escena a mi costado y llamo al 911. La ambulancia no tarda en llegar, pero los paramédicos se la llevan y no vuelvo a verla nunca más...*

—¿Hay algo más? —pregunto con asombro y terror. Sé que Ella es peligrosa, violenta e impulsiva. Pero nunca imaginé que fuera capaz de tanto.

—*Unos jóvenes en un depósito abandonado, yo me desmayo y Ella está allí. Ellos intentan tocarla, quieren desvestirla. Mi amiga está con ellos, pero está ocupada con uno de los chicos en un rincón.*

>*Ella lucha por zafarse del agarre de dos de ellos, que la sostienen uno de cada brazo. El tercero rasga su ropa y toca su cuerpo. A ese lo pateo entre*

las piernas y cae con una maldición en la boca. Muerde a otro en un brazo y consigue soltarse. Luego golpea al último. Puede correr y escapar, pero no lo hace. El fuego en sus ojos no se lo permite. Juró que nadie más la tocará si ella no quiere.

>Rebusca en medio del lugar y encuentra una botella vacía, se la rompe a uno de ellos en la cabeza. Todos comienzan a gritar y maldecir. Y todo se vuelve confuso, la botella se parte y ahora solo tiene una parte entre sus manos, la mira, sonrío y cuando otro se le acerca a golpearla, Ella es más rápida y se la clava en el cuello. La sangre la salpica, pero no se asusta, le gusta la sensación. Alguien la golpea por detrás con un palo y con dificultad se levanta, logra escapar. Corre hasta que sus piernas se sienten como gelatina.

—¿Hay más? —cuestiono con la voz entrecortada. El relato me ha puesto la piel de gallina. Y las dudas me corroen.

—Leigh y yo estamos discutiendo, lo he encontrado con una mujer en el departamento de Londres, su acompañante sale corriendo a medio vestir. Nuestras voces cada vez se oyen más fuerte, gritos, insultos... y entonces me golpea en el rostro con su puño. Caigo de espaldas y me desvanezco. Ella toma mi lugar. Está enojada, dolorida y tiene mucha ira. Sus ojos se llenan de sangre y arremete contra Leigh.

>Se trepa en su cuerpo y tira fuertemente de su cabello. Muerde su cuello y el gusto de la sangre inunda su paladar. Una especie de frenesí la recorre y no puede detenerse. Ambos luchan, intercambian golpes, ruedan por el piso y finalmente él logra quitársela de encima. Ella busca en los cajones de la cocina, da con un martillo para carne y lo golpea en la cabeza. Hay sangre por todos lados. Leigh cae al suelo y sus ojos comienzan a aclararse más de lo normal. Ella sonrío, pero está muy golpeada y dolorida. Se arrastra hacia la

calle y cae.

—No puedo creerlo... —admito consternado—. ¿Algo más?

—No, no hay nada más... —dice y deja escapar unas lágrimas de sus ojos.

—Lo siento, Nina. En verdad lo lamento.

—Yo también. ¿Qué va a pasar ahora? —pregunta con temor.

—Nada de esto es tu culpa, no debes cargar con eso. No has sido tú, es tu enfermedad.

—*Ella* soy yo. Sí he sido yo... Siempre fui yo.

—No, son dos personas diferentes. Tú no eras consciente de sus actos, y tampoco eres responsable. —En todos mis años de terapeuta, jamás conocí una personalidad como la de *Ella*.

Lo que ahora me pregunto, es qué debo hacer. La ética me obliga a avisar a las autoridades, y aunque cualquier abogado pueda defender a Nina y demostrar que no era consciente de los actos realizados, también cualquier juez la pondría sin pensarlo en un psiquiátrico, Dios sabe por cuánto tiempo y en qué lugar.

Contar lo ocurrido, sería acabar con las pocas posibilidades que le quedan a Nina. Y no decirlo, sería poner en riesgo mi integridad como psiquiatra. ¿Qué debo hacer? ¿Qué es lo correcto? Me pregunto sin descanso mientras la veo dejarse vencer por el sueño y el agotamiento.

Acomodo mejor su cuerpo en el sofá, busco una manta para cubrirla y apago la luz principal. Me siento en la silla de mi escritorio, enciendo la lámpara y me quedo en silencio, sumido por completo en

mis pensamientos, debatiendo con mi moral cómo proseguir.

—¿Paul? —La suave y dulce voz de mi esposa me despierta del letargo. Me he quedado dormido sobre el escritorio de madera. Nina sigue justo donde la he dejado. Con mi dedo sobre mis labios, le pido silencio y salimos del despacho.

—Lo siento, realmente necesitaba mi ayuda. —Me disculpo mientras subimos la escalera hacia nuestro dormitorio.

—Lo sé. Pude verlo ¿Es muy grave?

—Mucho y no sé qué hacer.

—¿Puedo ayudar?

—No esta vez, lo siento. Mañana a primera hora la llevaré a la clínica.

—De acuerdo. Intenta dormir un poco. —Deja un suave beso en mis labios. Me abrazo a su cuerpo cálido y me duermo.

Despierto tras la primera alarma del reloj. Lo he programado para las 6am. El sol ya alumbra el día, el calor del verano está en el aire. Me doy una fresca ducha para despertar todos mis sentidos. Me coloco el traje y bajo a desayunar. Al pasar frente a las puertas dobles de mi despacho, suspiro. Aún no tomo una decisión.

Respiro hondo y abro la puerta, debo despertar a Nina y llevarla a la clínica donde será mucho más fácil cuidarla y ayudarla. Pero al encender la luz, no hay nadie allí. Comienzo a buscarla por toda la casa, sus habitantes ya están despertando y mi hija me mira confundida, sonrío y sigo.

—¿Qué sucede, papá? —pregunta Macon, cuando llego a su

cuarto.

—Busco algo, no te preocupes.

Por último, nuestra habitación, pero solo Kate se encuentra allí, metida en el armario, vistiéndose para comenzar el día.

—No está, Nina escapó —digo con desesperación. El miedo me abrumba. En su estado tan inestable, y con todo lo que ahora sabe, temo que la única solución que verá a todo será tan definitiva como triste.

—¡Ve! —Me urge Kate.

Salgo corriendo hacia mi auto, alcanzo a recoger el móvil y las llaves. Manejo como un loco por el vecindario, pero no la encuentro. Llamo a Marc y Jasper, pero ninguno tiene noticias suyas. De inmediato, se ponen a la búsqueda.

También aviso a las autoridades, necesito encontrarla antes de que sea demasiado tarde...

Nina



— ¿Realmente vas a hacerlo? —pregunta *Ella* sentada a mi lado.

— Sí, ya no tiene sentido. Lo que hiciste...

— Lo que hicimos —corrige—. Yo soy tú ¿recuerdas?

— Ya no más, nunca más...

— Es la decisión correcta. El mundo será un lugar mejor sin ti.

— Sin nosotras. — Esta vez la que la corrige soy yo.

— Nadie va a extrañarte, nadie necesita de ti.

— Solo una cosa más y será todo.

— Bien.

Tomo el móvil de mi bolsillo y marco el número que me sé de memoria. Dos timbres después, su voz inunda cada parte de mí.

— ¿Diga?

— Nate, soy yo. Tu hermana, Nina.

— Ah, hola, Nina ¿cómo estás? Quise llamarte, pero estuve como loco con la universidad...

— No importa, no tienes que explicármelo. Solo quería oír tu voz, saber cómo estabas.

—Estoy bien, a punto de terminar un semestre más. ¿Y tú?

—Bien, ya todo acabó —admito.

—¿Eso es bueno?

—Sí, por fin encontré la tranquilidad que necesitaba.

—Me alegro por ti. Iré a verte en las vacaciones. Podemos ir a algún lugar juntos ¿te parece?

—Me encantaría, Nate.

—De acuerdo, entonces hasta pronto, Nina.

—Adiós, Nate. Recuerda siempre que te amo como a nada en el mundo ¿de acuerdo?

—¿Nina? —dice en el momento que corto la llamada. Apago el teléfono y lo tiro al río *Hudson*.

Apoyo mis antebrazos sobre el borde y cierro los ojos, dejando que el mundo me absorba por última vez. El sol abraza mi piel, la cálida brisa mece mi cabello. Pienso en Jasper, en Marc, en Nate. Incluso en Paul. Y lamento el dolor que les causé. Pero ya no puedo seguir.

Tomo un taxi hasta un hotel que conozco a la perfección, es uno de mis favoritos cuando estoy en *Manhattan*. La recepcionista me reconoce y me recibe con una enorme sonrisa.

—Bienvenida de vuelta, señorita Sloan. Es un placer volver a contar con su presencia.

—Gracias, me encanta este hotel.

—¿La habitación de siempre? —pregunta solícita.

—Sí, por favor. —Le entrego mi tarjeta de crédito, firmo el ingreso y ella me da la llave.

—Que disfrute la estadía. Cualquier cosa que necesite, no tiene más que llamar.

—Así lo haré.

Subo los veintitrés pisos en ascensor, y al llegar a la puerta 2316, me detengo. Paso la tarjeta por la cerradura y esta se abre, dejando espacio a la preciosa suite de tonos claros. Dejo mi bolso sobre uno de los sillones, coloco mi *iPod* en los parlantes y la deliciosa música de *Linkin Park* inunda el ambiente. La triste melodía de “*Heavy*” me reconforta y no me siento tan sola. Vacío la heladera de las pequeñas botellas de alcohol y las llevo al baño.

De regreso a la estancia, tomo lápiz y papel y escribo una nota, para quien quiera leerla. Tal vez será mejor que Jasper y Marc sepan que mis últimos pensamientos son para ellos:

Lo siento, pero llegó el momento de partir... no te sientas triste, si me tienes algo de cariño, alégrate por mí, finalmente, tendré algo de paz.

Ya no puedo seguir luchando contra Ella, le daré lo que tanto quiere, lo que siempre quiso...

Estas heridas jamás sanarán, siento mucho miedo... no puedo seguir en esta continua confusión, sin saber lo que es real y lo que no.

Ahora me doy cuenta, que la ignorancia era una bendición. Es demasiado peso que aguantar y no puedo soportarlo. Siento que estoy paseándome por la cornisa una y otra vez, no puedo ver la salida, solo siento que las paredes se achican cada vez más y no puedo respirar.

Noche tras noche, mientras intento conciliar el sueño y evitar esas horribles pesadillas, sueño con encontrar la manera de desaparecer. Simplemente, todo parece repetirse una y otra vez...

Ni siquiera importa lo mucho que me esfuerce, nada tiene sentido, jamás desaparecerá, nunca me dejará ir.

Esta oscuridad es parte de mí, es luchar contra un enemigo invencible, alguien de quien no puedes escapar, por mucho que intentes huir. Es una lucha tan injusta... nadie te advierte que has perdido, incluso antes de empezar...

Lo último que te pido, es que recuerdes los buenos momentos, las cosas malas... déjalas ir.

Por favor, no me olvides, tengo tanto miedo de dejar de existir... pero sé que la única respuesta es desaparecer...

Lo siento. Desearía que las cosas pudieran ser diferentes...

Nina.

Dejo la carta sobre la cama y me dirijo al baño. Lleno la tina y me quito poco a poco la ropa. Cuando el agua roza el borde, me hundo en ella. Disfruto por un momento de la tibieza, de la tranquilidad de saber que es el final.

—Valdrá la pena, ya verás —advierte *Ella* sentada sobre un costado de la bañera.

—Lo vale si tú desapareces.

—Ambas lo haremos. Se terminó, Nina, no hay más dolor. ¿Puedes sentirlo?

—Sí. Es como si nada más existiera, como si todo hubiera sido una espantosa pesadilla, de la que pronto voy a despertar.

—De la que nunca despertarás. Solo desaparecerás.

—Ambas lo haremos —corrijo. *Ella* sonrío.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—Sí. Me quitaste todo, mi pasado, mi presente, pero no tendrás mi futuro. La última decisión es mía, porque siempre he sido yo. Tú solo eres un parásito que vive a través de mí. Pero ya no más.

—¿Tú mandas? ¿eso crees? ¿Quién te salvó de todo?

—Tú no me salvaste de nada, *Ella*, has sido mi peor pesadilla, un castigo eterno. Como querer quitar una cicatriz con fuego, parece una buena idea, pero al final...

—Al final nada importa, Nina.

—Al final, la decisión es mía, no tuya. Yo desaparezco, pero también termino contigo. ¡Yo!

—Si eso te hace sentir mejor...

—Puedo ver el miedo en tus ojos *Ella*, sé que esto te asusta, pero no a mí. Ya no queda nada en mí. Tú lo has destruido. Como yo lo haré contigo.

—¡Cierra la boca y hazlo de una maldita vez!

—Dime algo. ¿Qué se siente no ser capaz de decidir?

—No sabes lo que dices...

—Puedes sentir el desasosiego ¿verdad? La desesperación, el dolor... —afirmo con convicción y alegría, al menos seré capaz de quitarle eso.

—¡Cállate!

—Sí, sí lo sientes, lo sé. Yo también puedo ver dentro de ti, de mí, de nosotras. Al final, solo eres una niña tan asustada del mundo que no puede enfrentarlo.

—No es cierto, no lo es... —solloza con los ojos desorbitados.

—Sí, solo eres eso —asevero.

Destapo el primer frasco de pastillas y lo bebo junto a una pequeña botella de whisky. Me cuesta tragarlo, pero lo logro. Luego el segundo, junto a una nueva miniatura de bebida, así hasta que no queda nada. El estómago se me revuelve, pero contengo las ganas de vomitar.

Poco a poco, mis sentidos comienzan a parecer lejanos, como si dejaran de pertenecerme. Mis ojos se cubren por una tenue niebla, que apenas me deja ver como *Ella*, sufre las mismas consecuencias que yo.

Su cuerpo empieza a resbalar hasta que cae al suelo. Y sus ojos lentamente se apagan, mucho antes que los míos.

Cierro mis ojos y miles de imágenes se agolpan frente a ellos, Jasper, el primer beso, la primera caricia, la primera vez que me dijo “te amo” ... Marc, sus abrazos, sus palabras de cariño, su mirada orgullosa por mí... Paul, su forma de protegerme, su incansable empeño por ayudarme...

Y, por último, Nate. Mi vida, mi gran amor, mi hermano, mi debilidad... nos veo juntos, tumbados en el césped, riendo y adivinando las formas en las nubes. Me siento hundir en el agua, y un pesado sueño me absorbe.

—Nate... —Susurro, hasta que el agua me impide hablar. Y entonces la oscuridad, la silenciosa oscuridad, por fin se lleva todo.

El mundo desaparece, *Ella* desaparece, yo desaparezco.

Fin

Epílogo



El calor del sol le abrasa la clara piel, la suave hierba le hace cosquillas, el aire huele a vida, a dulce, a libertad... Ahora todo se ve y se siente distinto. Un renacer, algo que no esperaba que sucediera. Sobre todo, ahora, viendo hacia atrás, puede darse cuenta de todo lo que tuvo que atravesar para conseguir esto. Y parece un precio demasiado alto que pagar.

Pero la vida es así. Nos da y nos quita a partes iguales. De otra forma, se rompería el frágil equilibrio cósmico. A algunos puede parecerles injusto, incluso hay quienes se preguntan ¿por qué yo? ¿por qué a mí? Y mi respuesta es ¿por qué no?

Cada momento de felicidad, es cobrado por un momento de penuria, cada risa, por una lágrima, cada suspiro, por un quejido. Cada amor, por dolor. Es lo que los convierte en lo que son. De qué otra forma sabrías ¿qué tan fuerte eres? ¿Cómo disfrutarías de cada día, como si fuera el último?

Es el secreto de la vida, vivir el hoy, cada momento como único, porque lo que pasó, no se podrá cambiar y lo que viene, depende pura y exclusivamente de ti. La vida, no debe contarse por cada momento que respiras, sino, por cada vez que te quita el aliento.

Eso es lo que aprendió Nina, cinco años atrás. La tarde en la que decidió dejar de existir. Cuando el agua cubrió su cuerpo

desvanecido, creyó que la muerte la poseía, le daba la bienvenida y el dolor desaparecería, las heridas se curarían. Pero lo que ella no sabía, era que aún, no había llegado su momento.

Un joven del servicio, golpeaba la puerta de la habitación 2316, cargando una mesa con ruedas que contenía la más fina champaña y una bandeja de fresas al chocolate. Luego de anunciarse y de no recibir respuesta, y sabiendo que el huésped había recién ingresado, algo dentro suyo lo urgió a entrar. Sí, fui yo. Utilizó la llave maestra, miró a su alrededor y no vio a nadie. Continuó hasta la habitación, donde un papel arrugado descansaba sobre la cama, echó un ojo y la desesperación lo invadió.

La puerta del baño estaba medio abierta y encontró el cuerpo sin vida de Nina hundido en el agua, los frascos vacíos de medicamentos, junto a pequeñas botellas sin contenido. La cargó en sus brazos y la sacó de allí. Sin perder tiempo, llamó a emergencias y comenzó a tratar de revivirla.

Pero Nina se reusaba a volver, estaba empeñada en marcharse.

La ayuda llegó de inmediato, los paramédicos se esforzaron por hacerla reaccionar, sin conseguir nada. La cargaron en la camilla y sin parar sus esfuerzos, llegaron al hospital.

El médico que la esperaba preguntó ¿cuánto tiempo llevaba en sístole? Y le indicaron que más de diez minutos. Por lo que decidió hacer una última ronda de reanimación. Nina aún se resistía a volver, pero yo tenía otros planes para ella. Y al destino, no hay quién le gane.

Así que finalmente, y luego de estar clínicamente muerta por diecisiete minutos, Nina volvió a respirar, y la vida que se reusaba a

dejarla ir, recorrió cada célula de su cuerpo.

Pasó mucho tiempo en el hospital, Marc, Jasper, el doctor Smith, incluso Nate, iban a visitarla, pero Paul decidió volver a internarla en el sanatorio de salud mental. Cuando elegí al doctor Smith, para guiar el camino de Nina, supe que él jamás se rendiría, que era la persona correcta para ayudarla. Y no me equivoqué. El camino fue duro y doloroso, pero finalmente, hoy puedo decir, que Nina, es cien por ciento Nina. Con la confrontación de *Ella*, finalmente todo acabó.

Por fin Nina pudo ver la realidad de su personalidad, no se trataba de una mujer fuerte, decidida y combativa. Por el contrario, *Ella*, era una niña asustada, temerosa e incapaz de enfrentarse al mundo. Cuando por fin pudo verlo, ya no había razón para su existencia. Y con su partida, se llevó el pasado, el dolor. Logrando que las heridas pudieran sanar, que aceptara la vida que le tocó. El precio que debía pagar, para estar hoy aquí.

Cuando la veo, tumbada en la hierba, con los ojos cerrados y sus delicadas manos acariciando su abultado vientre, no puedo evitar sonreír. Jasper yace a su lado, dormido, en un acto bondadoso, le regaló un pequeño vistazo de su pequeño hijo que viene en camino. Le permito ver que es la perfecta mezcla de ambos. Cabello castaño y ensortijado, como el suyo. Ojos tan azules como un claro día de verano y la sonrisa de Nina.

Espío los pensamientos de mi niña preferida y me encuentro con que, una vez más, piensa en su hermano. Aún lo extraña, incluso después del acercamiento que tuvieron. Pero no me preocupa, Nate será una parte importante de su vida y la de su hijo. Su nueva familia tendrá un futuro encantador.

A lo lejos veo que se acerca un muy sonriente Marc, la víspera de convertirse en abuelo lo tiene extasiado. Jamás creyó que pudiera experimentar esto. Pero como dije, yo tengo mis razones, para todo.

El móvil suena y Nina atiende sonriente y con las mejillas sonrosadas por el sol.

—¿Hola? —pregunta más que saluda.

—¿Cómo te encuentras? —sonríó porque es el saludo habitual de Paul.

Cuando Nina y Jasper decidieron mudarse al sur de Francia para comenzar de nuevo, Paul no estaba de acuerdo, al menos no del todo. Pero muy dentro suyo, sabía que era una buena decisión. Ella necesitaba alejarse de todo, comenzar de nuevo y dar vuelta la página. Cuando el doctor decidió dejar ganar a la razón, y se comunicó con su amigo, el detective para hablar sobre Nina, sintió que la estaba traicionando, pero en el fondo, sabía que estaba haciendo lo correcto. El juez entendió que Nina no era responsable de los asesinatos, ni intentos de homicidios que *Ella* provocó. La sentenció a tres años de internación en un centro psiquiátrico, y Paul consiguió que lo pusieran a cargo de su tratamiento. Y con el tiempo, fue la mejor decisión. Pero su cariño no se debilitó, tampoco la confianza. Y ni siquiera un océano de por medio, van a impedir que él siga pendiente de Nina. Y cada semana tienen una sesión a través de la computadora. Aunque eso no evita que la llame, al menos dos veces por semana.

—Muy bien, con calor y un poco dolorida —responde ella masajeando un costado de su vientre.

—Lo normal para ocho meses de embarazo.

—Eso creo. ¿Cómo está tu familia? —Paul sigue siendo su terapeuta, pero ahora es también un gran amigo.

—Macon a punto de graduarse del bachiller, Beth, tan alegre e inquieta como siempre, y Kate... que puedo decir, es mi cable a tierra.

—Lo sé, qué hay de ti, ¿cómo estás?

—Muy bien, la fundación marcha sobre ruedas, Nina. Te envié los últimos documentos al mail.

—Los veré después. Sé que haces un gran trabajo.

—Gracias a tu generosa donación.

—Después de lo que me tocó vivir, es lo único que podía hacer, tratar de evitar que más niños pasaran por lo mismo.

—¿Volverás? —pregunta Paul una vez más.

—Algún día, quizás. Pero pueden venir a visitarnos cuando quieran.

—Quizás cuando llegue tu hijo.

—O hija, quién sabe.

—Te veo luego, Nina, cuídate.

—Adiós, Paul, saludos a la familia.

Es hora de que yo también me despida, ya me entrometí más de la cuenta. Al final, todos tienen razón, el destino es caprichoso...

Ahora sí, fin

Mención especial

La depresión es una enfermedad silenciosa, dolorosa y desesperante, que muchas veces, lleva al suicidio.

Si estás pasando por una situación similar, o conoces a alguien que pueda estarlo, comunícate al:

Argentina: 135 (línea gratuita desde Capital y Gran Buenos Aires) o bien (011) 5275-1135.

USA: Suicide Prevention Lifeline 1-800-273-TALK

España: Atención en crisis 717-003-717

Este libro es dedicado e inspirado en **Chester Bennington**. Sí quieres saber más sobre sus luchas o quieres ayudar. Por favor ingresa en:

<https://www.Chester.LinkinPark.com>

<https://www.changedirection.org/320-changes-direction/>

#MakeChesterProud #FuckDepression

Biografía

Escritora novelista. Nacida en Buenos Aires Argentina el 16 de octubre de 1981. Apasionada por la lectura, sobre todos los grandes clásicos. La historia. El deporte en general y la música Grunge. Defensora de los animales y soñadora compulsiva. Escribe bajo el seudónimo de Loli Deen.

Comenzó a escribir a temprana edad siendo la editora del diario colegial. Recién en 2015, decidió seguir su sueño de convertirse en una autora publicada.

Sígueme en:

www.lolideenpublicaciones.com

www.amazon.com/author/lolideen

www.facebook.com/LoliDeenPublicaciones

www.twitter.com/LoliDeen

www.instagram.com/lolideen

<http://www.youtube.com/user/adriins>

Otros Títulos del Autor



